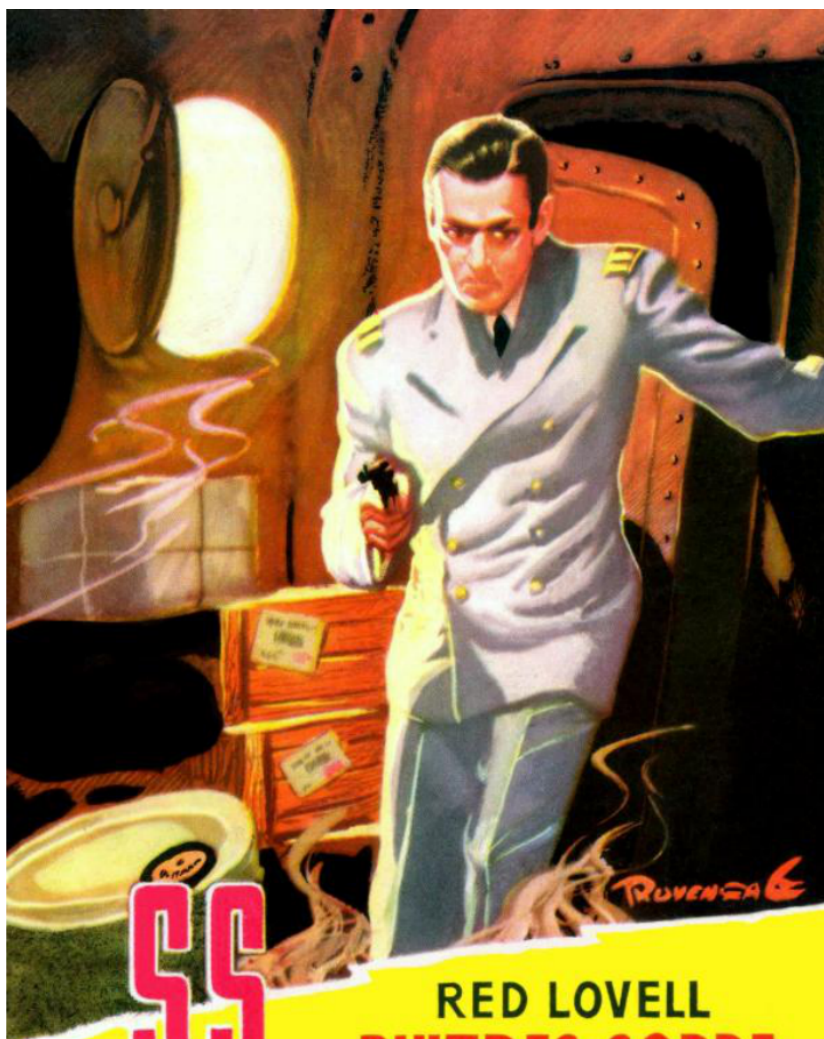




SS

**SERVICIO
SECRETO**

RED LOVELL
**BUITRES SOBRE
HOLLYWOOD**

RED LOWELL

BITRES SRE HOLLYWOOD

1ª EDICIÓN
ABRIL- 1953



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA



INTRODUCCIÓN

Hollywood.

Alguien ha dicho de ella, que es una ciudad aparte, y hay quien afirma que no es una ciudad.

Por lo menos, sí es cierto que se trata del único lugar de la Tierra en que pueden verse árboles de Navidad contruidos con los elementos más imprevistos y plantados en mitad de la calzada, bajo un sol perennemente veraniego; restaurantes que semejan cuevas de Alí Babá, faros marinos o sombreros de copa; increíbles mujeres vestidas con pantaloncillos y cubiertas por abrigos de nutria, que pasean cachorros de leopardo sujetos al extremo de una cadenilla y colas sin fin de ingenuos individuos que, durante horas y horas, aguardan el apretón de manos o el autógrafo de alguna «estrella».

Aquella noche, y bajo el cielo sin par de California, Hollywood brillaba igual que un ascua ardiente, multicolor y rumorosa.

Sobre la fresca hierba que tapiza las colinas de Beverly Hills, las pintorescas edificaciones en que residen los privilegiados de la Meca del Cine, con los alegres tonos de sus fachadas, los rectángulos luminosos de sus balcones abiertos a la noche y los enajenados caminos que serpentean desde sus pórticos hasta la carretera, daban la impresión de un mundo de juguete, caprichosamente improvisado por algún genio poderoso y amable.

El centro de la ciudad, esmaltado por radiantes anuncios eléctricos y surcado por espaciosísimas avenidas cuyo piso pulimentan las ruedas de millares de coches, semejava una enorme colmena enemiga del sueño y de la quietud.

En el Riverside, al final de los bulevares, el «Ciro's»

servía de escenario a la suntuosa fiesta con que los «Artistas Unidos» celebraban el cuarto aniversario de la fundación de su empresa.

El viejo y famoso Teatro Chino de Gaumont, con motivo de la presentación de la última película producida en los Estudios de «Miller y Olson», había atraído en torno suyo a una inquieta multitud de curiosos que, forcejeando entre sí, alzándose unos sobre otros y amenazando a cada instante con romper la línea de policías que acordonaba la entrada, aspiraban a contemplar a las distintas personalidades que iban saltando desde sus coches al vestíbulo. Varios altavoces repetían poco menos que ensordecedoramente, los comentarios con que un invisible locutor reseñaba el acontecimiento, y, asimismo, las palabras que los artistas llevados junto al micrófono ofrecían a modo de saludo, llegaban con toda claridad hasta los expectantes admiradores que abarrotaban la calle. Los reflectores colocados a cada uno de los lados del pasillo por el que aquéllos desfilaban lanzaban hacia el cielo los haces de su blanca y perforante luz. Y en lo alto de la fachada del Teatro de Gaumont, como prendidas de la cornisa que la circunda, unas grandes letras parecían arder silenciosa e inagotablemente:

«EL VALLE PERDIDO»

por

WADE ASTHELER, y BELLIE GRAVEN

Un título y dos nombres. Estos segundos, los de máxima cotización entre todos los que agrupaba la firma productora «Miller y Olson».

Sin embargo, no era aquél el espectáculo más popular de la noche. Las orquestas de James Toper, Gleen Hale y Walt Wilson, instaladas en el parque Griffith, celebraban al aire libre un gigantesco festival de música de «jazz» que había arrastrado a la mayoría de las jóvenes parejas y a una ingente masa de aficionados. El aspecto que ofrecía el parque era realmente maravilloso. Se bailaba no sólo en las espaciosas pistas ante las cuales actuaban las orquestas, sino también en los senderos que corren entre los árboles. Y de las ramas de éstos, como por obra de algún mágico milagro, pendían centenares de rizosos y coloreados farolillos, cuyas luces apenas podía velar la rumorosa masa de las hojas.

Continuamente llegaban veloces coches procedentes de Glendale, de Burbank e incluso de Los Ángeles, para ir a detenerse

ante las puertas de aquellos cines en que se proyectaban películas todavía no distribuidas por el resto del país. Yendo en busca, acaso, de los famosos teatros de variedades de Vine Street, o bien de salas de fiestas tan costosas como «Copacabana» y «Embassy». Algunos otros vehículos, los menos, rodaban lentamente hacia El Miramar, por la carretera de Santa Mónica. Llevaban en su interior parejas de enamorados que habían preferido huir del bullicio y cuyo afán de soledad únicamente podía ser satisfecho en las calladas playas que muy cerca de allí brinda la costa del Pacífico y junto a los pinos que descienden atrevidamente hasta la misma arena.

Hollywood, que durante el día es una de las ciudades más laboriosas de la Unión, festejaba ruidosamente el acontecimiento que para ella constituye cada una de sus noches.

Tan sólo los Estudios de las distintas productoras que alimentan su fabulosa industria aparecían silenciosos.

En el interior de sus amplísimos recintos, amurallados igual que antiguas fortalezas, docenas de fantásticos escenarios dormían obscuramente en espera de la próxima jornada. Los grandes carromatos móviles en que las «estrellas» tienen sus camerinos, evocaban la estampa de caravanas abandonadas. Los focos, cámaras, grúas y aparatos de tracción que forman parte de los equipos técnicos, inmovilizados en torno de los «platós», se erguían igual que mudos y fantasmales espectros.

Pocas horas antes, hasta la última de la tarde, aquellos laboratorios de la ficción y del ensueño se estremecían en medio de un vertiginoso caos de luces, gritos y órdenes y urgencias, y eran invadidos por millares de pálidas y hundidas mejillas, por agentes de publicidad, expertos importados de todos los rincones del mundo y escritores y guionistas que segregaban más sudor que ideas.

Durante todo el día habían rugido los motores de los coches que constantemente entraban y salían de los lugares señalados para su aparcamiento y vibrado una hiriente multitud de timbres y megáfonos que reclamaban sin cesar la presencia de quienes parecían haberse extraviado en aquel maremágnum. Habíanse hecho desaparecer en pocos minutos tramoyas cuyo montaje supuso semanas enteras de labor, y cuya utilidad quedó limitada a una «toma» de escasos metros de celuloide, y en los restaurantes instalados en los mismos Estudios podían haber sido contemplados

los tipos de más opuesta catadura, las bellezas más detonantes y los vestuarios, los atuendos, peinados y maquillajes más inverosímiles.

Ahora, en aquellos lugares, todo reposaba en una desierta calma. Pero apenas pasara la noche, el trabajo volvería a ser iniciado. Con idéntico ritmo, con la fiebre, la inquietud y el entusiasmo de siempre.

Ésta era la apariencia de aquella noche de Hollywood. Una más de sus noches.

Sin embargo, la oculta verdad era muy distinta.

No hay un solo instante en la vida de esa ciudad, radiante, pródiga, difícil y peligrosa como ninguna otra, durante el cual no acechen los crueles ojos del crimen el momento oportuno para abatir su garra sobre cualquier existencia, sobre todo ser o toda fortuna que relaje cándidamente la eterna guardia en que es preciso vivir allí.

Entre las sombras de sus parques y terrazas, más allá de las brillantes luminarias que la hacen centellear como una joya desde el crepúsculo hasta el amanecer y en el fondo de esa misma y engañosa paz que, por unas breves horas invade sus Estudios, la ambición, el vicio y la impiedad, cercan sus dorados límites igual que alimañas hambrientas.

Y así, aquella noche, la bestia saltó sobre su presa.

Dando comienzo a una inaudita y bárbara historia que, durante largo rato, ensombreció la ciudad en que todo es posible.

CAPÍTULO PRIMERO

Primero se alzó una negra columna de humo.

Inmediatamente después, e igual que si alguien hubiese arrojado un fósforo sobre un gigantesco montón de yesca, unas rojas, voraces y ondeantes llamaradas parecieron trepar por aquélla.

La alarma y el pánico se propagaron en menos de un minuto:

—¡Arden los Estudios de la «Stanford»!

Y casi en el acto, como atendiendo a una angustiosa consigna, las músicas, el alegre tumulto y los mil confiados rumores que a aquella hora de la medianoche llenaban las calles del centro, ahogáronse en el medroso estupor que el solo nombre del fuego había venido a despertar en las almas.

Cuando las salas, los bares y los cines próximos al lugar del siniestro comenzaron a ser abandonados por los que los ocupaban, el ciclo teñíase ya de un lúgubre tono rojizo, y el sordo crepitar del incendio se percibía a muchas yardas del sitio en que había estallado.

Un viento de inquietud pareció barrer las calles. En aquella ciudad, que tan justamente ha recibido el título de La Ciudad de Cartón, el fuego es el más cruel y temido de todos los enemigos posibles. Decenas de hombres, sacudidos por ese incontenible estremecimiento de horror que domina a las multitudes, incluso antes de que tengan noticia cierta de la clase de catástrofe que las amenaza, saltaron a sus coches y descendieron a toda marcha hacia la avenida de North La Brea, en cuyo término alzaban los Estudios de la «World of Stanford». Una apresurada y empavorecida multitud corría ya por su calzada, de la misma forma que si el fuego ejerciese sobre cada uno de sus individuos una sugestión mortal.

Unos minutos después de haber sido dada la primera alarma, las sirenas de los coches de la policía, de los autos tanque de los bomberos y de las ambulancias, hendían la noche con su metálico

alarido.

El espectáculo que ofrecía a los desorbitados ojos de cuántos llenaban avenida de North La Brea, era verdaderamente escalofriante. El alto paredón que circundaba los Estudios, actuaba a modo de unas compuertas tras de las cuales se debatiera un rugidor infierno. Cuanto quedaba al otro lado del muro estaba siendo alcanzado, deshecho y aventado por el fuego con espantable rapidez.

Pronto las grandes mangas conectadas con los tanques de presión y los mismos extintores de mano, comenzaron a arrojar sobre aquel inmenso brasero oleadas de agua y chorros de un espumoso líquido científicamente preparado para atajar el fuego. Pero el desaliento no tardó en cundir entre las filas de los que luchaban por salvar aun cuando sólo fuera una parte de la maquinaria, de las construcciones y de los complementos escénicos que se guardaban en el interior.

Desbordaban las llamas el paredón que tan difícilmente las contenía, y se agitaban y crispaban hacia el cielo, igual que los tentáculos de un monstruoso pulpo rojo. Crujían las tramoyas, los escenarios y los febles edificios bajo el empujo del ardor huracanado que tan devastadoramente se arremolinaba en el interior de los Estudios, y millones de pavesas como la sangre, después de dibujar en el aire extraños arabescos repentinos, iban a caer sobre las cabezas de los hombres que se debatían frente a aquel horno.

La multitud, contenida por la policía a una distancia prudencial, asistía sumida en un callado horror al pavoroso espectáculo. A más de quinientas yardas del foco del siniestro, el piso de las calles, las fachadas de las casas y los mismos anuncios luminosos, cuyo inútil fulgor se diluía en el cegador reflejo del incendio, aparecían teñidos por un ardiente tono carmesí, como si hubiesen servido de marco a una bárbara matanza.

De pronto, uno de los hombres que al parecer se habían prestado voluntariamente a colaborar en los servicios de extinción y que se hallaba muy próximo a la entrada de los Estudios, volvió sobre sí mismo el chorro de la manga con que semejaba batirse frente a las llamas, y a continuación, totalmente empapado, se lanzó de un salto hacia la verja que daba acceso a los locales de la «Stanford».

Un grito unánime surgió de las gargantas de todos los testigos de aquella escena.

Pero el desconocido, antes de que ni uno solo de los hombres que habían estado junto a él pudiera hacer nada por detenerle, empujaba ya la verja con uno de sus pies y desaparecía tras del espeso telón de humo y fuego que pareció oponerse por un instante a su entrada. Automáticamente, media docena de largos brazos de agua acudieron en su ayuda, formando algo así como un lecho líquido y protector sobre sus audaces pasos. Un silencio mortal invadió toda la avenida. La gente, con el corazón oprimido, esperaba. Los chorros de las mangas, como lanzas frías, se hundían vengadoramente en los costados del fuego.

Transcurrieron treinta atroces segundos antes de que aquel valiente regresara al exterior.

Apareció de nuevo en el candente marco de la entrada, y entonces, mientras llevaba a cabo un último esfuerzo por huir del infierno que dejaba tras de sí la multitud, comprendiendo cuál había sido el motivo que impulsara a aquel hombre a conducirse como lo había hecho, estallaba en una ovación y un griterío abrumadores.

Cuando aquél saltó a la calle, casi arrastrándose, llevaba sobre sus hombros el desfallecido cuerpo de alguien a quien las llamas quizá habían matado ya.

Pocos minutos después, ambos hombres, en una ambulancia, eran urgentemente transportados a uno de los hospitales más próximos.

El que había sido rescatado del interior de los Estudios, gracias a que su cuerpo yacente pudo ser vislumbrado entre las llamas por su salvador, resultó ser uno de los vigilantes a cuyo cargo quedaban aquéllos durante, la noche. Presentaba graves quemaduras en el rostro y en las manos, y los síntomas iniciales de la asfixia comenzaban a hacerse alarmantemente evidentes.

Apenas fue introducido en el blanco y encristalado quirófano del hospital el médico de sala, tras de reconocerle de un vistazo, reclamó:

—¡Oxígeno, pronto!

Y en tanto uno de los ayudantes aplicaba la mascarilla sobre la cara del herido, un par de enfermeras, con seguros y rápidos

ademanes, comenzaron a tijeretear las ropas de éste, librándole de las prendas que todavía llevaba sobre sí.

—¿Y qué hay con el otro ingresado? —preguntó el doctor, mientras cargaba una jeringuilla hipodérmica con el contenido de una ampolla.

—Parece ser que nada serio, jefe —repuso el auxiliar que accionaba el distribuidor del oxígeno—. Le están atendiendo en la sala de curas. ¿No le ha visto usted? Ese hombre es un toro. Y lo más asombroso es que no parece conceder la menor importancia a lo que acaba de hacer. Me pregunto si la «Stanford» le pagará un traje nuevo, porque el suyo...

Cortó el médico con un ademán el discurso de su locuaz ayudante y ya con la jeringuilla preparada, se dirigió a la camilla en que estaba tendido el desvanecido guarda, pero algo que terminaba de descubrir exactamente debajo de aquélla, lo forzó a inmovilizarse con un gesto de inquietud en el rostro.

—¡Este hombre está sangrando! —exclamó.

A través de la lona en que yacía el accidentado, con lenta y rítmica regularidad, filtrábanse unas gotas de sangre que ya habían formado un pequeño charco sobre el piso.

—Vuélvanlo con cuidado —ordenó el médico, apremiantemente—. Debe tener alguna herida en la espalda.

Los ojos de cuantos se hallaban en el quirófano estaban habituados a contemplar toda clase de heridas, y a deducir instantáneamente, por su aspecto, las causas que las habían originado tanto como las consecuencias que podían acarrear. De ahí que comprendieran, apenas pudieron examinar la espalda del individuo al que rodeaban, que el infeliz estaba condenado a una muerte inminente, contra la que nada podía hacerse.

Una de las enfermeras dio un ronco grito y se tapó la cara con las manos. El jefe de sala y sus ayudantes miraban fascinados a un mismo punto. Nadie dudó ni un solo instante acerca de lo que significaban aquellos tumefactos y cárdenos labios que se abrían por debajo del omoplato izquierdo del herido.

—Llamen inmediatamente a la policía —se oyó ordenar al estupefacto doctor.

Luego, y aun cuando ello no fuera necesario, aclaró:

—No estamos frente a una desgracia accidental. Se trata de un

asesinato. A este hombre lo han apuñalado por la espalda.

Y en tanto pronunciaba aquellas palabras planteábase a sí mismo, mentalmente, la pregunta que poco después había de aparecer en multitud de periódicos, aquella que muchos de los horrorizados testigos de la catástrofe se hacían ya en la calle:

—¿Acaso todo esto es la obra de un loco brutal sanguinario?

El enigma no tardaría en ser aclarado por los nuevos hechos criminales que se avecinaban.

El vigilante salvado del fuego, sin haber recuperado el sentido, falleció a los quince minutos de ingresar en el hospital. El dictamen del forense no dejaba lugar a dudas en cuanto a que se trataba de un asesinato, puesto que la herida que ocasionó la muerte de la víctima era imposible que ésta se la hubiese inferido por su propia mano.

Y el incendio, si bien pudo impedirse que se propagara más allá de los locales de la «Stanford», todo lo que se hizo para evitar la total destrucción de los que fueron los más espléndidos Estudios de Hollywood, resultó completamente inútil.

«The Rotarian», en una edición especial matutina, fue el primero de los diarios de Los Ángeles que puso en conocimiento del público la verdad de lo sucedido la noche anterior. Los titulares que encabezaban su primera plana, decían así:

«Bárbaro y criminal sabotaje en Hollywood. Los Estudios de la “Stanford” arrasados por el fuego. El único vigilante al que pudo salvarse de las llamas había sido apuñalado mortalmente. Las pérdidas materiales se calculan en cinco millones de dólares».

Es fama que un incidente cualquiera, uno de esos que en Cincinnati o en Richmond pasarían poco menos que desapercibidos, en Hollywood adquiere proporciones de acontecimiento excepcional. En aquel caso, sin embargo, la noticiosa difusión que por todo el oeste alcanzó el incendio de la Avenida North La Brea, estaba dramáticamente justificada.

Los trescientos mil ejemplares de la sensacional edición tirada con este motivo por «The Rotarian», se agotaron en menos de un par de horas. Y de entre todos ellos, el único que probablemente no

hubo de ser hojeado nunca, fue el que alguien depositó junto a la bandeja en que aquella mañana se enfriaba el desayuno de Clister Roger Stanford.

El presidente fundador de la productora cinematográfica «World of Stanford», postrado en su silla de ruedas, contemplaba sombríamente el paisaje que se divisaba desde su lujoso comedor. Vivía solo en la magnífica villa que años atrás se hiciera construir en Santa Mónica y tanto su secretario como el resto de la servidumbre, en vista del obstinado silencio que *Mr.* Stanford oponía a todas las consultas, a las llamadas telefónicas recibidas de Hollywood y a cuántos ofrecimientos se atrevieron a hacerle los que convivían con él en la casa, decidieron abandonarle a sus propias ideas, en espera de que ello le reportara alguna tranquilidad.

Roger Stanford, un hombre viejo ya, inválido de ambas piernas y con un temperamento al que ni sus mejores amigos podían nombrar con un título más benévolo que el de huraño, aparecía en esta ocasión como un ser llegado al límite mismo de la vida. En sus ojos, turbios y húmedos, no había ni un solo destello que reflejase la dorada luz que penetraba por la espaciosa ventana ante la cual permanecía sumido en una inmovilidad de muerte.

La noticia de la catástrofe le había sido comunicada por teléfono, muy poco después de que ésta se iniciara. Pero su habitual conducta no varió ni por un instante. Dijérase que la esperaba. Continuó en la cama hasta el amanecer. Se levantó a la hora de costumbre, opuso una terca indiferencia a toda nueva información que su secretario quiso facilitarle, y dio orden de que no se le permitiera a nadie llegar hasta él, excepto a una determinada persona a la que había hecho llamar a media mañana.

De pronto, se abrió silenciosamente la puerta del comedor y un joven alto, de suaves maneras y correctamente vestido, avanzó hacia el lugar en que se encontraba el viejo. Era Joe Dunlop, secretario particular de Roger Stanford.

—*Mr.* Stanford —dijo, inclinándose sobre éste—. Acaba de llegar *Mr.* John Moresby. ¿Desea usted recibirle?

Movió el inválido su cabeza, haciendo un gesto afirmativo casi imperceptible, y el secretario regresó de nuevo sobre sus pasos.

Pero el hombre que esperaba afuera, no se molestó en aguardar la invitación de Dunlop. Abrióse de par en par la puerta de la sala, y

el visitante transpuso el umbral, al tiempo que se anunciaba a sí mismo, con voz rotunda:

—¡Soy yo, Moresby! ¿Qué es esto de hacerme esperar como si fuese un chico que pide una manzana?

Resonaron sus pisadas sobre el encerado «*parquet*» y sus ojos fulminaron reprobatoriamente al apocado Dunlop. Dejó luego sobre una mesita la abultada cartera que traía, y plantándose frente por frente del dueño de la casa, comenzó a decir:

—Feo asunto, ¿no, Roger?

John Moresby, cuya edad era muy semejante a la de Roger Stanford, constituía la antítesis viva de la personalidad de éste. Era de mediana estatura, pero ancho y fuerte, y su ingenio, su asombrosa capacidad de trabajo y el afecto que profesaba a su amigo, podían señalarse como los artífices de muchos de los éxitos logrados por la productora que llevaba el nombre de este último.

—He hablado ya con nuestro abogado —continuó, mientras mordía la punta de uno de sus inseparables habanos—. La compañía de seguros tendrá que abonar hasta el último dólar. Sin embargo, tú sabes bien que la cuestión no acaba ahí.

El dueño absoluto de la casi desaparecida «World of Stanford», continuaba con sus ojos fijos en la ventana. Su rostro mostraba la impasibilidad, la dureza y las mil arrugas de un viejo tronco de encina, pero John Moresby, al contemplarlo a través de las volutas de su cigarro, comprendió, no sin pena, lo que todo aquello significaba para el hombre que tenía ante sí.

—Rehabilitar los Estudios es faena que nos ocupará un par de meses —dijo, tras de haberse aclarado la garganta para poder seguir hablando—. Y lo grave es que son muchas las cosas que ya no recuperaremos jamás: los archivos, el material de registro y administración, los «rollos» de las dos películas que estaban siendo filmadas...

Y John Moresby, por vez primera, se encontró con que no sabía cómo continuar. Era imbécil venir a contarle todo aquello a un hombre que lo sabía mejor que él mismo. Imbécil y doloroso. Desvió su mirada hacia el exterior y casi se sintió irritado contra el apacible e indiferente paisaje que dormitaba bajo el sol del mediodía. Pero era preciso tratar de la cuestión hasta el fin.

—Lo que me preocupa —comentó, cambiando de tema— es el

pánico que se ha desatado entre esa pandilla de histéricos que tenemos sujetos a contrato. Me refiero a los actores. ¿Has calculado ya lo que nos va a costar rescindir o hacer frente a todos los compromisos que tenemos legalmente contraídos con los artistas?

John Moresby sí había hecho el cálculo. Y estaba horrorizado. No existía reserva alguna que permitiera enjugar tan fabuloso desembolso. Pero, inesperadamente, la fría voz de Roger Stanford se dejó oír:

—¿Qué ha hecho la policía hasta ahora? ¿Han detenido a alguien?

Por un momento, su interlocutor mantuvo un desconcertado mutismo. Era evidente que el dueño de la casa ni siquiera había escuchado sus anteriores digresiones.

—No, Roger —tuvo que admitir al fin, resignado a que el diálogo se orientara por este nuevo cauce—. Ni han detenido a nadie, ni se sabe una palabra acerca de quien hizo o por qué fue hecho aquello. Pero comienzo a preguntarme si no seré yo el culpable. Me he pasado la mañana contestando a interminables interrogatorios y teniendo que consentir que las narices de dos docenas de inspectores hurguen en mis asuntos. Me ha costado un triunfo impedir que vinieran a molestarte.

Los labios de Roger Stanford, al hablar de nuevo, parecieron esforzarse en modular con claridad las siguientes palabras:

—¿Y es cierto que han desaparecido los tres vigilantes que guardaban los Estudios durante la noche?

Las arrugas que entonces fruncieron el entrecejo del interpelado, pudieron constituir por sí mismas una respuesta más que definitiva.

—Sí, Roger, así es —repuso, con sombrío tono—. Aun cuando no es literalmente exacto hablar de desapariciones. Los cuerpos de dos de ellos fueron extraídos hace un par de horas de entre las cenizas. En cuanto al tercero, supongo que ya sabrás que murió apuñalado.

Las miradas de ambos hombres parecieron huir una de otra. No habían ignorado nunca de cuántos criminales hechos era capaz aquella ciudad a un tiempo miserable y espléndida, pero lo sucedido la noche anterior rebasaba incluso las previsiones más pesimistas.

—Es lastimoso que sirviera de tan poco lo que hizo el hombre que rescató a uno de esos desdichados de entre las llamas —

comentó de pronto Moresby, contento de hallar una oportunidad para considerar el tema un poco más humanamente—. ¿Sabes? Se ha convertido en el personaje más importante de la ciudad y los periódicos hablan de él como de un nuevo y desconocido general Mac Arthur.

—¿Lo conoces tú? —preguntó Roger Stanford.

Sabía que todo Hollywood estaba abarrotado de individuos prontos a jugarse la vida y a convertirse en héroes de ocasión, con tal de firmar un contrato. Por ello no le impresionaba la historia, pero a juzgar por la extraña respuesta que Moresby dio a su pregunta, aquel caso era muy distinto de cuanto ya estaba cansado de ver y oír.

—¡Desde luego que le conozco! —contestó John, como vanagloriándose de algún notable privilegio—. Lo cual es algo que no todo el mundo puede decir en Hollywood. ¿Imaginas que ni siquiera han conseguido descubrir su nombre?

Hizo una breve pausa al llegar a este punto, como el actor que prepara el efecto de su mejor frase, y luego, con voz sonora, proclamó:

—Pero yo sé cuál es. Se llama Campbell... ¡Jess Campbell! Dos solas palabras por las que cualquier gacetillero daría hoy una fortuna.

A Roger Stanford, sin embargo, aquel nombre no pareció causarle la menor impresión. Se limitó a mirar fijamente a su amigo, y sus ojos manifestaron que no le importaría conocer más detalles acerca de aquel Mister Jess Campbell.

—No me sorprende que esta noticia no te diga nada —siguió parloteando Moresby, con el entusiasmo de un chico que narra una aventura—. Pero has de saber que ese nombre es el símbolo de uno de nuestros fracasos. Fui yo quien tuvo la idea de hacer venir a Hollywood a un hombre como Campbell, aun cuando haya de admitir que Elmer Miller me tomó la delantera.

Al oír citar a Miller, los labios de Stanford se apretaron imperceptiblemente. Elmer Miller era el presidente de la productora «Miller y Olson», y la rivalidad que existía entre ambas era un tema tan viejo como conocido por todo Hollywood.

—Ése... ese individuo de que me hablas, ¿trabaja para Miller? —inquirió Roger Stanford, con una frialdad que ahora no era nada

más que fingida.

—Trabajar, en el sentido que tú y yo le damos a esa palabra, desde luego que no trabaja —repuso John—. Quiero decir que no se pinta la cara, no representa escenas de amor a la luz de los focos ni tampoco permite que lo fotografíen para las revistas de modas. Y lo que es mucho más extraordinario, figúrate que ese Campbell no cobra ni un dólar por la ayuda que presta a Miller.

Frente a este último dato, la rocosa impasibilidad del hombre que escuchaba tan sorprendentes revelaciones, se quebró igual que un cristal.

—¡Acaba de una vez! —exclamó, sin poder contenerse—. ¿Quién es y qué hace ese Campbell?

—Te lo diré enseguida —convino John, en tono apaciguador—. Nuestro hombre se encuentra entre nosotros desde hace apenas un par de semanas, y ha sido designado, nada menos que por el Departamento de Defensa del Estado, para servir como asesor técnico cerca de la película que el propio Stephanos Kabr dirige ahora por cuenta de la «Miller y Olson». Algo relacionado con la historia íntima del famoso «Federal Bureau of Investigaron».

Y Moresby, tras de explicar esto, igual que un gato que se entretuviese en jugar con un ratón, se sumió en divagaciones accesorias, antes de lanzar su último golpe.

—Creo que el tipo principal le ha sido confiado a Wade Astheler. El mejor hallazgo de Miller en los veinte años que lleva dedicado al negocio de descubrir caras. En cuanto a ella, la dulce heroína, me han dicho que la encarna Marta Hopkins...

Pero el viejo Stanford no se había prestado nunca a ningún juego cuyas riendas no sujetase él mismo.

—Quiero saber quién es Jess Campbell —apremió, con voz sorda.

Y Moresby, un tanto amedrentado, habló así:

—Es uno de los más brillantes agentes con que cuenta en la actualidad el

F. B. I.

Hasta hace poco, actuó como instructor en su Academia de Quántico, pero solicitó el regreso a las filas del servicio activo, porque la tarea que le estaba encomendada allí no armonizaba con su carácter. Por ello sospecho que la orden de trasladarse desde

Washington a Hollywood, para servir de ayudante a un peliculero, no habría de seducirle demasiado.

Antes de que Moresby acabase de dar todos estos detalles, los ojos de Stanford, en los que ahora brillaba una estrada luz, habíanse vuelto de nuevo hacia la ventana.

—Esto explica el motivo —continuó John—, por el cual ha evitado toda publicidad. Obró como quien es, pero tampoco ha olvidado que al

F. B. I.,

no le agrada que sus hombres se exhiban como si fuesen bailarinas.

En este instante, la cabeza de Roger Stanford giró hacia su interlocutor. Clavó su mirada en el enmudecido Moresby, y sus labios emitieron una orden cortante:

—Ve a buscar a ese Jess Campbell y tráemelo aquí, por lo que dices, es exactamente el hombre que nos hace falta.

Por un momento, John Moresby temió que su amigo se hubiera vuelto loco o bien que no había sido capaz de entender lo que acababa de decirle.

—Pero... —balbució, con un gesto de alarmada sorpresa reflejado en su rostro—. ¡Tú no te das cuenta de lo que pides, Roger! ¿Supones que ese hombre, un miembro del

F. B. I.,

va a permitirme que lo traiga a esta casa cogido de una oreja? ¿Es que esperas que vaya a hacerse cargo de un simple caso de sabotaje?

La voz del presidente de la «World of Stanford», fía y acerada como un cuchillo, silenció de un solo golpe los argumentos de Moresby.

—¡Esto no es un simple caso de sabotaje! —gritó enfurecidamente.

Y antes de que aquél lograra entender el significado de tales palabras, Roger Stanford, haciendo girar las ruedas de su silla de inválido, atravesó con increíble celeridad la habitación, y fue a detenerse ante un pequeño escritorio que estaba adosado a su pared opuesta. Abrió su departamento central, y tras de oprimir un resorte que puso al descubierto su doble fondo, tomó una blanca hoja de papel que allí había, regresando con ella entre sus dedos junto al estupefacto testigo de tan extraña operación.

John Moresby, que creía estar viendo visiones, cogió el pliego que le tendía Stanford, y se dispuso a leerlo sin pronunciar una palabra. Pero antes ya de haber posado sus ojos en él, una helada sensación de inquietud le hizo estremecerse. La blanca hoja, de papel corriente de cartas, contenía un pulcro texto mecanografiado cuyo estilo, desapasionadamente comercial, lo hacía todavía más horrible.

Porque allí, y ante la fascinada mirada de John Moresby, ofrecíase la más monstruosa de las revelaciones que pudieran esperarse. Decía así:

«A Mr. Roger Stanford:

»Han transcurrido dos semanas desde que pusimos en su conocimiento nuestros deseos. Le exigíamos, entonces, un millón de dólares que usted debía entregarnos de acuerdo con las indicaciones que más tarde le hubieran sido hechas.

»Suponemos que ya habrá desechado la esperanza de que se trataba de una broma. Se encerró en un estúpido silencio, y cuarenta y ocho horas después de haberle sido entregada nuestra primera carta, un tal Buck Turner, operario de los Estudios que llevan su nombre, falleció “accidentalmente”...

El hombre que sostenía entre sus dedos aquella diabólica misiva, llegado a este punto, levantó sus horrorizados ojos hacia el destinatario de ella, y mascullo con ronca voz:

—Entonces... el joven Turner... ¿murió asesinado?

—Sigue leyendo —ordenó Roger Stanford, cuyos labios temblaban visiblemente.

Casi con repugnancia, como si ante su rostro se alzase un áspid venenoso y no una simple hoja de papel, John Moresby hizo lo que se le pedía:

«Ese mismo día —detallaba cínicamente aquel texto bestial—, le remitimos una segunda carta, notificándole que nuestra petición seguía en pie. Su respuesta fue la de informar a la policía lanzándola tras de nosotros.

»Y una nueva víctima, un “extra” de los que trabajan para su productora, llamado Bill Stevens, tuvo que ser inmolado

por culpa de su obstinación.

»Éste es nuestro último aviso. Si no se atiende en el acto a las órdenes que ya le son conocidas, nos veremos obligados a llevar nuestra acción hasta unos extremos que nosotros mismos hubiéramos preferido evitar.

Y la empavorecida mirada de John Moresby se quedó fija en la leyenda con que los misteriosos y crueles autores de aquella misiva inaudita firmábanse:

«Los Buitres Rojos»

Cuando terminó de leer, sus manos, igual que unas ramas azotadas por el viento, se estremecían de tal forma que apenas eran capaces de sostener aquella hoja a la que parecían aferrarse desesperadamente. Sentía el eco de su agitado corazón resonando en sus sienes, y la curtida piel de su cara mostraba el tono ceniciento del pavor humano.

—¡Es monstruoso! ¡Increíblemente atroz! —pudo exclamar al fin, con voz ronca—. ¡Cosas como ésta sólo pueden suceder en este maldito Hollywood!

Y poniéndose en pie, comenzó a dar furiosas vueltas por la sala, al tiempo que vertía sobre el otro amargos reproches.

—¿Por qué me ocultaste todo esto, Roger? Mueren dos hombres ante mis propias narices, ese Buck Turner y el desgraciado Stevens. Dos hombres cuyos empleos me los debían a mí, y al parecer no tengo derecho a conocer la espantosa verdad que se oculta tras de tales supuestos accidentes. Y ahora, Roger, los Estudios ¡han ardidido hasta los cimientos!

—Silencié todo lo referente a los anónimos —adujo la cansada voz de Stanford— porque quise impedir que cundiera el pánico. La policía actuaba ya en la sombra.

—¡La policía! —Gruñó, despectivamente, Moresby—. He ahí para lo que ha servido.

Entornóse en aquel momento la puerta de la habitación y la cabeza de Joe Dunlop se asomó al interior.

—Míster Stanford —dijo, en el solemne tono que le caracterizaba—. Le llaman desde Hollywood. Parece ser que se trata

de algo urgente.

—¡Déjenos, Dunlop! —repuso, con agrio gesto—. No estoy para nadie.

—Pero... Es el propio *Mr. Olson* quién está al teléfono —insistió el secretario, sin darse por vencido.

Y Moresby, interviniendo muy oportunamente, ordenó:

—Conecte con esta habitación, Dunlop. Yo mismo atenderé a *Mr. Olson*.

Un minuto después, John Moresby, con su oreja pegada al auricular, escuchaba la noticia que había de cambiar el curso de aquella historia. Cuando colgó, su aspecto era el de un hombre que ha llegado al límite de su resistencia. Cogióse la cabeza entre las manos y repitió sombríamente:

—Elmer Miller acaba de suicidarse. Junto a su cadáver han encontrado una carta en la que aparecen apuntadas unas palabras que tú y yo conocemos ya: ¡la firma de «Los Buitres Rojos»!

CAPÍTULO II

El chalet, perteneciente a Elmer Miller, como casi todos los edificadlos en California, era de estilo español. Con blancas paredes, cubierto de tejas encarnadas y un patio lateral. Se alzaba en lo alto de una pequeña colina próxima a Beverly Hills, y un frondoso jardín en el que crecían libremente los árboles y las flores, lo separaba de la carretera.

Aquella mañana, y como de costumbre, Lou Pete, el joven criado filipino que servía a Miller, subió los escalones de piedra que daban acceso a la casa y penetró en ella usando el llavín que su mismo dueño le había donado. Habitualmente llegaba a su trabajo alrededor de las nueve de la mañana, pero cuando aquel día atravesó el vestíbulo en dirección al dormitorio de Elmer Miller, faltaban muy escasos minutos para las diez.

Había dormido poco, y se sentía completamente agotado. Su ánimo no manifestaba mucho mejor talante que el de tantos otros centenares de personas que, como él, se habían pasado buena parte de la noche en la Avenida North La Brea atraídos por el incendio de los Estudios de la «World of Stanford».

Acaso se debiera a ello el que no fuera capaz de reconocer inmediatamente aquel extraño olor que le asaltó en cuanto comenzó a subir las escaleras que llevaban a la segunda planta. Y todavía estaba tratando de deducir su origen, cuando al golpear la puerta del dormitorio de su amo, un espectáculo atroz se ofreció repentinamente a sus ojos.

La hoja de la puerta cedió hacia dentro, y al primer golpe dado con los nudillos, giró en silencio sobre sus goznes. En el acto, Lou Pete, cuya amarilla piel tiñóse de un empavorecido verde, pudo contemplar el cuerpo de Elmer Miller caído al pie del ventanal que iluminaba la macabra escena.

¡Pólvora quemada!

La significación del olor que poco antes había percibido, se reveló en el cerebro del criado de la misma forma súbita, brutal y cegadora, que si todo un barril de aquella hubiese estallado ante sus narices. Y el diminuto Pete, que había ido a Hollywood dispuesto a emular las cinematográficas hazañas de un Glark Gable, olvidó en un solo momento todos sus sueños de gloria y salió huyendo hacia la calle sin ni siquiera detenerse a emplear el teléfono de la casa para llamar a la policía.

Cinco minutos después, dos coches, pertenecientes a la Brigada de Homicidios, se detenían ante la enarenada senda que atravesaba el jardín.

Elmer Miller, presidente y primer accionista de la «Miller y Olson», había muerto hacía ya más de una hora cuando los primeros agentes irrumpieron en su habitación. Presentaba un balazo en el frontal, cuyo orificio de entrada aparecía ennegrecido por el fogonazo y su mano derecha crispábase aún sobre la culata del arma con que sin duda alguna había disparado sobre sí mismo.

La noticia del suicidio de Elmer Miller, propagada por el locuaz y todavía estremecido Lou Pete, corrió por todo Hollywood con la celeridad de un huracán. Muy poco después de que la policía llegase al escenario del drama, la bronca campanilla de la verja comenzó a sonar, casi incesantemente, agitada por curiosos intrusos a los que hubo que rechazar casi por la fuerza. Una larga hilera de coches particulares fueron a detenerse en el tramo de carretera inmediato al chalet, y el teléfono, con su metálica y apremiante llamada, repiqueteó sin descanso en el fondo del vestíbulo.

En el instante en que el comisario de policía del distrito, *Mr.* Max Ruber, se apeaba de su coche para penetrar en la casa, una vociferadora multitud de periodistas y fotógrafos de Prensa se abatió sobre él, de forma que los dos inspectores que le daban escolta tuvieron que usar de sus más enérgicos recursos para abrir un camino que le permitiera llegar al otro lado de la verja.

Una vez a salvo, Max Ruber, que no olvidaba la conveniencia de mantener la popularidad de que disfrutaba, se volvió a los reporteros que forcejeaban ante los barrotes que defendían la entrada del jardín, y trató de contentarlos con unas palabras.

—¡Un momento, amigos, por favor! —rogó, conciliadoramente—. Comprendan que aún no me es posible facilitarles ni el menor

dato acerca de la muerte de Míster Elmer Miller. En este instante y respecto de ella, sé tanto como ustedes mismos. Luego hablaremos.

Y tras de saludar con un amplio gesto a los que lo escuchaban, volvió la espalda y se dirigió hacia el edificio. Era un hombre alto y fuerte, maduro ya, y su cara estaba adornada por las cejas y el bigote más frondosos con que contaba el cuerpo de policía de todo el país.

Examinó el cadáver, el revólver homicida y la habitación en que éstos habían sido hallados, en menos de un minuto, Max Ruber era uno de los pocos hombres que en la ciudad sabía de la obscura y dramática historia que Roger Stanford revelaba en aquel mismo momento a su amigo John Moresby. Sin embargo, ya estaba decidido a juzgar la muerte de Elmer Miller como uno de tantos suicidios que al cabo del año tienen lugar en la ciudad del cine, cuando uno de los agentes que le había precedido en la investigación se aproximó a él y le tendió un blanco sobre que dijo haber hallado junto al cadáver.

En el anverso, con la nerviosa letra del propio Miller, aparecía escrito éste sólo nombre: Jess Campbell.

—¿Jess Campbell? —preguntó, extrañado, el comisario, al tiempo que daba una y otra vuelta al sobre entre sus dedos—. Parece que ése es el destinatario. Pero ¿quién es y dónde vamos a encontrar a este Jess Campbell?

Algún tiempo más tarde, el propio comisario hubo de confesar que, lo que sucedió entonces, le produjo la misma sensación que si un fantasma hubiera dado respuesta a un involuntario conjuro suyo.

—Aquí estoy. Yo soy Jess Campbell —dijo una vez a espaldas de Ruber.

Y cuando éste se volvió, temeroso de ser víctima de alguna inoportuna broma, halló a un hombre que, erguido en el centro del cuarto y a dos pasos del lugar en que él mismo se encontraba, mantenía sus ojos fijos en el cuerpo yacente de Elmer Miller.

—¡Cómo! ¿Qué es esto? —barbotó el comisario—. ¿Por dónde ha entrado y quién es usted?

La fija mirada del intruso alzóse con deliberada lentitud hasta Max Ruber, y por un brevísimo instante, sus azules pupilas delataron lo mucho que le divertía el cómico asombro de su interlocutor. Pero sin dar lugar a que éste lo interrogara de nuevo y

con un acento más bien cordial, dio respuesta a las preguntas que le acababan de ser dirigidas:

—En cuanto a quién soy, ya se lo he dicho: me llamo Jess Campbell. He venido a esta casa porque he supuesto que era mi deber, ya que en cierta forma me hallaba vinculado a *Mr.* Elmer Miller, y he conseguido entrar por la misma razón que usted habrá de permitir que me quede.

Y al decir esto, con rápido ademán, puso ante los ojos de Max Ruber una placa metálica que ocultaba en el hueco de la mano.

—¡«Federal Bureau of Investigation»! —exclamó el comisario, sin poder contenerse.

Automáticamente, las maneras de todos los que rodeaban al recién llegado, se tomaron tan respetuosas como solícitas. Presentóse Max Ruber a éste, poniéndole en antecedentes de lo sucedido, y el representante del

F. B. I.,

una vez que hubo explicado su relación con la víctima, se dispuso a abrir la carta que con su nombre habían encontrado junto al cadáver.

Mientras rompía el sobre, las miradas de sus cinco acompañantes estaban fijas en él.

Era un hombre joven aún, de unos treinta y dos años, de una estatura superior a la normal, y de una corpulencia cuya solidez apenas resultaba evidente gracias a la extraordinaria flexibilidad de todos sus gestos y movimientos. Poseía uno de esos rostros que, sin ser hermosos, atraen por la enérgica inteligencia que denotan sus facciones, y su oscuro cabello mostraba todavía el corte casi militar que su reciente paso por la academia del

F. B. I.,

le había impuesto. Mirándolo se adivinaba que pertenecía a la singular clase de seres cuya sonrisa puede ofrecerse tan convincentemente seductora como terrible la ira de sus ojos. Su mano izquierda, bajo un blanco y leve vendaje, guardaba la única huella que su hazaña que la noche pasada había dejado en él.

No tardó más de treinta segundos en leer la carta que el desgraciado Elmer Miller escribióla, poco antes de suicidarse. Su rostro, en tanto su mirada recorrió las líneas del texto, mantúvose tan impenetrablemente inalterado como una roca, pero en el

instante en que se la tendió al comisario, algo había en el fondo de sus claros ojos que se asemejaba a una muda interrogación.

A Max Ruber no le fue posible imitar la impávida conducta de Campbell. Apenas empezó a leer la blanca hoja que éste acababa de ofrecerle, tanto su enorme bigote como sus cejas, empezaron a agitarse de tal manera, que parecieron que iban a desprenderse de su rostro.

La carta póstuma de Elmer Millar, casi ilegible, contenía estas desesperadas palabras:

«Cuando usted, Campbell, lea estas líneas, yo habré dejado de existir. No soy capaz de seguir soportando mi situación. Ignoro si oyó hablar de unos chantajistas que, con cínica exactitud, se llaman a sí mismos “Los Buitres Rojos”. Mi última súplica es que trate de destruirlos. Esos malditos son los que me han arrancado el deseo de vivir. Hace un mes recibí el primer anónimo procedente de ellos. Me exigieron trescientos mil dólares, bajo, la amenaza de que asesinarían a mi hija Nora si me resistía a entregarlos. Pagué. Me abstuve de recurrir a la policía, porque ello hubiera puesto en peligro la existencia del único ser al que amo. Pero diez días más tarde, llegó un segundo anónimo. En esta ocasión me obligaron a dar medio millón de dólares. El tercero llegó a mis manos en la tarde de ayer (lo hallará en el mismo sobre que esta carta). Y comprendo que esta historia no va a tener fin si cedo de nuevo. Prefiero matarme. Estoy acorralado y no quiero dejar a mi hija en la ruina ni exponerla a que esos canallas acaben con su vicia. Protéjala, Campbell. Usted es el único hombre que puede salvarla».

En uno de los ángulos de la carta, como un sello mortal y fatídico, había una pequeña mancha de sangre.

Y antes de que el comisario hubiera llegado hasta la última de aquellas líneas desgarradoras, Jess Campbell, con el gesto de quien quiere deshacerse de algo demasiado sucio, puso bajo las narices de Max Ruber una pequeña cartulina blanca que hasta entonces había estado examinando en silencio. Su texto era tan lacónico como tajante:

«A Mr. Elmer Miller:

»Necesitamos doscientos cincuenta mil dólares más. Suponemos que para usted la vida de su preciosa hija bien valdrá ese dinero. Háganos entrega de él por el procedimiento de costumbre. Dispone de veinticuatro horas.

»Los Buitres Rojos»

Un estilo y una firma que le eran bien conocidos a Max Ruber.

—¡Condenados buitres del infierno! —masculló, dominado por el horror y la furia.

Y como si algún peso abrumador acabara, de desplomarse sobre sus hombros, incapaz de mantenerse en pie, dejóse caer sobre el lecho que perteneciera a Elmer Miller.

El cadáver de éste, todavía tendido en el mismo lugar en que la muerte viniera a derribarlo, pareció presidir durante un momento atroz la reunión convocada por su sangre.

Pero las palabras que terminaba de pronunciar Max Ruber, hicieron comprender inmediatamente al agente del

F. B. I.,

que aquélla no era la primera ocasión en que el comisario tenía noticia de «Los Buitres Rojos». Durante los cinco minutos que siguieron, fue tal su conducta que los policías testigos de la escena llegaron a preguntarse si debían intervenir en defensa de su jefe. Jess Campbell, visto que Max Ruber daba señales de haber perdido la memoria al propio tiempo que la serenidad, le apremió y sacudió hasta obtener de él cuánto sabía acerca de aquel asunto.

Apenas terminó de hablar el comisario, Campbell, en cuya mirada brillaba una extraña luz y con el aire, decidido de quien toma el mando frente a una batalla decisiva, hizo una nueva pregunta:

—¿Dónde está ahora, la hija de Miller?

—¿Nora Miller? —repitió el otro, como si todavía no fuese capaz de entender lo que le decían—. Estamos esperando que llegue enseguida. Se encontraba en Long Beach, en casa de unos amigos suyos, y supongo que ya deben estar trayéndola hacia aquí. Le comunicaron la muerte de su padre hace poco más de media hora.

En el mismo momento en que Campbell se volvía para abandonar la habitación, dos nuevos visitantes irrumpieron en ella.

Habían obtenido permiso para penetrar en la casa, y Jess, que conocía a ambos, lamentó de todo corazón que el policía situado a la entrada no cumpliese las consignas con una mayor rigurosidad.

Uno de ellos era Frank Olson, socio del difunto Elmer Miller, y, como éste, titular de la productora cinematográfica que habían fundado juntos. Parecía tener unos cincuenta años y su cuerpo recordaba una enorme esfera, torpe y grasienta.

—Hola, Campbell. ¿Cómo está? —dijo al ver a éste, al tiempo que le tendía la mano.

Saludó luego a Max Ruber, e inmediatamente, al descubrir el cadáver del hombre que había sido su socio, se entregó a tales muestras de dolor que, por lo exageradas, nadie pudo creer en su total sinceridad.

El segundo de los recién llegados, tras de hacer un seco movimiento de cabeza ante Jess, fue a situarse junto a Frank Olson, silencioso e inmóvil, pero evidentemente más consternado que éste por el espectáculo que se ofrecía a su mirada. Su nombre, famoso en medio mundo y unido desde varios años atrás a las producciones de Miller, era el de Wade Astheler, protagonista de la película cuya supervisión le había sido encomendada a Jess Campbell. Su aspecto físico, visto de cerca, resultaba incluso más brillante que en la pantalla. Era apenas una pulgada más bajo que aquél, delgado y musculoso, de facciones acaso excesivamente correctas para ser viriles, y dotado de una elegancia natural que realizaba con su inimitable arte de buen actor.

Pero el agente del

F. B. I.,

no participaba de las sociables inclinaciones que en el acto comenzó a ejercitar el comisario. Masculló una fórmula cualquiera de despedida, que nadie llegó a oír, y se lanzó escaleras abajo en dirección a la puerta de entrada.

Tan pronto como saltó al interior del coche que le había traído hasta allí, puso el motor en marcha, oprimió decididamente el acelerador y el poderoso vehículo comenzó a rodar con una especie de extraña y furiosa alegría. Las manos de Jess Campbell se engaritaban en torno del volante como garras de presa. Y en el pétreo rostro del joven, al recibir el aire y el sol de aquel cálido mediodía, se entreabrió la misma sonrisa que iluminaba la faz de

los antiguos caballeros poco antes de entrar en combate. ¡La batalla había comenzado!

Por lo pronto, era necesario comunicar con Washington. Exponer a sus jefes los sangrientos acontecimientos que estaban desarrollándose en Hollywood, y conseguir el permiso que le autorizara a hacerse cargo del caso.

Bordeó a toda marcha el parque Griffith. Descendió, más pausadamente, por la abarrotada Vine Street, y torció luego hacia la residencial Avenida de San Pedro. En uno de los primeros edificios que se alzaban, a su entrada, tenía el pequeño apartamento amueblado en que alojábase desde su arribo a Hollywood.

Frenó el coche ante la misma cancela del jardín, se apeó, y cruzó a buen paso hacia la puerta que se abría en la parte delantera de la casa. Pero, súbitamente, y en el momento en que introducía ya su llave en la cerradura, experimentó idéntica sensación que si una voz, lejana, sutil y poco menos que inaudible, hubiera comenzado a gritarle en señal de alarma desde el fondo de su cerebro. Instantáneamente, todos sus músculos se tensaron. La impresión de hallarse al borde de un peligro cuya naturaleza no era capaz de precisar, aumentaba a cada momento que pasaba.

Sus nervios no podían engañarle ni engañarse. Siempre fueron ellos, en muchas ocasiones anteriores, los que le salvaron de una muerte cierta respecto de cuya asechanza, sus propios sentidos no habían sido capaces de prevenirle racionalmente.

Tras de permanecer durante un largo minuto sumido en una quietud de piedra, tratando de sorprender la causa de su obscura ansiedad, retrocedió hasta encontrarse de nuevo en el centro del jardín, y levantó su escrutadora, mirada hacia la fachada del edificio.

Apenas se posaron sus ojos en ella, el enigma quedó aclarado. Lo comprendió todo en una fracción de segundo. Allí estaba el origen de su alarma: en las ventanas correspondientes al piso que ocupaba él. Al salir pocas horas antes, las había dejado abiertas de par en par. Y ahora, sin que existiese razón lógica alguna capaz de justificarlo, aparecían herméticamente cerradas.

Tenso, igual que una peligrosa fiera acosada, Jess Campbell se quedó mirando hacia lo alto, en tanto que se esforzaba por hallar la explicación de aquel fenómeno. Carecía de importancia aparente,

pero algo le advertía, desde el fondo de su razón, que había sido providencial que sus ojos captasen la imagen de aquellas cerradas ventanas a su paso por el jardín.

Repentinamente se inclinó hacia el suelo, tomó una piedra, y, con un movimiento certeramente exacto, la lanzó contra el cristal de una de ellas. Una oscura estrella de afilados bordes se recortó instantánea y casi silenciosamente sobre el vidrio. Y a continuación, igual que una sierpe que hubiese hallado un resquicio por el que huir, un verde, ondulante y viscoso brazo de algo que parecía humo, escapó a través del boquete abierto por la piedra.

—¡Gases! —masculó Jess—. ¡Gases de cloro!

No cabía duda de que las tres habitaciones habían sido inyectadas con ellos, y Campbell, sintiendo que un estremecimiento le recorría la espalda, pensó en lo que hubiera sido de él al penetrar en el interior. Una sola aspiración hubiera bastado para que cayese al suelo, sin sentido. Y un par de minutos después, con los pulmones abrasados, hubiese dejado de existir.

El bronco rugido de un motor que se ponía en marcha procedente del otro lado de la calle, le devolvió a la realidad. Miró hacia el lugar de donde procedía, y todavía tuvo tiempo de ver la cara de su conductor que, vuelta en dirección del sitio en que Campbell se encontraba, aparecía crispada por la furia y el desencanto. Era evidente que se trataba del individuo que hiciera estallar la bomba de gases dentro de la casa. Había luego permanecido junto a ésta, al acecho, y al comprobar que sus planes habían fracasado, se daba a la fuga. El agente del

F. B. I.,

dedujo todo esto tan rápida y concluyentemente como si su instinto se lo hubiese gritado con todas las palabras. Más, antes de que pudiera saltar al interior de su propio coche, el del asesino corría ya cerca del final de la avenida de San Pedro.

El de Campbell se disparó hacia adelante igual que un proyectil impulsado por una carga de pólvora. Su perseguido le llevaba una ventaja más que considerable, pero un conductor como el que ahora corría tras él, no podía ser burlado con facilidad.

Los habitantes de Hollywood, que, con asustados ojos, asistieron al comienzo de aquella carrera demente y frenética, comprendieron en el acto que la muerte esperaba a uno de sus dos protagonistas al

final de ella.

Los coches, que habían atravesado el Riverside como un par de exhalaciones, sorteando toda clase de obstáculos y sembrando el pánico a su paso, siempre uno tras otro, enfilaron la carretera que bordea los campos del Club de Golf, y proyectáronse en la recta que conducía a Los Ángeles, levantando grises nubes de polvo. El perseguido, con el miedo reflejado en su lívida cara, huía en busca de las sombras y la impunidad. El agente del

F. B. I.,

inexorable como una hoja de acero, mostraba el agudo perfil de los halcones cuando caen sobre la presa.

A lo lejos, un hombre que ya alzaba su palo de golf para descargar el golpe contra la blanca esferita de caucho que tenía a sus pies, interrumpió el movimiento, y con el largo bastón levantado en el aire, se quedó mirando atónito, a los dos rugientes meteoros hasta que éstos desaparecieron de su vista.

De pronto, el seco ladrido de un arma de fuego puntuó el mordiente silbido de las llantas. Jess Campbell, sujetando el volante con una sola mano, había empuñado con la otra su revólver, y disparaba a través de la ventanilla. Dos nuevas detonaciones hendieron el espacio. Sin embargo, y a pesar de que aquello suponía, un riesgo mortal, puesto que ni siquiera un puño como el suyo era capaz de dominar por mucho tiempo y sin la ayuda del otro la dirección de un coche lanzado a velocidad tan vertiginosa, su único propósito era el de atemorizar al asesino para obligarle a que se detuviera. Clavar un trozo de plomo en cualquiera de las ruedas del coche que iba delante, no ofrecía ninguna dificultad para Jess, pero esto hubiera supuesto la muerte inmediata de su perseguido, y Campbell jamás llegaba deliberadamente a tan crueles extremos.

La cuarta de las balas enviadas por éste, siguió una trayectoria paralela y casi rasante a la capota del vehículo que perseguía. Y, aun así, la distancia que le separaba de su trasera, antes pareció aumentar que disminuir en una sola yarda.

Pero, súbitamente, cuando ya las primeras edificaciones de la ciudad de Los Ángeles se recortaban a lo lejos contra el azul cielo, el Destino decidió la jugada en favor de Jess. En el mismo momento en que el coche del criminal tomaba una pronunciada curva y antes

de que su conductor hubiera podido fijar la dirección, la enorme mole de un autocar que avanzaba pausadamente en sentido contrario, surgió ante la espantada mirada del fugitivo. Sólo el desesperado giro que imprimió al volante, pudo impedir la tremenda colisión, pero la maniobra había resultado excesiva. El vehículo del criminal, lanzado a más de cien kilómetros por hora, desobedeció los frenos. Saltó más allá del encintado de la carretera, embistiendo con una de sus aletas delanteras a un gran cartelón anunciador que se erguía al borde mismo de ella, y uno de sus dispersos trozos fue a pulverizar el parabrisas del coche.

Los horrorizados ocupantes del autocar, ya inmovilizado, vieron con claridad atroz todos los detalles de la tragedia.

El conductor del coche, dando un perforante alarido, soltó el volante y trató de protegerse de la andanada de afilados vidrios que le acababa de cegar. Y una décima de segundo después, arrastrado por el frenético e imparable girar de las ruedas, el potente turismo deshacíase contra uno de los añosos árboles que se erguían al otro lado de la cuneta.

El impacto resonó como el estallido de una granada. Brotó en todas las direcciones un surtido de cristales y hierros bárbaramente fragmentados, y antes de que el eco del encontronazo se hubiese perdido en la distancia, una súbita llamarada envolvió los restos del coche.

Cuando Jess Campbell descendió del suyo, que había podido frenar no sin tener que poner en juego toda su fuerza y serenidad prodigiosa, el cadáver de su perseguido apenas era algo más que una masa informe cuyos contornos se desdibujaban entre el humo y las llamas.

Contempló durante un instante el desolador espectáculo, mientras alrededor de él se agitaban despavoridamente los ocupantes del autocar, y un rictus de amargura distendió sus finos labios. Nunca le había gustado triunfar a costa de la muerte de sus enemigos. Por otra parte, y en aquella ocasión, el desenlace del primero de sus encuentros con «Los Buitres Rojos» no podía haber resultado más estéril. Ni siquiera llegaría a conocer nunca la identidad del hombre que había tratado de asesinarle.

Dos motoristas de la policía, cuyas sirenas anticiparon desde mucho antes su llegada, detuviéronse junto a los ardientes restos

del vehículo siniestrado. Campbell se limitó a mostrarles su placa, y sin dar ni una sola explicación, emprendió el regreso a Hollywood.

A lo largo del camino de vuelta, planteáronse ciertas dudas en cuanto a si el misterioso individuo muerto en el accidente, pertenecía o no a la banda de «Los Buitres Rojos». Se dijo que nada probaba que existiera la menor relación entre éste y los hombres que, entre otras cosas, habían extorsionado a Elmer Miller hasta provocar su suicidio. Jess Campbell llevaba varios años al servicio del

F. B. I.,

y en el curso de sus numerosas actuaciones se había creado muchos enemigos que juraron vengarse de él. En consecuencia, era muy probable que el individuo al que acababa de ver morir fuese alguno de aquellos sobre los que, en anteriores y ya olvidadas aventuras, hubo de abatirse su justiciera garra.

Pero estas sospechas fueron rápidamente disipadas por algo que le esperaba ya.

Cuando se detuvo frente al edificio en que hasta entonces había tenido su alojamiento, éste se hallaba todavía rodeado por una masa de curiosos, los cuales asistían con apasionado interés a los últimos trabajos que en su interior estaban siendo llevados a cabo por una brigada especial de la policía.

Alguien había dado la voz de alarma, al ver que a través del cristal apedreado por Campbell salía un humo espeso y verde que se derramaba fachada abajo y minutos más tarde, al comprobarse su peligrosa índole, varios agentes provistos de máscaras antigases penetraron en el piso, temerosos de hallar en él algún espantoso cuadro. Por fortuna, pudieron limitarse a disipar aquella viscosa y envenenada nube que, como un gigantesco reptil, semejaba acechar en las sombras.

Apenas penetró Campbell en sus habitaciones, y en cuyo ambiente aun flotaba un picante olor que puso un gusto amargo en su garganta, uno de los hombres que allí había, se dirigió a él con gesto no muy amistoso. Iba de uniforme, y de su cuello pendía una máscara de la que al parecer se había desprendido pocos segundos antes.

—¿Quién es usted? —preguntó, secamente.

Pero el recién llegado no pareció mostrar el menor interés por

aquel agresivo oficial de la policía. Contempló durante unos instantes la labor de unos hombres que accionaban en el cuarto contiguo una bomba impelente de aire, y luego, mientras metía su ropa en una maleta que sacó de un pequeño armario, repuso con fría voz:

—Mi papel, en este caso, ha estado a punto de ser el de la víctima. Me llamo Jess Campbell, y voy a cambiar de alojamiento porque estos aires me resultan poco saludables. Si desea otros datos, puede usted llamar al comisario Max Ruber.

El tono en que había hablado, hizo que el policía cambiara en el acto de táctica. Fue a decir algo, pero pensándolo mejor, extrajo de uno de sus bolsillos lo que parecía una tarjeta de visita, y se la tendió a Campbell.

—Hemos encontrado esto en su propia cama —explicó más respetuosamente—. Supongo que le interesará verlo.

Jess, antes de posar sus ojos en la blanca cartulina, sabía ya lo que iba a encontrar en ella. En una de sus caras, con tinta encarnada y trazo firme, estaban escritas estas solas palabras:

«LOS BUITRES ROJOS»

Lo que sus autores habían esperado que sirviera de epitafio al cadáver del agente del

F. B. I.

—¿Entiende usted lo que quiere decir? —preguntó el policía, con el timbre de una asombrada inquietud vibrando en su voz.

—Lo entiendo, desde luego —repuso Campbell, lacónicamente.

No había duda de que los chantajistas conocían ya la identidad de éste, y de ahí que hubieran intentado un golpe de audacia para tratar de eliminar a un enemigo demasiado peligroso. Era indiscutible que «Los Buitres Rojos» actuaban con una celeridad fulminante.

Cogió Jess su maleta, sin agregar ni una palabra, y abandonó aquella casa en que una muerte silenciosa y horrible había estado acechándole.

Pocos minutos más tarde y desde un locutorio público, celebraba una conferencia con un cierto número de Washington, y exponía tan breve como eficazmente los hechos de que había sido testigo

desde la medianoche. Apenas terminó de hablar, la ansiada orden llegó rápida a través del hilo:

—Rinda informe a su debido tiempo y ¡adelante, Campbell! Mucha suerte.

En cierta forma, esto fue todo lo que Jess hubo de escuchar de su lejano y autoritario interlocutor, pero resultó más que suficiente para que su corazón se sintiera inflamado por un viril y magnífico entusiasmo.

La búsqueda de un nuevo lugar en el que alojarse, le ocupó más tiempo del que pudo suponer. Se dijo que no era prudente reincidir en la elección de un apartamento como el que ocupara hasta entonces, puesto que lo sucedido demostraba que en ellos se hallaba demasiado inerme frente a cualquier ataque. Por último, y tras de rodar de un extremo a otro de la ciudad, decidió instalarse en el «Emporium», un bien cuidado y tranquilo hotel que alzaba las cuatro plantas de su encristalado inmueble en

Hoover's
Square.

Comió apresuradamente en el mismo cuarto que le asignaron, y, sin concederse ni el tiempo necesario para fumar un cigarrillo, descendió de nuevo en busca de su coche, emprendiendo el regreso al chalet que había pertenecido a Elmer Miller.

Cuando llegó frente a él, la fatigada paz que sigue a las tormentas, se extendía alrededor suyo. No se veía ni un solo curioso que fisgara impertinentemente a través de las verjas, y el hecho de que no hubiera guardia alguna junto a la puerta, indicaba que el cuerpo del desdichado Miller había sido trasladado ya al depósito. En la senda que remontaba el jardín, se hallaban aparcados dos coches. Uno de ellos, Jess lo identificó como perteneciente a Wade Astheler, el actor. El otro no lo había visto nunca.

Fue el propio Lou Pete quien salió a abrirle. El diminuto criado conocía a Campbell desde un par de semanas atrás, a raíz de una visita que éste hizo a su amo el día en que llegó a Hollywood y el rostro del joven filipino se entreabrió en una desfallecida sonrisa en cuanto vio al agente del

F. B. I.

—¿Cómo está, señor? —dijo Pete, en igual tono que si temiera quebrar con su voz el sueño de un enfermo—. Pase, señor. La

señorita, llegó hace ya un rato.

En la espaciosa sala a que fue conducido por el criado, Campbell encontró a un par de personas que parecían estar aguardando su aparición. La escasa luz que penetraba por las entornadas ventanas, fracasaba en su lucha con la tristeza que reinaba en aquel interior. El cuarto estaba exquisitamente amueblado, y muchas de las piezas que lo adornaban constituían verdaderas obras de arte. Sin embargo, nada de ello bastaba para disipar la sombría huella del drama que poco antes habíase representado entre sus paredes.

Wade Astheler, que era uno de los presentes, se alzó con su característica indolencia del diván que ocupaba, para salir al encuentro del recién llegado.

—Hola, Campbell —saludó, con su agradable voz—. Le estábamos esperando. Por la pregunta que hizo usted al comisario Max Ruber, supuse que no tardaría en volver al encuentro de la dueña de esta casa. *Miss Nora* bajará enseguida de sus habitaciones. Para ella ha constituido un rudo golpe la muerte de su padre, y necesitará de todas sus energías para afrontar esta situación.

Una situación que Astheler, con su fría apostura y sus ademanes correctamente precisos, parecía dominar sin ningún esfuerzo. Tan sólo en sus labios se manifestaba un rictus de amargura que ni su consumado histrionismo era capaz de borrar.

Volvióse luego hacia el hombre que permanecía a su espalda, y le invitó a que se aproximara, al visitante, diciendo a éste:

—Permítame, Campbell. Le presento a *Mr. Albert Chaltam*, un buen amigo de la casa.

Y a continuación, sin que el casi imperceptible matiz irónico con que hubo de seguir hablando pasara inadvertido para Jess, agregó:

—Todos esperamos que, después de lo ocurrido, *Míster Chaltam* apresure su proyectada boda con *Miss Nora*.

El hombre que en aquel momento estrechaba la mano de Campbell era un típico representante de la adinerada y ociosa clase americana que emigra a California, atraída por su clima espléndido y sus costosas diversiones. No tendría más de veintiocho años, y su aspecto físico era el de un «sportman» al que los deportes no han logrado endurecer otra cosa que los músculos. Frente a los hombres que le acompañaban en la sala, ofrecía la estampa de un estudiante recién salido de Yale.

—¿Supone usted que *Miss Nora* tardará mucho en bajar? — preguntó el agente del F. B. I., dirigiéndose a Wade Astheler.

—No creo —repuso éste—. Es seguro que el criado la ha avisado ya.

Y el actor, yendo hacia una mesita que había en uno de los rincones de la sala, se dispuso a servir para él y sus compañeros unos vasos de *whisky*.

Súbitamente, un agudo grito de mujer llegó hasta ellos, procedente del piso superior. Fue como una hiriente puñalada que hendiera el lúgubre silencio en que todo estaba sumido.

Albert Chaltam, con sus desorbitados ojos levantados hacia lo alto e incapaz de efectuar un solo movimiento, exclamó:

—¡Es Nora!

Wade Astheler no se reveló mucho más eficaz. Todavía estaba con un vaso lleno de licor en cada mano, cuando su asombrada mirada vio pasar junto a él a Campbell que, con la celeridad y el incontenible impulso de una pantera, corría ya hacia la escalera que conducía al segundo piso.

Aún vibraba en el aire el eco del grito de la hija de Miller, cuando Jess, que sabía cuál era su habitación por haberla examinado aquella misma mañana y tras de comprobar que se encontraba cerrada por dentro, lanzaba contra su puerta la arrolladora embestida de sus ochenta kilos de acerados músculos. La hoja de madera saltó como golpeada por un ariete gigantesco.

Gracias a un verdadero milagro de agilidad, Jess pudo evitar el caer de bruces sobre el yacente cuerpo de Nora Miller. Se hallaba esta tendida sobre la alfombra, a poco más de un par de pasos de la entrada, y su maravillosa cabellera, como un oro casi líquido y ondulante, derramábase en torno de su empalidecida faz.

Jess Campbell descubrió en el acto el origen del desvanecimiento de la muchacha.

En la cara interior de una puerta fronteriza que comunicaba con el baño, un afilado estilete de plateada hoja, ensartaba contra la madera una blanca misiva. La firma que había a su pie, estampada en grandes caracteres del color de la sangre, resultaba perfectamente visible, incluso a distancia:

«LOS BUITRES ROJOS»

CAPÍTULO III

Cuando Nora Miller entreabrió los ojos, se encontró en una situación tan sorprendente que estuvo a punto de lanzar un nuevo grito. Campbell, que la había alzado del suelo pocos segundos antes, descendía con ella entre sus brazos hacia la sala en que Wade Astheler y Albert Chaltam esperaban sumidos en una alarmada inmovilidad.

—¿Quién es usted? —preguntó la muchacha, haciendo débiles esfuerzos por liberarse de los brazos que la sostenían.

—Tranquílcese, *Miss Miller* —repuso el interpelado disponiéndose a depositarla sobre uno de los amplios divanes que había en la habitación—. Me llamo Jess Campbell, y mi único propósito es ayudarla.

Borróse la desconfianza que por un momento había asomado a la mirada de Nora. Y la blanca sonrisa que le brindaba el hombre sobre cuyo pecho tenía necesariamente que reclinarse, pareció ir a despertar un animoso reflejo en sus propios labios. Apenas estuvo la muchacha cómodamente tendida, Albert Chaltam, sin poder disimular la turbación que le ocasionaba el hecho de no haber sido el primero en acudir a su lado, se acercó a ella, y, cogiendo una de sus manos, inquirió anhelantemente:

—¿Qué fue eso, Nora? ¿Te encuentras bien?

—Sí, Albert, no te alarmes. No me pasa nada —contestó ella, mientras se esforzaba en sonreír—. De todas formas, debo dar las gracias a *Mr. Campbell* por...

Miró entonces la muchacha en torno suyo, buscando al hombre a quien iban dirigidas sus últimas palabras, y todos comprobaron con estupefacción que había desaparecido.

—Pero... ¡si hace un momento que estaba aquí! —exclamó Astheler, cuando ya se adelantaba para ofrecer a Nora unas gotas de *whisky*.

Y repentinamente, de la misma, silenciosa forma que se había esfumado, Jess Campbell hizo su reaparición, descendiendo de la segunda, planta de la casa. En una de sus manos traía una blanca hoja de papel.

—¿Qué es eso, Campbell? —preguntó el actor, yendo a su encuentro.

Pero antes de que el interpelado pudiera dar una respuesta, Nora. Miller, erguida sobre el asiento y con el rostro desencajado, comenzó a gritar:

—¡El anónimo! ¡Lo había olvidado! ¡Eso es lo que me horrorizó!

Y sin que sirvieran de nada los torpes esfuerzos de Chaltam, la infeliz muchacha comenzó a llorar convulsivamente.

El comisario Max Ruber, deseoso de evitarle una inmediata revelación de los atroces hechos que habían llevado a Elmer Miller a la muerte, y sin suponer que los crueles chantajistas pudieran abatirse sobre Nora con una prontitud tan fulminantemente despiadada, habíase limitado a prevenir a esta respecto de la posibilidad de que un agente llamado Jess Campbell, del «Federal Bureau of Investigation», llevara a cabo algunas pesquisas. Y ahora, iba a tener que ser este mismo agente quien pusiera a Nora Miller en antecedentes de la amarga verdad.

Apenas se hubo repuesto un poco la muchacha, el hombre del F. B. I.,

con breves y precisas palabras, expuso cuánto hasta aquel instante se sabía de «Los Buitres Rojos». Cuando terminó de hablar, el asombro y el miedo pintábanse en los rostros de todos sus oyentes.

—¡Es inconcebiblemente bestial! —murmuró Albert Chaltam, con ronca voz.

Pero en contra de lo que podía esperarse, fue Nora Miller la primera en reaccionar con una magnífica gallardía.

—¡Vengaré la muerte de mi padre! —exclamó, con una inquietante luz brillándole en los ojos—. ¡Todavía tengo algún dinero, recursos, influencias! ¡Lanzaré tras de esas bestias feroces a toda la policía del país, ofreceré recompensas...!

Jess Campbell, cuyas facciones se habían endurecido repentinamente, cortó con un inapelable ademán las exaltadas palabras de Nora, y habló así:

—Miss Miller, confío en que nada de eso resultará necesario. Es

a mí a quien se ha encargado de perseguir a esa banda, y cumpliré con mi deber hasta el fin. Si yo cayese, el

F. B. I.,

cuenta con otros muchos hombres, prontos a ocupar mi lugar. No tema. Antes de que transcurra demasiado tiempo y corra o no la sangre, todos y cada uno de esos «buitres» habrán rendido cuenta a la justicia.

Tras de aquellas afirmaciones de Campbell, un ancho y respetuoso silencio vino a abrirse a su alrededor. Nora Miller, cuya voluntad veíase por primera vez frente, a otra más poderosa que la suya, continuó durante algunos segundos con su mirada fija en el hombre que acababa de hablar, y puede decirse que fue en aquel instante cuando se descubrieron mutuamente. El propio Jess, olvidándose por un momento de cuanto le rodeaba, tuvo que rendirse a la seducción de la encantadora imagen que tenía ante sí.

La hija de Elmer Miller era una de esas mujeres cuyo físico no puede ser confundido nunca. Con veintiún años, más bien alta, insospechadamente fuerte, de suaves y armónicas líneas y de un blanco color de tez que conjugaba de maravillosa forma con sus rubios cabellos y el límpido azul de sus pupilas.

—Perdón... —dijo de pronto Wade Astheler, con un leve matiz sarcástico en su voz—. Y ese anónimo hallado en las habitaciones de *Miss Nora*, ¿imprime, acaso, algún nuevo giro a este asunto?

Campbell tuvo que hacer un auténtico esfuerzo para fingir que en ningún momento se había evadido del mundo de las realidades.

—En efecto —repuso con serena prontitud—. Desde mi punto de vista, constituye una oportunidad cuyas consecuencias pueden sernos preciosas. Juzguen ustedes mismos.

Y con el fin de impedir que la muchacha escuchase de nuevo algo que ya le era dolorosamente conocido, tendió la blanca hoja de papel que todavía guardaba entre sus manos, para que Wade Astheler y Albert Chaltam, uno junto a otro, pudieran leerla. Su contenido era tan cínica y fríamente amenazador como todos los emanados de aquellos criminales que se firmaban «Los Buitres Rojos».

Decía así:

«Distinguida *Miss Miller*:

»Lamentamos muy sinceramente el inútil y desastroso acuerdo tomado por su padre. Nuestro propósito no fue nunca el de privarle de la existencia. Lo único que deseábamos de él eran doscientos cincuenta mil dólares más, y ahora, inevitablemente, es a usted a quien nos vemos obligados a trasladar dicha petición.

»Le concedemos tres días para que nos comunique su parecer. Si su respuesta es favorable a nuestros deseos, inserte un anuncio en el "News Holliday" redactado en los siguientes términos: "Interesa compra villa reposo. N. M.". De no hacerlo, tememos que los hombres que en la actualidad trabajan para usted, sigan siendo víctimas de molestos accidentes».

Esto era todo.

Cuando Astheler y Chaltam terminaron de leer aquella incalificable misiva, ambos hombres interrogaron con sus espantadas miradas al agente del

F. B. I.

—Pero... ¿es necesario hacer algo! —prorrumpió Albert, sin poder dominar el temblor que le agitaba—. ¿Es posible que la policía se cruce de brazos frente a hechos como éste?

Los ojos de Campbell parecieron empequeñecerse bajo la tensión de una rabia contenida.

—Mister Chaltam —opuso, con helada voz—, sepa usted que la organización a que pertenezco no se cruza de brazos jamás. Naturalmente que haremos cuánto nos sea posible. Y lo vamos a hacer inmediatamente. ¿Está usted dispuesto a colaborar conmigo, Miss Miller?

La muchacha, al escuchar esta pregunta, pareció recibir una descarga eléctrica. Irguió la cabeza, y con los ojos brillantes, contestó:

—Haré cuanto se me ordene.

—Gracias. No esperaba menos de usted —afirmó Campbell, dirigiendo una despectiva mirada al atemorizado Chaltam—. Su primer paso consistirá en poner ese anuncio a que alude el anónimo.

—¡Cómo! —no pudo dejar de exclamar Nora, en el colmo del

estupor—. ¿Es que vamos a doblegarnos frente a las exigencias de esos malhechores?

—Vamos a hacer lo único que nos es posible en este caso —continuó Jess, impertérrito—. Usted, *Miss Miller*, ha de fingir que se halla atemorizada y dispuesta a transigir con todo. Pondrá ese anuncio, y luego esperaremos a que nos sean reveladas las condiciones a que ha de atenerse para entregar el dinero. ¿No se da cuenta de que ello puede abrirnos una pista que nos permita llegar hasta los autores de estas criminales extorsiones?

La cara de Nora Miller, conforme escuchaba a su interlocutor, había ido iluminándose comprensiva.

—De acuerdo —convino, por último—. Ahora comprendo qué es lo que usted se propone.

—Sin embargo —intercedió Wade Astheler—, el plan es arriesgado. ¿Cómo estar seguros de que las condiciones que señalan esos bandidos van a poder ser aprovechadas en favor de la justicia?

—Todo estará previsto, amigo Astheler —aclaró Campbell, un poco impacientemente—. No ignoro que correremos un peligro enorme. Pero ¿acaso no sería mayor aquél a que habríamos de exponernos si permaneciésemos con los brazos cruzados, como temió Míster Chaltam?

Doce horas después de esta conversación, en la última de las páginas del «*News Holliday*» aparecía insertado este anuncio: «Interesa compra villa reposo. N. M.».

El cálido sol de la nueva mañana daba de plano en la fachada del «*Emporium*». Jess Campbell, sentado ante la bandeja del copioso desayuno que le habían subido a su habitación, ultimaba mentalmente los detalles del plan que había trazado. Hollywood, entre tanto, iniciaba su jornada habitual. El pulso de la fabulosa ciudad latía con su ritmo de siempre. Ya se ha dicho que en la Meca del Cine incluso los menores incidentes adquieren extraordinarias proporciones periodísticas, pero también es verdad que ni el más insólito de los acontecimientos logra mantenerse durante cuarenta y ocho horas en las páginas primeras de sus grandes diarios.

Y así, en aquel instante, el abigarrado mundo que se desperezaba alrededor de Jess, ajeno por completo a la amenaza que sobre él se cernía, empezaba a expandir bajo el limpio cielo californiano su vivo juego de colores y músicas.

Repentinamente, el timbre del teléfono comenzó a sonar. Una voz inquieta al otro lado del hilo, pronunció el nombre de Campbell.

—Hola, comisario —dijo éste, con su oído pegado al auricular—. ¿Quiere algo de mí, Ruber?

—¡Ah! ¿Me ha conocido? —Siguió la voz—. En efecto, necesito de usted. Y si no le molesta, le agradecería que viniese inmediatamente a mi despacho.

Cinco minutos después, el agente del

F. B. I.,

saltaba al interior de su roche, y acudía a toda marcha a la apremiante llamada del comisario.

Jess encontró a Max Ruber con el semblante de un hombre que ha dormido mal y que, probablemente, no lleva en su estómago nada más que un par de tazas de café. Parecía haber envejecido varios años en una sola noche, y la mano que tendió a Campbell carecía de la menor firmeza.

—Siéntese, Campbell —dijo el comisario, apenas ambos hombres se hubieron saludado—. Ya tengo noticias del atentado de que estuvo a punto de ser víctima. Es evidente que esos condenados «buitres» pegan rápido y duro.

—No se preocupe por mí —repuso Jess, mientras se disponía a encender un cigarrillo que el otro acababa de ofrecerle—. Sé cuidarme solo.

—Me consta —asintió Max Ruber—. Pero es lastimoso que no podamos enseñar a los demás a que se defiendan con igual eficacia.

Y el comisario, con abatido gesto, clavó su mirada en la serena faz de su visitante.

—Este asunto —siguió diciendo— comienza a adquirir unos caracteres aterradores. Por ello le llamé. ¡La acción de «Los Buitres Rojos» amenaza con extenderse ilimitadamente!

Jess Campbell, completamente silencioso e inmóvil, esperó las revelaciones que anticipaban aquellas palabras.

—Escuche. Debe usted conocer lo que voy a decirle —habló por último Max Ruber—. Se trata de un nuevo capítulo de la monstruosa pesadilla que estamos viviendo, y tan sólo el

F. B. I.,

es capaz de remediar esta desesperada situación. Los hechos que me

acaban de ser notificados son los siguientes. El día nueve del pasado mes de abril, *Mr. John Brave*, presidente de la Compañía Naviera «Brave y Thompson», recibió un anónimo en el que se le conminaba a entregar un millón de dólares. Sin embargo, *Mr. Brave*, ignorante de todo lo que se refiere a «Los Buitres Rojos», autores de dicho anónimo, hizo caso omiso de las amenazas, limitándose a dar cuenta de ellas a la policía. Pero ya comprenderá usted que nosotros no podemos apreciar tal estado de cosas con la misma indiferencia que *Mr. John Brave*. Sabemos mejor que él el peligro en que se hallan en este momento los servicios de su Compañía, y es de temer que de un instante a otro ocurra alguna catástrofe.

—La central de la «Brave y Thompson» está en San Francisco, ¿no es así? —preguntó, súbitamente, Campbell.

—En efecto —corroboró el comisario—. El segundo de los anónimos llegó ayer noche a manos de su presidente. Parece ser que su tono es el de un ultimátum y se teme que el «Blue Boy», uno de los paquebotes de dicha Empresa, sea el blanco hacia el que «Los Buitres Rojos» apunten sus armas de represalia.

—¿Qué es lo que les inclina a suponerlo? —interrogó, nuevamente, el agente del
F. B. I.

La voz de Mas Ruber había ido haciéndose cada vez más ronca, y su cara aparecía demacrada por la ansiedad.

—El «Blue Boy» —aclaró— zarpa esta noche del puerto de San Francisco para iniciar un crucero de placer que ha de llevarle a lo largo de la costa del Pacífico, hasta Panamá, y de allí, cruzando el canal, a Cuba y las islas Bahamas. Faltan apenas doce horas para que salga, y es muy probable que los «buitres» arreglen las cosas para que ese viaje termine en el infierno.

—Comprendo —contestó pensativamente Jess Campbell—. Y si la policía tratara de intervenir, lo único que probablemente había de lograr, sería alarmar al pasaje y crear un peligroso ambiente de desconfianza en torno del «Brave y Thompson».

—Usted lo ha dicho —asintió, con impulsiva vehemencia, el comisario—. El propio *Mr. Brave* ha rogado a las autoridades que no efectúen ningún alarde de fuerza, puesto que ello podría acarrear a su Compañía pérdidas verdaderamente astronómicas. ¿Se da cuenta, Campbell?

—Me doy cuenta —asintió éste, con seco ademán—. Es necesario proteger la salida del «Blue Boy», pero haciéndolo desde la sombra.

—Y esto —terminó Max Ruber—, sólo usted es capaz de llevarlo a cabo.

El agente del

F. B. I.,

no esperó a oír más. Alzóse frente al comisario, y con gesto de inapelable decisión le tendió su mano, al tiempo que anunciaba:

—Esta noche, por encima de todos los «buitres» del mundo, yo haré que el «Blue Boy» zarpe del puerto de San Francisco sin novedad. Y de madrugada, estaré de regreso en Hollywood.

Al escuchar estas palabras, la cara del comisario pareció iluminarse con una luz repentina. Sonrió cálidamente, y mientras estrechaba la mano de Campbell descubrió la última carta de su juego.

—Sabía que aceptaría el reto —declaró—. Diríjase ahora mismo al aeródromo de Northale, y acuda a la pista número ocho. Desde hace más de una hora, le está esperando allí el avión que ha de llevarle a San Francisco.

La previsor medida de Max Ruber constituyó una oportunidad doblemente satisfactoria para el agente del

F. B. I.,

no sólo le ahorró la pérdida de tiempo que le hubiera ocasionado tener que recurrir a un aparato de servicio de pasajeros, sino que, por otra parte, le permitió recordar prácticamente los ya lejanos días en que tripulaba un

«B-17»

sobre los campos de batalla de Europa.

Ya en el cielo, y con la dentada costa que parecía ir a morder en el verde océano a más de tres mil pies bajo él, Campbell todavía sonreía pensando en el gesto de estupor con que el piloto que habían dispuesto para su transporte, hubo de cederte el asiento frente a los mandos.

Las multicolores y dispersas edificaciones de Hollywood, quedaron atrás en escasos minutos. Casi inmediatamente, Los Ángeles, blanca, inmensa y lejana, apareció a la izquierda. Al borde de la costa de la que Campbell iba distanciándose, para dirigirse en

vuelo directo hacia su objetivo. Mucho más al interior, pronto destacáronse las altas y nevadas cimas del Monte Whitney. Y al avistar de nuevo el mar, la pequeña Monterrey, laboriosa y desparramada, se mostró en medio de las anchurosas praderas que brillaban al sol igual que un manto esmeralda.

Por último, y después de dos horas de vuelo, San Francisco pareció derramarse súbitamente bajo las alas del aparato tripulado por Jess. El monoplano, resistente y ligerísimo, obedecía a las manos de Campbell con la pronta suavidad de un caballo que no necesita de las espuelas. Planeó sobre el gigantesco aeródromo, que evocaba la imagen de una mano abierta tendida por la ciudad a modo de saludo, y con una precisión realmente maestra, tomó tierra en una de las pistas que había a la entrada del campo.

Aún estaba Campbell quitándose su casco de cuero, cuando a través de los cristales de la carlinga vio venir hacia su aparato a un gran coche negro que alguien conducía con temeraria velocidad. Jess saltó a tierra en el instante en que el vehículo se detenía casi, junto a la cola de su avión. Un hombre, salido del interior de aquél, caminó rápidamente al encuentro del piloto.

—Me llamo Markham, y soy teniente de la policía —dijo sin más preámbulo, al llegar a su lado—. Supongo que usted es Jess Campbell.

—Acertó, teniente —repuso el aludido—. ¿Me esperaba?

Ni los experimentados ojos del policía pudieron advertir el gesto con que el agente del

F. B. I.,

al contestar al saludo, volvió a reintegrar a su funda la pistola que había empuñado mientras aguardaba la llegada de aquél. Pero el diálogo no hubo de continuar hasta que ambos hombres se encontraron ya en el coche y en marcha por la carretera que conducía a la ciudad.

—Fue el comisario Max Ruber quien nos avisó por teléfono —explicó el hombre llamado Markham—. Sabemos quién es usted, en consecuencia, y también el motivo que le trae a San Francisco. Crea que nos alegra mucho contar con la ayuda del

F. B. I.

¿Cuáles son sus órdenes?

—No deseo —sino que me traslade al muelle de que ha de

zarpar el «Blue Boy»— dijo Campbell, mirando su reloj. —Es mediodía, y tengo entendido que el barco sale a última hora de la tarde. Dispongo de muy poco tiempo para inspeccionar aquello.

—De acuerdo —admitió, con disciplinada prontitud, el teniente.

Y enfilando el coche por la Avenida Royal, que atraviesa el núcleo urbano de uno a otro de sus extremos, lo lanzó rumbo al puerto. Sin embargo, y a pesar de la innegable pericia con que Markham manejaba el volante, invirtieron casi treinta y cinco minutos en avistar las altas verjas que protegían su entrada principal.

Una vez dentro del recinto de éste, el coche remontó la empedrada pista que separa los inmensos almacenes portuarios de las bocas de descarga, y el poderoso vehículo fue abriéndose camino entre la apresurada multitud que obstaculizaba su avance. Detúvose al fin el coche, y Markham, saltando de él, condujo a Campbell al otro lado de uno de aquellos abarrotados pabellones que hasta entonces les habían impedido ver los muelles vecinos.

—He ahí al «Blue Boy» —indicó, súbitamente, el teniente.

Y Campbell, sin ocultar su admiración, examinó de una rápida mirada la magnífica nave que aparecía amarrada junto a uno de aquéllos. El «Blue Boy», que no desplazaría menos de tres mil toneladas, poseía la airosa ligereza de líneas de un yate, y la compacta solidez que exigían los cruceros de fondo a que estaba destinado. En su acerado casco, pintado de un pálido color azul, las blancas letras de su nombre destacaban con nítida gallardía.

—Gracias, Markham —dijo Jess, una vez que hubo observado al «Blue Boy». Si tiene alguno asignado, puede regresar a su puesto. Yo me quedo aquí.

Y el teniente, tras de saludar con una inclinación de cabeza, desapareció entre la multitud.

La actividad que reinaba en el puerto era extraordinaria. Constantemente entraban y salían de él barcos de todos los tonelajes, y las hábiles gabarras conducían a los más pesados entre el enjambre de los que aguardaban el momento del arribo o de la salida. Estridentes carromatos de motor eléctrico transportaban toda clase de fardos y materiales desde las bocas de descarga hasta los almacenes. Los largos brazos de las grúas movíanse incesantemente de un lado a otro. Podían oírse órdenes y avisos gritados en todos

los idiomas y todas las razas, y todas las banderas estaban allí vibrando calurosamente bajo el sol.

Jess Campbell sentíase como pez en el agua sumido en aquel mundo bullicioso y heterogéneo. Miraba en torno suyo, clavando sus ojos en cuantos rostros tenía a su alcance, y la imaginación trataba de calcular cuántos delitos, cuántos insondables y tenebrosos misterios se ocultaban tras de aquel fabuloso escenario.

Muy cerca del lugar donde él se encontraba, un grupo de hercúleos individuos, desnudos la mayor parte de ellos hasta la cintura, dedicábase a la carga de la enorme masa de víveres y pertrechos de toda clase que iba siendo trasladada a las calas del «Blue Boy». Arriba, sobre la cubierta, varios marineros vestidos con chándal y blancos pantalones azules, lo disponían todo para la última revista. Junto a la borda, vigilaban su labor.

Jess Campbell, tras de observar todo esto, se dijo que el instante de entrar en acción había llegado. Era inútil tratar de prever los acontecimientos quedándose rondando en torno del barco, y no menos expuesto aguardar a que todos los participantes de la travesía pronta a emprenderse, se hubieran instalado en sus camarotes. El enemigo, probablemente, vendría a deslizarse en el «Blue Boy», bajo la apariencia de un viajero más, pero también era posible que el horror y la muerte estuvieran incubándose ya en algún oscuro rincón del inmenso navío. Lo inmediato, en consecuencia, era filtrarse dentro de éste, pero sin atraerse sobre sí la atención ni la desconfianza de nadie. Los «buitres» podían estar al acecho de cuánto sucedía en torno del «Blue Boy».

Súbitamente, el agente del

F. B. I.,

pareció disolverse entre la multitud. Reapareció de nuevo en la pista por la que le trajera el coche de Markham, y caminando a grandes y rápidos trancos llegó en escasos minutos ante el edificio en que se hallaban instaladas las dependencias de la Delegación del Departamento de Inmigración. Una compacta y sudorosa multitud agitábase en su patio, central. La hendió Campbell, abriéndose paso con una suave pero eficaz acción de codos, y poco después penetraba en el despacho que cierto popular inspector tenía en el segundo, piso.

El diálogo que aquel día mantuvo Jess Campbell con el hombre

en cuya busca había ido a dicha Delegación, será ignorado siempre. Lo cierto es que apenas duró cinco, minutos, y que, al finalizar, el inspector, antiguo compañero de aquél durante la guerra, lo condujo hasta la Sección de Higiene dependiente del mismo organismo.

—Escucha, Lester —dijo el acompañante de Jess, dirigiéndose a un hombrecillo que manejaba uno de los autoclaves—. Aquí tienes a un hombre que desea hacer lo contrario de lo que todo el mundo quiere. Echa mano de ese cargamento de harapos que guardas en el almacén, y facilítale lo necesario para que se transforme en un vagabundo.

Poco más tarde de que el individuo llamado Lester recibiera aquella insólita orden, por una de las puertas traseras del edificio de la Delegación del Departamento de Inmigración de San Francisco, salía un harapiento joven que, con perezoso andar, se dirigió camino de los muelles. Bajo aquella sorprendente apariencia, ni el más sagaz de los observadores hubiera podido identificar al brillante agente Campbell, del

F. B. I.

Llevaba unos destrozados pantalones de indefinido color, y su fuerte torso difícilmente lograba ocultarse con la mugrienta y despedazada camisa que completaba su vestimenta. Sin embargo, lo más definitivo de su disfraz no dependía de lo que Lester había puesto a su disposición. Su forma de moverse, ciertos gestos que repetía de una manera periódica, el rictus que plegaba su boca y la maraña en que se confundían ahora sus oscuros cabellos, constituían la verdadera máscara tras de la que ocultaba su personalidad.

Minutos después, reclinado en un montón de fardos, observaba con estudiada indolencia, los trabajos del grupo de cargadores que entraban y salían de la sentina del «Blue Boy». Conocía bien las características de aquella labor, y confiaba en que no tardaría en ofrecérsele una oportunidad como la que él necesitaba.

Pero la ocasión de incorporarse a dicho grupo se le presentó mucho más repentina y dramáticamente de lo que nadie pudo esperar. Uno de los hombres que colaboraban al embarque del material, perdió pie en el momento de asentar una gran caja de fruta sobre una de las carretillas, y al tiempo que resbalaba, cayó

hacia adelante, impulsando el tosco vehículo con el mismo peso de su cuerpo. Giraron las metálicas ruedas sobre la pulida superficie del muelle y un grito de alarma escapó de las gargantas de cuántos pudieron ver cómo el cargador era arrastrado en dirección al agua. Uno de los vástagos de la carretilla había ensartado las ropas de éste, y el hombre, perdido el equilibrio, no era capaz de detener el avance crecientemente acelerado de aquel pesado armazón de hierro.

Las ruedas delanteras de la carretilla tocaban ya al borde del muelle. Parecía que nada había capaz de impedir el trágico accidente.

Y entonces fue cuando Campbell saltó.

Cerráronse sus manos en torno del largo barrote horizontal que hacía las veces de volante de la plataforma. Se dejó caer luego hacia atrás, en tanto que tensaba los brazos y clavaba materialmente los talones en el piso, y durante un par de interminables segundos pudo verse cómo luchaban entre sí las opuestas fuerzas de la inercia que arrastraba a la carretilla y la de los músculos del agente del

F. B. I.

El aspecto que ofrecía el cuerpo de éste, era el de una curvada ballesta sometida a la máxima presión. Las venas que surcaban su cuello semejaban ir a estallar bajo la piel. Sus desnudos antebrazos parecían haces de cuerdas que tiraran de la misma muerte.

Y de pronto, casi sin transición, la carretilla retrocedió como impulsada por un resorte gigantesco e invisible. Todo había sucedido en menos de quince segundos.

No se necesitó mucho más tiempo, para que Campbell se viera rodeado por un grupo de hombres en cuyos rostros aún se leía la admiración que les había producido su gesto. Sintió como las pesadas manos de algunos de ellos le golpeaban los hombros con amistosa vehemencia, y en el momento en que ayudaba a levantarse a aquél a quien acababa de salvar, una rotunda voz dominó el coro de todas las que ahora parloteaban en torno suyo.

—Buen trabajo, muchacho: Si no hubiera sido por ti, ese desgraciado hubiera ido a hacer compañía a los peces. Tendré que alquilarte para qué hagas de niñera de todos éstos.

Ante Jess, el capataz de la brigada, un hombre rojo, ancho y pictórico como un jocundo ocre de vino, mostraba una sonrisa a la

que se asomaba toda una hilera de mellados dientes.

—Hombres como tú son los que me hacen falta —siguió diciendo en igual tono—. ¿Te importaría conducir carretillas en lugar de detenerlas? No produces la impresión de que el trabajo vaya a hacerte daño ni tampoco que andes muy sobrado de él.

—Depende de lo que vaya a meterme en el bolsillo —repuso Campbell, con el mismo, escaso entusiasmo con que cualquier truhan hubiera recogido una oferta como aquélla.

—Hay cinco dólares para ti si me prestas los brazos por cuatro horas —termino el capataz.

Y unos minutos después, llevando el aire de quien no se halla demasiado satisfecho de su suerte, pero con el brillo del triunfo reflejado en sus ojos, Jess Campbell penetraba en la sentina del «Blue Boy» con la primera carga sobre sus hombros. Durante casi un par de horas trabajó al mismo ritmo que sus compañeros; sin embargo, y a pesar de que semejante labor hubiera rendido a cualquier hombre no habituado a ella, todos sus sentidos vigilaban incansablemente cuánto sucedía a su alrededor.

Apuntaban ya las tres de la tarde en el gran reloj de la torre del puerto, y acaso comenzara a insinuarse cierta ansiedad en los tensos nervios de Campbell, cuando, súbitamente, escuchó unas palabras que le hicieron erguirse como una espada que surge de su funda.

—¿Dónde esté ahora Ted Gaskell? ¡Maldito puerco! Es la segunda, vez desaparece. Probablemente se ha quedado tumbado tras de algún fardo.

Era el capataz quién gritaba así, al tiempo que blandía en el aire sus enormes manazas y se prometía partir por la mitad al tal Gaskell en cuanto volviera a echarle la vista encima.

Pero Jess no estaba dispuesto a dejar aquel asunto a cargo del capataz de la brigada ni de nadie. Presintió en el acto lo que aquella aparente deserción podía significar, y empujando la carretilla que otros dos cargadores acababan de confiarle, fue hacia la pasarela y penetró en la cala del «Blue Boy». El espacioso compartimiento en que habían ido distribuyendo la carga, aparecía completamente solitario en aquel instante. Al fondo, casi oculta tras de una alta barrera de apiladas cajas, una pequeña puerta de remachada hoja, herméticamente ajustada en su marco hasta poco antes, aparecía ahora ligeramente separada de éste.

Jess, sin perder ni un segundo, atravesó la sala con silenciosa rapidez y empujó la puerta sobre sus bien engrasados goznes. Uno de los departamentos de la sala de máquinas se ofreció a su vista. Y un hombre, aquél cuya presencia reclamaba el capataz a voz en cuello, regresaba con furtivo paso hacia el lugar desde el que Campbell le acababa de descubrir.

Los ojos de ambos hombres se encontraron simultáneamente. Ninguno de los dos pronunció ni una sola palabra.

Pero Gaskell, cuya fornida y sudorosa silueta se recortaba como una diabólica aparición bajo la luz de la única lámpara que colgaba del techo, tras de inmovilizarse durante una fracción de segundo, saltó hacia el hombre que le cerraba, el paso, al tiempo que alzaba sobre su cabeza un brillante y agudo puñal.

CAPÍTULO IV

El agente del

F. B. I.,

dejó que se le abalanzara su agresor sin oponer ni el menor movimiento. Pudo sacar su revólver y acribillar al miserable, incluso antes de que el acero que éste esgrimía saliese de su funda, pero recordando que era necesario evitar toda alarma, se dispuso a zanjar aquella situación de manera tan silenciosa como expeditiva.

Un fulgurante rayo hendió el espacio que una décima de segundo antes ocupara el pecho de Jess. Y el criminal, arrastrado por el mismo impulso de la puñalada que acababa de asestar en el vacío, hubiera ido a dar estrepitosamente contra la puerta que Campbell cerrara a sus espaldas, si el puño de éste no lo hubiese vuelto a erguir con la fuerza de un muelle.

El puñetazo, disparado de abajo arriba, alcanzó a Gaskell en mitad de su asombrada cara; pero un segundo impacto, que hubo de encajar su estómago, le hizo doblarse una vez más, igual que una grotesca marioneta cuyos hilos estuvieran movidos por una mano demasiado inhábil. Y el ronco estertor que comenzó a brotar entonces de su garganta, fue instantáneamente acallado por el mazazo último que Jess abatió sobre su nuca.

El cuerpo del hombre, sin embargo, no cayó al suelo: se deslizó hasta él, sostenido por una de las manos de Campbell. Su aspecto, al quedar tendido sobre las frías planchas del corredor, era el de alguien que se dispone a dormir por toda una eternidad. Pero su bien merecido descanso duró muchísimo menos. Cuando, un par de minutos después, recuperó el sentido, Jess le había propinado ya tantas bofetadas como son necesarias para enrojecer a un cadáver.

—Te doy diez segundos para que me expliques lo que has venido a hacer aquí —fue lo primero que oyó, en cuanto abrió los ojos.

Y antes de que su entorpecida imaginación pudiera, urdir una

respuesta, el brillo de su propio cuchillo, que pendía ahora a dos pulgadas de su cuello, le inclinó a cerrar los párpados nuevamente.

—Sé quiénes y cuánto te han pagado —se aventuró a afirmar su aprehensor, con una amenazadora impaciencia reflejada en sus palabras—. Habla, y aún es posible que salves el pellejo...

Gaskell mantuvo apretadas sus mandíbulas hasta que la punta del afilado cuchillo entró en contacto con su piel; automáticamente, sus ojos y su boca se abrieron de par en par.

—¡No! ¡Déjame! —gritó entonces, con su sangrante cara crispada por el pánico—. ¡Quita eso de ahí, y te diré lo que quieras!

Retiró Campbell el acero que empuñaba, y el cargador, con una prisa perfectamente razonable, empezó a hablar:

—Yo no sé nada, lo juro. Ignoro lo que traman. Sólo sé que me ofrecieron quinientos dólares a cambio de que metiera una caja en este barco, y yo lo hice. Me aseguraron que se trataba de un asunto de contrabando sin importancia...

—¿Conoces el nombre de alguno de los que te propusieron eso? —preguntó Jess, cortando la empavorecida confesión de Gaskell.

—No. Y ni siquiera podría reconocerlos. Eran dos... Hablaron conmigo dentro de un coche, en la obscuridad...

—¿Y qué caja es ésa de que hablas?

—La acabo de poner ahí, al final de este corredor; donde ellos me ordenaron.

Era evidente que Ted Gaskell no mentía. Pero Jess no podía exponerse a caer en una trampa. Se quitó la sucia camisa que Lester le había proporcionado, la desgarró hasta formar con ella una banda suficientemente resistente, y un minuto después dejaba tras de sí al cargador convertido en un fardo tan silencioso como inofensivo.

La caja a que éste se había referido, la encontró Jess bajo una lona y disimulada al amparo de una escalerilla que comunicaba con la cubierta; medía unos dos pies de largo, y su peso, teniendo en cuenta sus proporciones, seguramente había constituido una difícil prueba, incluso para los robustos hombros de Gaskell. No tuvo que hacer el agente del

F. B. I.,

sino saltar una de sus tablas para darse cuenta de cuál era su contenido.

Sin embargo, y a pesar de que Campbell ya sospechaba la índole de éste, cuando apareció ante él la negra, esférica e imponente masa de hierro que llenaba el cajón, no pudo evitar que sus manos iniciaran un instintivo gesto de retroceso. Lo que allí había era algo muy semejante a las minas que se emplearon durante la guerra para bloquear las costas, y su percutor, conectado con un mecanismo automático, era posible regularlo de manera que provocara la explosión en cualquier momento establecido anticipadamente.

Con sus ojos fijos en aquel sombrío artefacto, Jess Campbell no pudo por menos que pensar con verdadero horror en las monstruosas dimensiones del nuevo crimen proyectado por «Los Buitres Rojos». Si la mina hubiese estallado encontrándose el «Blue Boy» ya en alta mar, el siniestro provocado por los chantajistas en los Estudios de la «World of Stanford», comparado con los inevitables efectos de tal explosión, hubiera quedado reducido a los caracteres de un mero incidente.

Pero el asunto quedaba muy lejos de haber sido liquidado con el hallazgo que el agente del

F. B. I.,

acababa de realizar. Tan pronto como este hubo examinado la bomba, comprendió que su intervención, y hasta aquel instante, no había hecho sino eliminar una parte del peligro. Tal y como ahora se ofrecía a sus ojos el contenido de la caja, éste no pasaba de ser una inerte maquinaria, poco menos que inofensiva. Ahora bien, un solo giro que alguien viniera a imprimir al minúsculo volante que accionaba el percutor, bastaría para desencadenar una catástrofe de incalculables consecuencias.

La deducción a que esto llevaba se planteó en la mente de Campbell con la súbita y dolorosa celeridad de un latigazo. Gaskell, el cargador, no había hecho sino favorecer el plan de los criminales. ¡Pero, lo evidente era que, dentro del «Blue Boy», había otro cómplice, pronto a poner en acción la infernal maquinaria!

El nuevo aspecto del problema, por unos instantes, estuvo a punto de desconcertar a Jess. Ya no bastaba sacar de allí o inutilizar aquel artefacto: era imprescindible dar con el hombre al que había sido confiada la cruel tarea de hacerlo estallar. Pero ¿cómo dar con él? ¿Acaso no era posible que el desconocido asesino se tomase varios días antes de ejecutar su parte, o bien que quizá subiese a

bordo en cualquiera de las escalas anteriores a la de Panamá?

Recordó Campbell la promesa que había hecho a Max Ruber, en cuanto a estar de regreso en Hollywood aquella misma noche, y en sus finos labios se dibujó una desalentada sonrisa de amargura. No le quedaba otro recurso que hacerlo así, desde luego: tanto su deber como sus propias disposiciones le reclamaban al lado de Nora Miller. Pero si tomaba el camino de vuelta antes de haber apresado al «buitre» que sin duda alguna se ocultaba en el pasaje o bien entre la tripulación del «Blue Boy», sería preciso reconocer que él, un agente del

F. B. I.,

habría fracasado en una empresa.

Jess Campbell, sin embargo, no era hombre capaz de abandonar la lucha antes de tiempo. Todavía quedaba una esperanza: la ofrecida por el posible hecho de que el criminal encargado de manipular la nefasta carga viniera junto a ésta antes de que el barco zarpara del puerto de San Francisco.

Inmediatamente después de hacerse este razonamiento, Jess, sintiendo que un nuevo ardor corría por sus venas, puso manos a la obra de preparar la trampa. Arregló en el acto la caja que contenía la mina, de manera que nada delatase la inspección realizada en ella, y con toda rapidez volvió junto al individuo que poco antes convirtiera en un fardo. No olvidaba que hacía ya casi diez minutos que había desaparecido de la vista del capataz, y le era necesario cubrirse frente a la posibilidad de que éste emprendiera la búsqueda de sus dos cargadores. En aquellos momentos un escándalo, con la consiguiente e inevitable intervención de la policía, era lo último que Campbell podía desear; ello sería tanto como poner en guardia a «Los Buitres Rojos» acerca de lo ocurrido en la sentina del «Blue Boy», y entonces tendría, que despedirse para siempre de que ni uno solo de ellos picara en el cebo.

Alzó a Gaskell, sin hacer caso de las desesperadas llamadas de piedad que los ojos de éste le dirigían por encima de la mordaza, y fue a arrojarlo al mismo rincón en que se escondía la fatídica carga; la lona que hasta entonces había cubierto la caja, extendida sobre su cuerpo, resultó más que bastante para que nadie que pasara por allí pudiera descubrirlo.

Un minuto después, el compartimiento en que hubo de

desarrollarse la escena aparecía envuelto en el más absoluto de los silencios; nada era posible advertir en él que denunciara los hechos que allí mismo se acababan de producir, y la única luz que brillaba en lo alto tampoco permitía un examen ocular capaz de sorprender al hombre que acechaba ahora desde sombras.

Eran las cuatro y media de la tarde cuando Jess Campbell se sumió en la espera más angustiosa de toda su vida. Habíase izado hasta los gruesos tubos de ventilación que atravesaban de una a otra parte la angosta, cámara, y a más de doce pies sobre el suelo, encajado paralelamente entre dos de aquéllos, de forma que su cuerpo resultaba casi invisible, permaneció mudo, quieto y rígido como el mismo acero en torno del cual cerraba los brazos.

El estruendo de las rodadoras plataformas que los cargadores entraban y sacaban del compartimiento contiguo, dejóse de oír muy poco después de que Campbell montara su guardia; sin duda alguna, el trabajo había terminado. Y el capataz, pensó Jess, era más que probable que renunciase a dar cuenta de la desaparición de Ted Gaskell y de la suya propia, porque ello, entre otros motivos, le permitiría, embolsarse las pagas de los dos.

Al poco rato, el sonoro batir de las portezuelas de la escotilla indicó que la labor de carga había dado fin; pudo oírse enseguida el chirriar de los grandes pasadores que las aseguraban por dentro, y unos minutos más tarde, mientras Campbell se aplastaba materialmente contra el ancho tubo que lo sostenía, la puerta por la que él mismo entrara giró sobre sus goznes. El momento fue decisivo para Jess. Dos hombres, pertenecientes al parecer a la tripulación del «Blue Boy», penetraron por ella; la aseguraron firmemente en su marco, encajando en sus alvéolos los férreos pivotes que corrían a todo lo ancho de su parte interna, y luego, sin ni siquiera sospechar que un hombre les observaba desde casi junto al techo, desaparecieron por la escalerilla bajo la cual se hallaba el amordazado cargador, conversando entre sí animadamente.

Las horas que luego hubieron de pasar, transcurrieron con una lentitud y una monotonía abrumadoras.

Poco a poco, la incómoda postura en que Campbell tenía que mantenerse comenzó a torturar sus músculos. El silencio, el progresivo enrarecimiento del ambiente y el esfuerzo que le exigía la conservación de su inestable equilibrio, llegaron a enervarle de

tan agotadora forma, que hubo de decirse que ya no le sería posible permanecer por mucho tiempo más en su puesto. Por otra parte, la hora de salida del «Blue Boy» se aproximaba con lento pero inexorable paso.

Y la primitiva esperanza de Jess, como una vela que se hundiera en el mar, iba extinguiéndose rápidamente dentro de su pecho.

Transcurrieron cinco, diez, quince minutos más. La sirena del navío, allá fuera, en lo alto, mugió una voz. Y todo el poderoso armazón del buque, en tanto aquélla hendía el aire, vibró como dando una respuesta a la llamada del océano.

Ya estaba Campbell dispuesto a dejarse caer al suelo, con un gesto de enfurecida amargura pintado en su boca, cuando, súbitamente, un crujido que procedía de la entrada de la cámara, le forzó a inmovilizarse de nuevo. Apretó su pecho y su vientre contra el tubo que había estado a punto de abandonar, y sus ojos, que irradiaban un combativo fulgor, brillaron en las sombras igual que los de un tigre que acechara junto al claro de un bosque.

Apenas un segundo después de haberse producido el rumor que le puso en guardia, la puerta que se abría en lo alto de la escalerilla, giró sobre sus goznes con repentina y silenciosa fuerza. Y en cuanto Jess pudo ver al hombre que ahora la cerraba a sus espaldas con la misma apresurada cautela con que había entrado, comprendió que el «buitre» acababa de caer en la trampa. Ningún inocente hubiera tenido por qué conducirse de la forma que aquel desconocido lo hizo. Escudriñó éste con sus entrecerrados ojos la cámara hasta la cual acababa de deslizarse, y Campbell, durante un mortal momento, temió que el recién llegado le descubriera y emprendiese la huida antes de que le fuera posible identificar sus facciones.

Por último, y tras una breve vacilación, el criminal comenzó a descender por los peldaños de la escalerilla. Sus pasos eran lentos y callados como los de un «rata» nocturna; avanzaba inclinado hacia adelante, pronto a saltar, y en una de sus crispadas manos destacábase el empavonado acero de una pistola. Repentinamente, la luz que iluminaba el centro de la cámara le alcanzó de lleno.

Había ido a situarse debajo mismo del tubo que sostenía a Jess, y los atónitos ojos de éste pudieron observar el blanco uniforme que vestía, y cuyos dorados distintivos lo revelaban como perteneciente a la oficialidad del «Blue Boy». Era un hombre alto, de flexibles

músculos y joven aún, y su curtida tez, que envolvía unas agresivas facciones, hablaba de largas permanencias en el mar.

Giró de pronto con felina ligereza sobre sí mismo, y, sin la menor vacilación, caminó hacia el lugar en que Gaskell había escondido, su carga.

Ahora ya no cabía duda: la culpabilidad de aquel hombre acababa de hacerse patente con éste sólo gesto. Y el agente del

F. B. I.,

sin perder ni un segundo, entró en acción.

Deslizóse del tubo en que había permanecido apostado hasta entonces, y sus pies, con la misma suavidad que pudieran hacerlo un par de afelpadas garras, tocaron el suelo en el instante justo en que el oficial apartaba la lona que cubría el inerte cuerpo de Gaskell. Instantáneamente, y advertido más por su instinto que por sus sentidos, el traidor volvió la cabeza para enfrentarse con un bólido humano que, como engendrado por las sombras, se disparaba hacia él a través del aire.

Brilló un fogonazo, y el horrísono estruendo de una detonación batió contra las metálicas paredes de la cámara. Y si bien no era concebible que existiera nada capaz de detener a Campbell en su furiosa trayectoria, aquello que advirtieron sus ojos en el momento de desviar la armada mano del otro, estuvo a punto de inmovilizarlo a causa del asombro y del horror que hubo de producirle.

¡La bala disparada por el «buitre», deliberadamente dirigida contra el mecanismo de percusión de la bomba, se había clavado a menos de una pulgada de la caja que la contenía! Un poco más y ambos hombres, con el indefenso Gaskell, hubieran sido pulverizados por una brutal explosión.

Pero el desesperado asesino, con Jess aferrado a su cintura, rodaba ya por el suelo. Sonaron los huesos de los dos al chocar pesadamente contra las planchas, y durante un angustioso momento no se percibió más ruido que el jadear de aquél, mientras se esforzaba en liberarse del férreo abrazo de Campbell. Mas la lucha fue tan corta como despiadada. Súbitamente, un bárbaro golpe bajo obligó a Jess a desprenderse de su enemigo para cubrirse de los inhumanos ataques de éste. Y el oficial, apenas se sintió libre, dio un enorme salto que le llevó a caer sobre su pistola, y empuñándola

con rabioso ademán, la encañonó de nuevo hacia el diabólico artefacto que reposaba casi junto a él.



Se entabló una enconada lucha...

Por una fracción de segundo, las negras alas de la destrucción y de la muerte se cernieron sobre el confiado buque.

Pero el agente del

F. B. I.,

fue más veloz que aquéllas. Desde el suelo, tendido como estaba, hizo acudir rápidamente el revólver a su mano, y sin piedad, fría y calculadamente, oprimió el gatillo. Tres detonaciones casi simultáneas retumbaron en el compartimiento. Y el dantesco «buitre», con otros tantos balazos a la altura del corazón, desplomóse de bruces junto a la mina que había estado a punto de hacer estallar.

Casi en el acto, y como un eco lejano y doliente, la sirena del navío vibró de nuevo en la alta distancia. Y el suelo de la cámara, bajo, los pies de Jess, inició un ligero balanceo en prueba de que la quilla del barco comenzaba a hendir el agua. Irguióse entonces Campbell de un salto, y los dos asustados miembros de la tripulación que, atraídos por el retumbar de los disparos, acababan de abrir la puerta que se alzaba al término de la escalerilla, tuvieron que echarse atrás apresuradamente para no ser arrollados por el hombre que ascendía a toda marcha a lo largo de ella.

El espectáculo que Jess ofreció al irrumpir en cubierta, con el torso desnudo y la piel cubierta de sudor, fue algo que ninguno de los testigos que lo presenciaron pudieron olvidar en toda la travesía. Quedaron clavados en su figura los estupefactos ojos de cuántos pasajeros llenaban en aquel momento el entrepuente, y algunas mujeres, todavía en alto los pañuelos con que decían adiós, gritaron aterrorizadas.

Un espeso y mudo círculo de marineros se cerró amenazante en torno de Campbell. Y de pronto, cuando éste se disponía ya a cargar sobre ellos, un oficial, destacándose de entre sus filas, le encañonó con una pistola.

—¡Alto! ¡No se mueva o disparo! —gritó el hombre del blanco uniforme.

Pero antes de que hubiera terminado de pronunciar estas palabras, su hipotética presa había colocado ya bajo su mirada una pequeña placa de metal, y le ordenaba en tajante tono:

—¡Baje ese arma! Soy un agente del

F. B. I.,

y necesito abandonar este barco en el acto. Y escuche bien lo que voy a decirle: ponga un par de hombres junto a la puerta por la que acabo de salir yo, y no deje entrar a nadie. ¿Me entiende? ¡A nadie!

La policía, en la próxima escala, se hará cargo de lo que hay al otro lado.

Y abriéndose paso entre los marineros que le escuchaban con la boca abierta, Campbell atravesó corriendo la cubierta hacia una de las bandas del buque, sin preocuparse de los gritos ni de la alarma, que su carrera levantaba en pos suyo. Las luces del puerto, formando como una gigantesca herradura en torno de la ensenada, comenzaban a alejarse con toda rapidez. La multitud que llenaba el muelle todavía alzaba las voces últimas de la despedida. Y las gabarras que colaboraban en la maniobra del barco, antes de que éste empezara a accionar su poderosa hélice, resoplaban igual que tercios y forzudos bueyes a cada uno de los lados.

Súbitamente, y ya al final de su carrera, Jess, con sus dos pies asentados a un mismo tiempo sobre la bruñida tarima de la cubierta, flexionó ambas piernas, las tensó inmediatamente después con la limpia elasticidad de un par de muelles de acero, y su cuerpo saltó como una jabalina por encima de la borda. Tres segundos más tarde clavábase en la oscura masa del agua, sin producir más ruido que el de una aguda flecha al penetrar entre el plumaje de un águila.

Pero cuando surgió de nuevo a la superficie, un coro de gargantas formó sobre su cabeza una tupida red de clamores, gritos y palabras incomprensibles. Un salto como el que Campbell acababa de dar, increíblemente audaz y seguro, era más que bastante para arrebatar a la multitud que hubo de presenciarlo.

Apenas le separaban ya cincuenta yardas del paredón del muelle, cuando una de las lanchas motoras de la policía acudió trepidantemente al lado de Jess.

—¡Le felicito, Campbell! —oyó exclamar con emocionada voz al teniente Markham, mientras ayudaba a izarle—. ¡En mi vida vi nada parecido a lo que usted acaba de hacer!

—Mi trabajo había terminado, y era necesario abandonar ese buque —repuso Jess, una vez que estuvo dentro de la lancha—. A dónde yo tengo que ir es a Hollywood, no a Panamá.

Y sus ojos, por un momento, siguieron la esbelta silueta del «Blue Boy», que se perdía ya entre las brumas del puerto.

—Sin embargo, llegué a temer que usted se quedara allí —dijo el policía, en el tono de quien vuelve a respirar tranquilo—. ¿Fue todo

bien, Campbell?

—Todo está arreglado —contestó con sencillez—. Deberán cablegrafiar inmediatamente al próximo puerto en que haya de tocar el «Blue Boy», para que las autoridades retiren cierta molesta carga que lleva ahora a su bordo. Encárguese de ello, Markham.

Y en pocas palabras puso a éste en antecedentes de lo sucedido. Cuando acabó de hablar, ya junto a una de las escalerillas que ascendían hasta el muelle, tanto el teniente como los policías que le acompañaban miraban al agente del

F. B. I.,

como si esperasen que éste comenzara a volar de un momento a otro.

Era exactamente medianoche cuando el avión tripulado por Jess tomó tierra en una de las pistas del aeródromo de Northale. Vestía de nuevo sus propias ropas, y su aspecto, al saltar del aparato, era el de alguien que acaba de dedicar unas horas a cualquier amable deporte. Max Ruber, que estaba allí aguardando su llegada, informado de cuánto había tenido lugar en el «Blue Boy» por el propio Markham, no pudo por menos que manifestar la asombrada admiración que le dominaba.

—¡Bienvenido, Campbell! —gritó, en cuanto la tuvo a su lado—. Permítame que le dé la enhorabuena. Ya veo que no me equivoqué al recurrir a usted en este caso.

Y su enorme y bigotuda faz, a la luz de los reflectores que alumbraban el campo, sonreía amistosamente. Pero Jess no le dio ocasión de explayarse demasiado. Caminaron juntos hacia el coche que les esperaba a la salida, y el agente del

F. B. I.,

empuñando el volante, preguntó acerca de lo ocurrido durante aquel día en Hollywood.

—Todavía no llegó ninguna respuesta para el anuncio puesto por *Miss Miller* —aclaró el comisario—. Supongo que esos condenados «buitres» estaban lo bastante preocupados con el «Blue Boy» para conceder una atención inmediata a nuestro asunto. ¿Cree usted, Campbell, que después del fracaso de hoy, desistirán de llevar adelante la amenaza que dirigieron a Nora?

—Lo dudo —repuso Jess, con su mirada fija en la carretera—. Lo más probable es que eso les afile aún más las uñas. Mi opinión es

que volverán a golpear, y que lo harán con mayor furia que nunca.

Sin embargo, y durante los dos días que siguieron al regreso de Campbell a Hollywood, una calma absoluta mantuvo en suspenso a cuantas personas aguardaban los nuevos y ya anunciados dictados de «Los Buitres Rojos». Fueron cuarenta y ocho horribles horas, a lo largo de las cuales sintióse invadido el ambiente por ese mismo silencio, tenso y expectante, que precede a la iniciación de las grandes batallas. Advertía Jess Campbell cómo la moral de Nora Miller iba descendiendo en el curso de aquella insufrible espera, y él mismo, en estrecha colaboración con los hombres que Max Ruber dejó a su cargo, vigiló hora tras hora el chalet en que el padre de aquélla había encontrado la muerte.

Al amanecer del tercer día, la impresión dominante era que los chantajistas, escarmentados por las consecuencias que la intervención del agente del

F. B. I.,

les hubo de reportar en el caso del «Blue Boy», habían decidido aplazar o acaso suspender definitivamente sus malvados manejos.

Pero, súbitamente, aquella falsa quietud se quebró igual que un espejo al recibir el impacto de una piedra. La segunda de las misivas dirigidas a Nora Miller, llegó a poder de ésta con el correo de la mañana; había sido depositada en San Francisco la tarde anterior, y en el momento en que Lou Pete la retiró del pequeño buzón doméstico, Jess Campbell y Albert Chaltam acompañaban a su destinataria.

—¡Traiga eso aquí! —ordenó Jess, al ver entrar al criado con el inconfundible sobre entre sus dedos.

Había adivinado que el hecho que aguardaban desde días atrás, acababa de producirse, y por un instante temió que los fatigados nervios de la muchacha se rebelaran a la vista del anónimo. Durante unos segundos, y mientras el joven Pete tendía la carta a Campbell, un silencio mortal invadió la amplia sala en que todos estaban reunidos. Pero fue precisamente la voz de Nora Miller, fría y serena, la que primero se dejó oír:

—Permítame, Campbell. Supongo que viene a mi nombre y, por tanto, soy yo quien debe leerla. Y no se preocupe; cualquiera que sea su contenido, tenga la seguridad que no me asustará.

Cogió entonces el blanco sobre de manos de Jess y, con gesto

seguro, sin vacilar, lo desgarró. Tenía un poco pálidas las mejillas, pero en sus grandes y maravillosos ojos no había ni la menor sombra de miedo. Albert Chaltam, sentado junto a ella, mostraba un aire infinitamente menos firme.

—Es exactamente lo que esperábamos —dijo al fin, cuando terminó de leer la mecanografiada hoja que había extraído del sobre—. Ahora es usted, Campbell, quien tiene la palabra.

Y a pesar del prodigioso dominio de sí misma que estaba demostrando, al decir esto vibró en su voz una cansada nota de ansiedad. Era evidente que la prueba comenzaba a resultar demasiado dura para ella, y en el instante en que alargó a Jess el anónimo, tanto en sus labios como en su mirada alentaba una callada imploración de socorro.

Las líneas que entonces leyó Campbell fueron las siguientes:

«Distinguida. *Miss Miller*:

»Hallamos muy satisfactoria su conformidad. Procúrese la cantidad convenida en billetes de mil dólares... El próximo día veinte, usted misma, personal y exclusivamente, los llevará a “Tiger House” (una villa que se alza en la carretera de Santa Mónica). No le será difícil dar con ella. Vaya en coche, y penetre en su interior a las doce en punto de la noche. Y no tema nada. Si cumple estrictamente las indicaciones que aquí se le hacen, nadie le hará el menor daño.

»Los Buitres Rojos».

Un par de horas después de que hubiera sido recibido este anónimo, una nube de agentes secretos, bajo la directa supervisión de Jess Campbell, fue distribuida alrededor de «Tiger House»; ni el más perspicaz de los observadores hubiera podido descubrirlos bajo los habilidosos disfraces que disimulaban la verdadera condición de aquellos hombres. Asimismo, fueron automáticamente intervenidas todas las líneas telefónicas de la demarcación, anotadas las matrículas de cuántos vehículos circularon a partir de aquel momento por la carretera del Oeste, que llevaba de Hollywood a Santa Mónica y Long Beach, y montados unos servicios motorizados de vigilancia que hacían prácticamente imposible la huida de

cualquiera que se adentrara en aquélla.

En cuanto a «Tiger House», una antigua villa casi derruida, cuyos paredones reflejábanse quebradamente en las espumosas aguas con que el Pacífico bañaba la diminuta bahía que se abría ante sus cimientos, fue fotografiada centenares de veces, y desde todos los ángulos posibles, por agentes que ocultaban sus cámaras entre la maleza del bosque próximo. Se investigó su historia, paso a paso, desde el remoto día en que un tal James Sherny ordenó poner su primera piedra, hasta aquél en que una empresa comisionista de Los Ángeles la incluyó entre las varias posesiones que le habían sido donadas para la venta, y la vida, de cada uno de los tres individuos que, sucesivamente, habían sido sus dueños, se reconstruyó hasta donde ofrecióse materialmente posible.

Ninguna de las gestiones hechas por Campbell en este sentido, sin embargo, arrojó ni la más mínima luz sobre la razón que había inclinado a los chantajistas a tomar aquella casa como su punto de cita con Nora Miller.

En la mañana del día 20, cuatro después de haber llegado el anónimo, todos los preparativos imaginables estaban ultimados.

—Puedo asegurarle a usted que ni una sola medida de prudencia ha sido descuidada —explicaba Campbell a la muchacha, un par de horas antes de que ésta partiera hacia «Tiger House»—. Sin embargo, debo recordarle que no hay nada que la obligue a llevar hasta el fin esta aventurada experiencia.

Y Jess, que a pesar de sus afirmaciones no acababa de considerar la cuestión con entero optimismo, expresó una vez más, en voz alta, lo que tantas otras se había dicho a sí mismo:

—Si le ocurriera algo, *Miss Miller*, confieso que no podría perdonármelo en toda mi vida.

Pero la respuesta de Nora también se repitió de nuevo, y en forma terminantemente irrevocable:

—No me sucederá nada; esté usted tranquilo. Y, aun cuando así no fuera, no olvide jamás que sí existe un motivo que me fuerza a intentarlo todo: la muerte de mi padre.

Y en las claras e infantiles pupilas de la muchacha, al decir esto, apareció por un momento el húmedo brillo de las lágrimas. Pero su reacción fue inmediata; comprendía que no era instante de dejarse llevar por las emociones, y, alzando de nuevo su frente, interrogó

con voz firme a Jess:

—¿Insiste usted, pues, Campbell, en que debo llevar legítimos billetes de mil dólares?

—Por descontado, *Miss Miller*. Si usted entregara a los desconocidos, que sin duda alguna habrán de estar esperándola en el interior de la villa, otra cosa que no fuera dinero auténtico, temo que esos miserables se atrevieran a disparar contra usted. Hasta el momento en que salga de nuevo de la casa, la sensación que han de tener los bandidos es que todo se cumple de acuerdo con sus órdenes. Sin embargo, confíe en nosotros. Recuerde que mis hombres y yo estaremos rodeando «Tiger House» desde mucho antes que usted llegue a ella.

Súbitamente, Albert Chaltam, que había sido mudo testigo de todos los planes llevados a cabo durante aquellos días, y que ahora se hallaba junto a Nora, volvióse con animoso gesto hacia Campbell, y afirmó:

—Si usted me lo permite, yo estaré junto a sus hombres en el momento en que inicien el ataque contra la guarida de los chantajistas.

Y las manos de ambos hombres se estrecharon en un firme apretón.

Poco más tarde, Nora Miller, con una triste sonrisa en su pálida cara, puso en marcha el motor de su coche y arrancó camino del lugar en que la furia, la sangre y la codicia le habían dado una cita acaso mortal.

CAPÍTULO V

La carretera, mojada por la lluvia, parecía deslizarse silenciosamente bajo las ruedas del coche. Los árboles que escoltaban cada uno de los lados de aquélla, al ser breve y repentinamente alcanzados por la luz de los focos, semejaban inmóviles fantasmas que tendieran los largos brazos de sus ramas hacia la fugaz presa que venía a turbar su quietud.

Nora Miller, con un cigarrillo entre los labios y sus blancas manos firmemente cerradas en torno del volante, mostraba en su bello rostro el sello de una decidida voluntad. Hacía ya casi un par de horas que rodaba hacia su objetivo, y el suave canto del motor, las sombras y el silencio que la rodeaban, le habían reportado el efecto de un bálsamo para sus fatigados nervios.

Ni un solo motorista de la policía halló a lo largo del camino ninguna señal que delatase la estrecha vigilancia a que estaba sometido todo aquel sector. Era evidente que Jess Campbell sabía organizar las cosas. Únicamente en dos ocasiones cruzóse Nora con otros tantos vehículos que marchaban en dirección a Hollywood; coches particulares cuyos conductores, sin duda alguna, ni podían sospechar la clase de escenario que atravesaban.

De pronto, y poco después de haber rebasado las edificaciones suburbanas de Santa Mónica, al volver una de las curvas de la carretera, la silueta de «Tiger House» destacóse nítidamente sobre el nuboso fondo que la luna aclaraba con su resplandor espectral. La muchacha, a la vista de aquello, sintió que un escalofrío la surcaba la espalda. Y sus ojos, abiertos de par en par, quedáronse clavados en el pequeño torreón que coronaba el edificio y cuya obscura masa, acechantemente inmóvil, surgía por encima de los añosos árboles que se enmarañaban al borde mismo de sus cimientos.

Era mucho peor de lo que había previsto. Conocía el lugar a través de las fotografías que Campbell tomó de él con su propia

cámara; pero ahora, a medianoche y envuelta en las tinieblas, «Tiger House» se revelaba ante la mirada de Nora como un antro inabordable, en cuyo fondo alentasen todos los horrores del mundo.

Cuando la muchacha detuvo su coche junto a la casi inextricable senda que llevaba hacia la entrada, precisó realizar un auténtico esfuerzo para decidirse a descender y comenzar a caminar por aquélla. Su corazón, como un pájaro amedrentado, parecía golpearle el pecho con las frenéticas alas del horror. Pero era necesario llegar hasta el fin, y Nora, encendiendo una pequeña linterna de que le había provisto Jess, inició su temerario avance.

No era tarea fácil cubrir las cien yardas que separaban a la carretera de «Tiger House». Mil diminutas ramillas disimulaban los agujeros que de trecho en trecho se abrían en la vieja senda, y era imposible calcular cuándo iba a encontrarse terreno firme y cuándo el pie iba a desaparecer en uno de tales baches. La luna, oculta tras una espesa capa de nubes, no hacía sino poner un tono levemente grisáceo y fantasmal sobre las cosas. Llegaban del bosque inmediato multitud de rumores, producidos por sus diminutos habitantes y por el entrechocar de las ramas batidas por el viento, y de la playa, que comenzaba al otro lado de la casa, ascendía el constante y repetido chapotear del agua que se rizaba a impulsos de la brisa.

Poco a poco, conforme se aproximaba al edificio, Nora pudo ir identificando sus verdaderas dimensiones, las características de su barroca fachada, y los estragos que el tiempo y la soledad habían hecho sobre todo aquello. La apariencia de la villa resultaba verdaderamente espantable; no se veía en ella ni el más mínimo resplandor, ni tampoco podía percibirse el más mínimo ruido. Hubiérase dicho que tan sólo las aves nocturnas y las ratas del bosque anidaban tras de sus paredes.

Sin embargo, alguien tenía que haber allí, esperándola. Por fuerza debía estar un hombre, o quizá varios, vigilando los pasos de la muchacha, desde el otro lado de cualquiera de las ciegas ventanas. Unos seres cuyas manos estaban manchadas con la sangre de infelices víctimas, y cuyos corazones no conocían el miedo ni la piedad.

Casi ya bajo el arco de la entrada, abierta de par en par a una obscuridad impenetrable, Nora Miller sintió por primera vez que el pánico comenzaba a encresparle los nervios. Tuvo que recurrir a

toda su magnífica voluntad, y recordarse a sí misma que Jess Campbell y sus hombres aguardaban al alcance de su voz, para poder seguir avanzando.



La muchacha descendió del coche...

Cruzó, al fin, bajo el dintel de la entrada, y apenas hubo dado un par de pasos en el interior cuando la puerta, crujendo

chirriantemente a sus espaldas, se cerró de un sonoro golpe. Por un momento, las sombras, el impresionante silencio y el saberse apresada en aquella tenebrosa mansión, pudieron más que su noble coraje, y se volvió hacia la puerta dispuesta a golpearla enloquecidamente. Unos segundos más, y hubiera gritado con todas sus fuerzas. Pero, casi al mismo tiempo que el portalón se encajaba en su marco, una lívida luz se encendió en el fondo del vestíbulo en que se encontraba Nora.

Aquello fue bastante para devolverle parte de su serenidad. La luz, por insuficiente que fuese, denotaba por sí misma la proximidad de seres humanos. Y éstos, criminales o no, siempre habían de ofrecerse más tolerables que la obscuridad, el abandono y el mutismo casi fantasmagóricos que poco antes la rodearan. Miró Nora hacia el punto en que aquélla brillaba, y pudo comprobar que brotaba de una polvorienta, lamparilla eléctrica adosada a la pared fronteriza; ardía muy tenuemente, y apenas irradiaba la claridad necesaria para poner de manifiesto la vejez y la suciedad extremas en que todo estaba sumido.

Ya iba Nora a cruzar la sala en dirección a la luz, con el gesto aterido de quien busca el calor de un tibio rescoldo, cuando, inesperadamente, estas palabras la inmovilizaron de nuevo en una aterrorizada quietud:

—No le aconsejo que se mueva demasiado, *Miss Miller*; podría tropezar con cualquiera de los trastos que la rodean.

La voz que las pronunció era suave, educada, casi amistosa; parecía emanar de la segunda planta de la casa, y sonaba distante, modulando con extraño cuidado cada una de las sílabas. Alzó Nora sus ojos hacia la galería en que supuso que se ocultaba el hombre que le hablaba así, y trató de sorprender algún movimiento que le permitiese situar a su misterioso huésped. Pero sus pensamientos parecieron ser adivinados.

—No se esfuerce en descubrirme, *Miss Miller* —continuó la voz—. Usted no puede verme. Ni hable tampoco. No son sus opiniones, sino su dinero lo que yo deseo recoger. ¿Quiere, por favor, acercarse a la luz?

Nora, como fascinada, dio unos temblorosos pasos y se colocó casi debajo de la bombilla. El invisible desconocido inalterable, prosiguió:

—Gracias. *Miss Miller*. Pero permítame recordarle, para tranquilidad suya, que no debe temer lo más mínimo: nada le ocurrirá. Sé que ha traído lo que le pedí, y ello me obliga a cumplir mi palabra.

La muchacha, asombrada, se preguntó que cómo podía saber aquel hombre que ella traía el dinero consigo; que lo que contenía el sobre que portaba en una de sus manos, eran legítimos billetes de mil dólares y no recortes de periódicos sin valor. Pero la capacidad adivinatoria del fantástico ser púsose una vez más a prueba.

—No se asombre por lo que acabo de decirle —dijo entonces éste—. Yo lo sé todo, *Miss Miller*. Sé que esta casa se halla rodeada por la policía; que el vanidoso *Mr. Campbell* espera atraparme en cuanto usted salga de aquí, y que su mismo prometido, *Mr. Albert Chaltam*, se encuentra a muy poca distancia de nosotros y muy preocupado por la suerte que usted pueda correr.

Nora Miller, al escuchar tal revelación, estuvo a punto de saltar a un lado, subir corriendo las escaleras que conducían a la galería, y tratar de retener al bandido apostado en ella, hasta conseguir atraer a los hombres de Campbell con sus gritos. Comprendió que todos los preparativos habían sido estériles, y que el chantajista, sin duda el jefe de la banda, huiría tras de apoderarse del dinero sin que nadie fuera capaz de impedirselo. De otra forma, no tenía sentido que llegara al cínico extremo de hablar como lo terminaba de hacer.

Pero antes de que Nora pudiera efectuar ni el menor movimiento, la voz, empañada por una repentina y amenazante dureza, dejóse oír de nuevo:

—No intente nada, *Miss Miller*. Sería inútil, y acaso me obligase a disparar sobre usted. Sepa que la tengo encañonada con una pistola. Lo único que usted va a hacer es entregarme el dinero. ¡Rápido! ¡Avance hasta tocar la pared, y levante ese pequeño cuadro que cuelga debajo de la lámpara!

Nora, convencida de que aquello era todo lo que podía hacer si deseaba salvar la vida, dio unos pasos e hizo lo que el hombre le ordenaba. Tras de la vieja litografía que pendía en la pared, apareció, un hueco vacío.

—¡Meta ahí el sobre que contiene los billetes! —Recabó la voz.

Y luego, apenas Nora hubo hecho esto, y tan pronto como el cuadro ocultó de nuevo, el espacio en que ella terminaba de

abandonar una fortuna, su implacable huésped habló así:

—Usted desoyó mis indicaciones. Le aconsejé que no recurriera, a la policía, y la policía está ahí, acordonando la casa. Esto, *Miss Miller*, pudo haberle costado a usted muy caro. Sin embargo, y puesto que mi única intención era obtener la cifra que le exigí, es posible que por esta vez renuncie a tomar represalias. Y ahora, querida, señorita, ¡adiós!

Todo ocurrió de una manera súbita. Nora no pudo retroceder, ni dar un grito. Todavía se hallaba con los ojos levantados hacia lo alto, tratando de descubrir algún detalle relacionado con el emplazamiento o la figura del hombre que le hablaba, cuando algo estalló silenciosamente a sus pies. Fue como si se rompiese un recipiente de cristal. Algo callado, peligroso y horrible. Ascendió del suelo una nube de humo gris, y Nora, envuelta por ella, comenzó a respirarla incluso antes de que pudiera entender qué era lo que sucedía. La luz cesó casi al mismo tiempo. Sintió la muchacha que la cercaban las sombras, y su pecho se llenó de un escozor intolerable que la obligaba a toser, mientras se debatía entre aquellas reptantes manos de humo que parecían ir a estrangularla. Luego, un vacío total se hizo en su cabeza. El mundo entero giró en torno de sus sienes, que amenazaban estallar, y se dijo, al tiempo que se desplomaba sobre el suelo, que aquel miserable traicionaba su promesa, asesinandola en las sombras.

Aun pudo entender lo que la voz gritó en el mismo instante en que caía:

—¡Mis mejores saludos a Campbell!

Pero aquellas sardónicas palabras, Jess Campbell, su prometido y todo lo que pertenecía al mundo de los vivos quedaba ya muy lejos, infinitamente distante, perdido para siempre. El humo tenía un sabor nauseabundo y dulzón. La obscuridad era absoluta.

Una carcajada brutal se cernió sobre el cuerpo de la valerosa muchacha.

Cuando Nora Miller se apeó de su coche, a escasa distancia de la entrada de «Tiger House», varias docenas de pares de ojos vigilaban atentamente cada uno de sus movimientos. El agente del

F. B. I.,

y Albert Chaltam, apostados tras de una pequeña elevación del terreno, en la misma linde del bosque, presenciaron, dominados por

la ansiedad, cómo la muchacha desaparecía en el interior de la sombría mansión.

Sin embargo, ninguno de los dos hizo el menor gesto. Ni uno solo de los policías que se hallaban distribuidos por entre los árboles y la playa, en las inmediaciones del edificio, hizo nada que pudiera poner en grave riesgo la existencia de Nora Miller. Todos ellos vieron cómo era tragada por las sombras, y desde el fondo de sus corazones hubieron de admirar el coraje que aquella frágil mujercita demostraba con su conducta.

Después vino una larga espera; una espera que llegó a parecer interminable, a pesar de que las manillas de los relojes apenas señalaron el paso de unos minutos.

Y de pronto, cuando los nervios de todos comenzaban a dar señales de la indomable tensión que les iba invadiendo, un disparo atronó el silencio que rodeaba la casa. Partió del interior de ésta y, tras de vibrar en los oídos de los hombres que acechaban pegados a la tierra, fue a perderse en el bosque como las alas de algún espíritu maléfico. Durante una décima de minuto, el odio y el temor inmovilizó a los policías.

—¡Nora! —se le oyó gritar, horrorizado, a Albert Chaltam.

E inmediatamente, la enérgica voz de Campbell se alzó como una bandera de lucha, dando la orden de avanzar:

—¡Adelante! ¡A la casa todos! ¡Llevad bien abiertos los ojos, y no disparéis hasta que no hayamos rescatado a la muchacha!

Tres docenas de hombres, precedidos por el agente del

F. B. I.,

y enardecidos por la furia que desataba en sus cerebros la sola idea de que Nora Miller hubiera sido cobardemente asesinada, saltaron como fieras de sus escondites y corrieron hacia la tenebrosa guarida en que esperaban encontrar a los bandidos. Unos segundos más tarde, el agente del

F. B. I.,

con varios hombres a su zaga, saltaba al interior por una de las ventanas que aparecían abiertas de par en par. Todos los asaltantes esperaban que el ruido de los disparos comenzase a tronar sobre sus cabezas de un momento a otro.

Pero Jess Campbell, indiferente en absoluto a todo riesgo, atravesó como un silencioso lobo el ruinoso vestíbulo, en tanto que

sus puños se crispaban igual que mortales y vengadores arietes. El típico olor que llenaba el recinto acababa de descubrirle el procedimiento empleado por los bandidos para deshacerse de Nora. Pero aquel disparo, el retumbar del arma de fuego que había desencadenado el ataque, seguía torturándole.

—Si le ha sucedido algo... —masculló entre labios.

Y sus mandíbulas, a este mero pensamiento, encajéronse una contra otra como las de una acosada fiera salvaje.

Casi en el acto, e iluminado por el haz de su linterna, sorprendió ante sus pies el yacente cuerpo de Nora Millar. Había caído hacia adelante, y sus brazos, rígidos, parecían tensarse todavía en un inútil y desesperado gesto de protección ante el acoso de que había sido víctima en las sombras.

Se inclinó Jess junto a la muchacha para coger una de sus manos, temeroso de sorprender bajo su piel el frío de la muerte, y al comprobar que el pulso latía aún, lento y profundo pero rítmico, sus facciones parecieron distenderse como si la tensión que las había crispado hasta aquel momento se diluyera en la casi imperceptible sonrisa de júbilo que entreabrió su boca.

Albert Chaltam, que había penetrado en la casa segundos después que Campbell, y corrido de una parte a otra en la casi absoluta obscuridad que reinaba en el vestíbulo, dio con el agente del

F. B. I.,

en el instante en que éste caminaba ya hacia la salida con el cuerpo de Nora Miller entre sus brazos. La cara de Chaltam estaba blanca, desencajada; esforzóse en mover sus trémulos labios, y preguntó con la voz enronquecida por la ansiedad:

—¿Está herida? ¡Por Dios, Campbell, contésteme!

—Tranquilícese, *Mr.* Chaltam —repuso Jess, al tiempo que atravesaba el umbral—. Casi puedo asegurar que lo único que han hecho con *Miss Miller* ha sido narcotizarla.

—¿Narcotizarla? —repitió Albert en el límite del estupor, mientras seguía al otro—. Entonces, el disparo que hemos oído...

—Nadie ha hecho ningún, disparo —cortó el agente del F. B. I.

Y en tanto frotaba enérgicamente las manos y las sienes de Nora, a la que acababa de tender sobre la hierba, Campbell musitó estas

sorprendentes palabras en igual tono que si estuviera hablando consigo mismo:

—Nadie disparó, por la sencilla razón de que nadie hubo en ningún momento dentro de la casa. Lo único que no entiendo es por qué han preparado las cosas de manera que *Miss Miller* quedara sin sentido.

Efectivamente. En el interior de «*Tiger House*», los asaltantes, tras de recorrer ambas plantas del edificio, hendir puertas, golpear las paredes y examinar los sótanos palmo a palmo, aparecían como cristalizados por el estupor. Todavía empuñaban las inútiles armas con que ahora dijérase que amenazaban puerilmente a la obscuridad, y los inquietos haces luminosos de las linternas, entrecruzándose unos con otros en el vestíbulo, en la galería que se alzaba sobre éste, y en todas las restantes dependencias de la sombría mansión, formaban como una red que anduviese a la caza de un inaprehensible fantasma.

Al cabo de escasos minutos, uno de los inspectores que habían participado en la infructuosa operación, salió en busca del agente del

F. B. I.,

y, con el asombro pintado en su rostro, ratificó con sus palabras lo que Jess acababa de deducir:

—¡La casa está vacía, *Mr. Campbell*! ¡Completamente vacía!

Pero Jess ni siquiera apartó su mirada de la mujer que yacía a su lado. Aunque tarde, comprendía ahora que el resultado de su plan difícilmente podía haber sido distinto; se había visto en la necesidad de jugar en el propio terreno de «*Los Buitres Rojos*», y fueron demasiados los triunfos que hubo de abandonar en manos de éstos.

—Encárguese de dejar aquí alguna guardia, inspector —ordenó Jess, secamente—. Los demás, y nosotros mismos, regresaremos enseguida.

Nora Miller recuperó el conocimiento muy poco después. Alzó sus párpados en el momento en que Campbell y Albert Chaltam la transportaban hasta su coche, y una instintiva reacción de pánico la hizo debatirse entre los brazos de ambos hombres. Sólo cuando la voz de Jess pronunció unas tranquilizadoras palabras, la muchacha se abandonó de nuevo, relajando sus miembros con un gesto de mortal laxitud.

Sin embargo, y apenas instalada en el asiento posterior del coche. Nora, con expresiones todavía balbucientes, narró los principales hechos de la pavorosa aventura corrida por ella en el interior de «Tiger House». Jess la escuchaba con una extraña luz brillando en el fondo de sus pupilas, y, en el momento en que la muchacha repitió las palabras con que el desvanecido criminal la había obligado a meter el dinero en un hueco practicado en la pared, Campbell, saltando del coche, corrió con toda la celeridad de que eran capaces sus ágiles piernas hacia el escenario de aquellos inauditos acontecimientos.

Pero sus dedos, al apartar el cuadro tras del que se ocultaban la diminuta trampa en que Nora Miller introdujo sus doscientos cincuenta mil dólares, no hallaron más que polvo y tierra. ¡También el dinero había desaparecido!

Cuando el coche les dejó de nuevo en el chalet de Nora, el estado de ánimo que embargaba a la muchacha y al propio Chaltam, no podía ser más desastroso. Únicamente Jess Campbell, si bien se mostraba tan silencioso como los demás, parecía agitado por una misteriosa y poco menos que incontenible impaciencia. Sugirió a Nora que debía acostarse en el acto, pero ella se negó a hacerlo hasta no haber preparado unas tazas de té, que sus compañeros aceptaron inmediatamente.

Al poco rato, y sin que el diálogo abordase en ningún momento el recuerdo de la nefasta experiencia por la que acababan de pasar, ambos hombres se dispusieron a abandonar la casa.

—Confíe en mí, *Miss Miller* —fueron las últimas palabras de Jess—. No ha de transcurrir mucho tiempo antes de que me sea posible traerle mejores noticias. Mi plan ha fracasado, pero no hasta el punto que «Los Buitres Rojos» suponen.

La armoniosa silueta de Nora, erguida sobre el rellano de la escalinata que descendía hasta el jardín, irradiaba una solemnidad tan prodigiosamente encantadora y firme a la vez, que el agente del F. B. I., tuvo que hacer un auténtico esfuerzo para separar sus fascinados ojos del bello rostro de la muchacha.

—Siempre contó usted con mi confianza, Campbell —repuso ella con tranquila sinceridad, al tiempo que le tendía su mano—. Y lo ocurrido esta noche me reafirma en mi postura. Esté seguro de ello.

Fue en aquel instante cuando sucedió algo que hubo de influir en forma decisiva sobre determinado aspecto de la extraña historia que aquellos seres estaban viviendo. Inclínose Albert Chaltam sobre Nora Miller, para posar sus labios en la mejilla de la joven a modo de despedida, y ésta, cortando súbitamente el ademán del otro con dulce pero enérgico gesto, posó su mano en el hombro del desconcertado Chaltam, limitándose a pronunciar estas palabras:

—Adiós, Albert. Espero que mañana nos veremos de nuevo. Cree que te quedo muy agradecida por todo lo que has hecho por mí.

Cuando la puerta se cerró a sus espaldas y ambos hombres atravesaron la senda que conducía a la carretela, Jess Campbell lo hizo sintiendo que en su corazón estallaba una lucha de contradictorias, entusiastas y también doloridas sensaciones. Aquella escena a la que inevitablemente había tenido que asistir, planteada entre Nora Miller y el hombre que ahora caminaba con hosco ceño a su lado, significaba mucho para él; pero, con todo, no podía impedir que algo muy semejante al remordimiento le hiriese en el fondo del alma. La postura adoptada últimamente por Nora Miller acerca de quien hasta hacía poco juzgaban todos como su prometido, podía muy bien haberse explicado observando las frecuentes y cálidas miradas que la muchacha solía posar en la apuesta figura de Campbell.

—Buenas noches —oyó este gruñir a su acompañante, de pronto.

Y antes de que Jess pudiera contestar, Chaltam, dando media vuelta, se dirigió con rápidos pasos hacia su coche. Por fortuna, también el de Jess esperaba a escasa distancia del chalet de Nora. Volvióse entonces el agente del

F. B. I.,

hacia su propio vehículo, llevando reflejado en su cara un gesto de profunda preocupación, y un minuto después arrancaba, camino de la ciudad.

A primera hora de la mañana siguiente, su irrupción en el despacho del comisario Max Ruber fue acogida por éste con idénticas muestras de reserva a las que podría manifestar un colegial que teme una repulsa.

—¿Leyó los periódicos, comisario? —inquirió Jess, en cuanto los ayudantes de su interpelado abandonaron la habitación.

—Sí, Campbell; los he leído —hubo de admitir, con aire

contrito, Max Ruber.

Y sus ojos se posaron resignadamente en el número del «Daily Expectator» que, todavía con la tinta fresca, acababa de desplegar sobre su mesa el agente del

F. B. I.

En primera plana, y con unos caracteres de casi una pulgada, aparecían impresos estos titulares:

«Doscientos cincuenta mil dólares escamoteados por “Los Buitres Rojos” en presencia de la policía».

«El

F. B. I.,

inerte frente a las monstruosas hazañas de los autores del incendio de los estudios de la “Stanford”».

En la voz de Jess vibraba la rabia cuando volvió a hablar:

—¿Qué me dice a eso, Ruber? ¿Puede saberse quién ha cometido la indiscreción de informar a la Prensa?

—Lo siento, Campbell, créame; lo siento tanto como usted mismo —repuso el comisario dejándose caer con gesto fatigado en su sillón—. Tenía previsto que este asunto le indignaría. Pero sepa que ninguno de mis hombres es responsable de ello. Acabo de llamar a ese maldito periódico, y ha sido su propio director quien me ha explicado cómo se enteraron de lo de «Tiger House» y de todo lo demás. Fue esta madrugada cuando llegó a la redacción del «Daily Expectator» una carta anónima, en la que se precisaban incluso los más pequeños detalles del caso. No cabían dudas en cuanto a la autenticidad ni en cuanto al origen de lo que se afirmaba en ella, y el periódico la ha aprovechado para publicar la información que ahí aparece. Repito que lo lamento, Campbell; pero comprenda que tratar de retirar la edición resultaría todavía más escandaloso.

Cuando el comisario terminó de hablar, la ira de su interlocutor había ya dejado paso a una fría calma.

—Está bien, Ruber —dijo Jess, mostrando su blanca sonrisa—. Perdóneme por haber dudado de la discreción de su Departamento. Fue Miss Miller quien me telefoneó al hotel para anunciarme que una manada de periodistas cercaba su casa, y reconozco que la

noticia me enfureció. Y ahora, comisario, ¿querrá usted acompañarme?

—Desde luego —respondió prontamente el policía, al tiempo que alcanzaba su sombrero—. ¿A dónde vamos?

La respuesta de Campbell sonó dura y rencorosamente:

—¡A «Tiger House»! Si a «Los Buitres Rojos» les gusta la publicidad, estoy seguro de que dentro de poco van a tenerla en abundancia.

De la forma que fue conducido Max Ruber, a lo largo de los ochenta kilómetros que separan Hollywood de la meta hacia la que se disparó el coche del agente del

F. B. I.,

el sobresaltado comisario hubo de guardar recuerdo durante, todos los años que le quedaban de vida. Apenas cuarenta y cinco minutos después de haber abandonado la ciudad, los torvos paredones de «Tigre House» surgieron repentinamente ante los ojos de los dos hombres.

Su aspecto, a la luz del sol, resultaba todavía más miserable y ruinoso que entre las difuminadoras sombras de la noche.

Cuando ambos recién llegados se encontraban ya a escasa distancia de su entrada, uno de los policías que habían quedado allí por orden de Jess, surgió de su interior, y caminó hacia ellos.

—¿Sucedio algo? —preguntó Campbell, en cuanto lo tuvo a su alcance.

—Nada en absoluto, señor —repuso el policía—. Sin embargo, hemos estado mi compañero y yo examinando la casa, y hay muchas cosas en ella que usted debe ver.

—Supongo que se refiere a una instalación de radio o a algo semejante, ¿no es eso? —cortó Jess.

Y apartando a un lado a su defraudado interlocutor, penetró en la espaciosa y sombría sala que hacía las veces de vestíbulo.

—Sígame, Ruber —le dijo a éste, mientras ascendía por los polvorientos peldaños que desembocaban en la segunda planta—. Ahora mismo podía describirle lo que vamos a encontrar aquí arriba. Los detalles que ayer noche me dio *Miss Miller* acerca de lo que le había ocurrido dentro de esta casa, me revelaron casi en el acto el procedimiento empleado por los chantajistas para burlarme. Pero he de admitir que ya era tarde para poner ningún remedio a la

situación.

Las deducciones hechas por Campbell resultaron exactas en todos sus aspectos. Bajo el piso de la galería en que Nora Miller había supuesto emboscado a su misterioso e inaprehensible huésped, fueron encontrados por Jess un altavoz y un micrófono radiofónicos; precisamente aquéllos cuyo descubrimiento había tratado tan inútilmente de anticiparle el policía.

—¿Lo comprende ahora, Ruber? —explicó el agente del F. B. I.

—. Lo que en principio nos desconcertó a todos, no tiene otro secreto que el de su misma simplicidad. Fue a través de ese altavoz cómo llegaron hasta «Tiger House» las palabras que escuchó Nora Miller. Y, asimismo, cualquier cosa que ésta hubiese tratado de hacer o decir, hubiera sido captada con la máxima fidelidad por el micrófono. El resto de los efectos logrados por los bandidos se consiguió mediante un dispositivo eléctrico. Dispositivo que la propia *Miss Miller*, al entrar en la casa, puso tan involuntaria como irremediabilmente en movimiento. Esto lo comprobé anoche. Hay un resorte bajo la tarima del umbral que, al ser accionado por el peso de la muchacha, obró de forma que se cerrase la puerta a sus espaldas; conmutó la luz de la lamparilla y puso en marcha, simultáneamente, la pequeña bomba de reloj que, al estallar, hubo de dar salida a los gases soporíferos.

La apariencia de Max Ruber, en tanto atendía estas aclaraciones, era la de un hombre abrumado por el horror y la estupefacción.

—Hemos de confesar que todo esto es obra de un monstruoso genio del crimen —masculó, mientras se pasaba un pañuelo por la sudorosa frente.

—Estoy de acuerdo con usted, comisario —siguió Campbell—. Previeron que todo este paraje sería sometido a una estrecha vigilancia, y no hay duda de que el escenario a que atrajeron a *Miss Miller* estaba preparado desde mucho antes de enviarle a ésta el segundo de los anónimos. En cuanto a la emisión y recepción de las voces, es seguro que los bandidos se sirvieron de alguna estación móvil; probablemente, instalada en algún coche y utilizada desde cualquier tramo de carretera fuera del espacio sujeto a control. Así, el pretendido habitante de «Tiger House», mientras la víctima recibía sus órdenes, se hallaba a muchas millas de la casa.

—Sin embargo —opuso el perplejo comisario—, nada de esto aclara la desaparición de los doscientos cincuenta mil dólares que *Miss Miller* metió en ese boquete de la pared. Sé que en él no hay ningún doble fondo, ningún truco automático ni tampoco un solo rincón hasta el que el sobre haya podido deslizarse. ¿Cómo explica eso, Campbell?

Al escuchar estas palabras, los labios de Jess se entreabrieron en una enigmática sonrisa.

—Esperaba que me hiciera esa pregunta, Ruber. Convengo en que el problema que plantea también a mí me confundió anoche. Pero es precisamente ahí donde he conseguido sorprender la clave más reveladora de todo este maldito caso. En esa pregunta, repito, y en otra que usted no ha formulado aún.

El cuello de Max Ruber pareció estirarse por efectos de la curiosidad.

—¿No la adivina? —continuó Jess—. Bien, se la ofreceré yo mismo: ¿por qué fue narcotizada *Miss Miller*?

El interrogante planteado por el agente del F. B. I.,

aun cuando Max Ruber hubiera sido incapaz de contestarlo, sonó en los oídos del comisario como el primero de los hachazos bajo los cuales empezaba Jess a derribar el muro de tinieblas que protegía «Los Buitres Rojos».

—Y eso no es todo, Ruber —prosiguió con brillante y enardecida mirada—. Hay más. ¿No comprende todavía cuál es el motivo por el que se nos atrajo al interior de la casa mediante el estallido de un cartucho de pólvora, conectado con la bomba de gases, y apenas un minuto después de que *Miss Miller* se desplomara desvanecida? Piense en ello, Ruber. La clave de la desaparición de los billetes se esconde en esas dos preguntas. ¡Y yo he dado con ella!

Apenas había terminado de hablar, cuando Jess Campbell, sin escuchar las balbucientes palabras con que el comisario aspiraba a obtener una explicación más amplia, se lanzó escaleras abajo.

—Pero... ¡Campbell, por favor! —pudo gritarle, todavía, Max Ruber—. ¿Quiere usted decirme a dónde va a con esa prisa del diablo?

La respuesta, lanzada ya desde el mismo umbral de la entrada, sonó como un disparo:

—¡A la caza de un «buitre»!

Y el coche del agente del

F. B. I.,

un minuto más tarde, rodaba vertiginosamente hacia Hollywood.

CAPÍTULO VI

Era casi medianoche cuando Albert Chaltam, con nervioso ademán, empujó sus últimas fichas sobre la mesa. El cuadrante en que su mano fue a colocar la postura, correspondía al número 17. Las fichas, diez pequeños discos de color azul, sumaban dos mil quinientos dólares. Apenas una hora antes vino a iniciar el juego con una cantidad casi seis veces superior. Una racha afortunada la había doblado; luego, lenta pero inexorablemente, la raqueta del *croupier* fue arrebatándole cada una de sus progresivas posturas.

—Hagan juego, señores.

La voz era siempre la misma; la fórmula, pronunciada en uno u otro idioma, eternamente igual. Albert, por un instante, trató de recordar en cuántos lugares del mundo la había escuchado. Y se dijo si volvería a oírla alguna otra vez. Aquella diminuta torreta de fichas que ahora se erguía frente a él, todavía a su alcance, representaba todo el dinero que le quedaba. Aún era tiempo de salvar algo...

Pero la bola había comenzado ya a rodar.

En torno a la mesa, las caras de los jugadores semejabán viejos camafeos tallados en amarillo marfil. Todas las miradas, como fascinadas, convergían en un mismo punto. Las manos eran igual que garras, tensas, afiladas, codiciosas. El repiqueteo de la bola cesó tan súbitamente como había comenzado. Y el silencio, por un instante, tuvo la mortal pesadez de la angustia.

—Veintidós, señores. Veintidós, pasa, par y rojo... —cantó la mecánica voz del *croupier*.

Y las diez fichas de color azul, como el último y más frágil de los castillos de la ilusión de Chaltam, se derrumbó de un solo golpe sobre el tapete.

Fue en el instante de alzarse de su asiento cuando sus ojos se encontraron de nuevo con aquellos que parecían haber estado

vigilándole burlonamente durante toda la noche. Unos ojos fríos, irónicos, despiadados.

—Temo que la suerte no le ha favorecido demasiado; ¿no es así, Albert?

Era Wade Astheler quien le hablaba. Con su eterna apariencia de ir a posar para cualquiera de las revistas cuyas portadas multiplicaban una y otra vez su célebre sonrisa; vistiendo un intachable «*smoking*», y mirándolo todo como si el mundo que le rodeaba estuviese muy distante de él, a sus pies.

—En efecto, nunca la tuve —repuso Chaltam, esforzándose en dominar su pésimo humor—. Pero eso carece de importancia. ¿Se queda usted aquí, Astheler?

—Sí. Estoy esperando a una amiga. Buenas noches, Albert.

Y tras de estrechar con gesto ausente la mano de aquél, el actor volvió de nuevo junto a la mesa de juego. Su voz, sus ademanes y su arrogante forma de conducirse, armonizaban de manera extrañamente fascinadora, casi diabólica, con el marco que los brillantes salones del casino ponían en torno de su silueta.

Muy poco después, Albert Chaltam bordeaba con lento paso los jardines del Parque Griffith. Hacía una noche húmeda y desapacible, y la radiante iluminación de la ciudad evocaba un desafío lanzado por esta contra el encapotado y amenazador cielo. Soslayó Albert la avenida que se abría ante él, repelido por el espectáculo de la ruidosa muchedumbre y de los coches que la transitaban, y decidió caminar hasta su casa, situada en Vine Street, dando un paseo que le llevase por calles menos concurridas. Necesitaba un poco de soledad y de silencio para ordenar sus atormentadas ideas.

Descendía por Savage Court, cuando aquella indefinible sensación de malestar que poco antes había conmovido sus nervios, le asaltó de nuevo. Era algo indefinible que su instinto no acababa de captar; como la vaga sensación de que alguna amenaza se cernía sobre él. Retardó sus pasos, echó una breve y disimulada mirada en turno suyo, y sus oídos concentráronse en una atenta escucha. Sin embargo, nada parecía turbar el eco de sus propias pisadas. Aceleró entonces su caminar, encendió un cigarrillo, y se dijo que las duras pruebas a que se había visto sometido durante los últimos meses, comenzaban a dejarse sentir.

Sería preciso vigilar el pulso, los nervios y las reacciones. La hora de acabar con todo aquello no podía estar muy lejana. Se separaría de Nora Miller, y regresaría a Boston, a casa de sus padres...

¡Esto era! Ahora ya no le cabía la menor duda. Sus oídos acababan de captar inconfundiblemente el rumor de unos pasos. ¡Alguien avanzaba tras él! Lo sentía, lo percibía ahora tan claramente como si lo estuviera viendo con sus propios ojos. Y eran unas pisadas cautas, furtivas; las de alguien que andaba al acecho y desea pasar inadvertido. Hurgó Chaltam con sus helados dedos entre sus ropas, sintiendo que el sudor comenzaba a bañar su frente, y sacó un pequeño revólver de cañón cortado, cuyo gatillo chascó metálicamente en la obscuridad. Aquel paseo, que a poco vino a convertirse una desenfrenada marcha, constituyó la experiencia más angustiada de que guardaba memoria. En su ardorosa cabeza, como en un loco torbellino, giraban y danzaban mil temores distintos, mil sospechas, una infinidad de hipótesis descabelladas, con cada una de las cuales trataba de hallar un motivo para aquélla, persecución.

Cuando llegó frente a la puerta de su casa, resonando ya a espaldas suyas con amenazante claridad los pasos del hombre que avanzaba tras él, sus piernas se negaban a sostenerle. Apenas hubo cerrado el portal, corrió como un loco escaleras arriba, y fue a guarecerse en su propio piso con la aterrorizada urgencia del que huye de la muerte. Miró luego hacia la calle, a través de una de las dos ventanas que se abrían en su pequeña pieza, pero las sombras, igual que crueles cómplices, lo llenaban todo. Sin embargo, Chaltam sabía que su perseguidor seguía allí, al pie de la casa, espiándole implacablemente.

¿Acaso «Los Buitres Rojos»...? A éste sólo pensamiento, los dientes de Albert chocaron unos contra otros por efecto del terror. Él sabía bien cuáles eran los usos y la feroz impiedad de aquellos seres. Súbitamente, buscó a tientas el teléfono que reposaba sobre una mesita colocada junto a la cama y, a la luz de un fósforo, marcó un número. Haciéndolo, contravenía una de las órdenes más serias de cuantas le habían sido dadas. Pero el miedo había anulado su razón. La única forma de saber a qué atenerse, de saber si el peligro emanaba de los mismos «Buitres Rojos», era marcar el número que estaba ya a punto de establecer comunicación entre él y el «otro».

Un timbre dejó oír su lejano repiqueteo. Una vez y otra. De pronto, allá lejos, se hizo el silencio; una quietud honda y quieta que pareció invadir el cerebro del asustado Chaltam. Por último, «la voz» se deslizó cautamente en el oído del hombre que había llamado:

»—¿Quién es?

Era una voz sin matices, fría, impersonal.

—Soy yo: el Número Once —repuso Chaltam, haciendo acopio de energías—. Necesito rendir una información urgente.

Al otro lado, muy lejos, el silencio abrió una pausa en el diálogo.

»—No sé de qué me habla —dijo la voz—. Repita lo que ha dicho.

Éste era el instante en que su interlocutor debía dar la consigna; una consigna que se cambiaba cada día, y sin la cual nunca habrían de atenderse las palabras del que marcara aquel número.

—«La noche es nuestra mejor amiga» —silabeó Chaltam, con la boca pegada al teléfono.

»—Continúe hablando —ordenó instantáneamente la voz.

—He dicho que soy el Número Once. Vengo del «Sahanah Club». Estoy en mi propio domicilio. Un hombre ha venido siguiéndome desde allí.

Cuando acabó de decir esto, Chaltam apretó sus mandíbulas, y quedó en espera de la respuesta. De lo que ahora le fuera contestado, dependía todo. Era preciso descubrir si su interlocutor tenía ya noticias de aquella persecución, en cuyo caso ya no habría dudas de que la había ordenado él mismo, o bien si le causaba alguna sorpresa.

»—¿Está seguro de lo que afirma? —inquirió la voz, tras de una breve pausa.

—Completamente.

»—Bien. No se mueva. No haga nada. Espere ahí hasta recibir órdenes.

Y antes de que Chaltam pudiera agregar una sola palabra, la comunicación fue interrumpida desde el otro lado. Pero ahora ya sabía a qué atenerse. Era casi seguro que su perseguidor no tenía ni la más mínima relación con «Los Buitres Rojos». Sin embargo...

Apenas Albert Chaltam pudo comprender la nueva situación que aquello le creaba, el pánico volvió a invadirle, incluso con más

violencia que antes. ¡La policía! Ésa era la clave del misterio. Era la policía la que le seguía los pasos. Por un momento, Albert temió que sus sienes fueran a estallar. Se cogió la cabeza con ambas manos, y casi arrastrándose, se tumbó sobre el lecho. ¡Estaba descubierto! No podía saber ahora a causa de qué delación o de qué error suyo, pero lo cierto es que su casa estaba siendo vigilada, y que el hombre que había abajo, posiblemente, llevaba ya una orden de detención extendida contra él. Además...

Chaltam se irguió repentinamente sobre la cama, y miró con desorbitados ojos hacia las sombras que llenaban su cuarto. Una idea atroz terminaba de cruzar su cerebro. Casi deseó que la policía llegase en el acto, que lo detuviesen y le pusieran a salvo del nuevo peligro que en aquel momento le acechaba. Tardíamente, se daba cuenta de la sentencia que había echado sobre sí mismo al marcar aquel número y confesar que alguien le seguía. ¡Admitir que la justicia iba tras de sus pasos, había sido tanto como hacerse declarar reo de muerte por parte de «Los Buitres Rojos»!

El pavor puso alas en los pies de Chaltam. En menos de cinco minutos introdujo alguna ropa en una maleta, y se dispuso a abandonar la habitación. Le importaba muy poco que la policía lo detuviese en cuanto llegara a la calle. Su único afán era escapar de aquellos negros pajarracos que ya se cernían sobre su cabeza. ¡Sus cómplices de ayer, y sus mortales enemigos de hoy y de siempre!

El sonido del timbre del teléfono inmovilizóle cuando ya tenía la mano en el picaporte. Su llamada era urgente, imperiosa. Albert, al oírla, experimentó la misma sensación que si le hubiesen disparado una andanada de tiros por la espalda. Pero la fuerza del hábito y también la curiosidad, pudieron más que el temor. Apenas acercó el auricular a su oído, lamentó haberlo descolgado. La voz, dijo:

»—¿Quién es? Llamo al Número Once.

Ni siquiera entonces pudo este olvidar la lección que tan bien había aprendido.

—¿Número Once? No entiendo. Repita, por favor.

—«La noche es nuestra mejor amiga».

—Hable, le escucho —rogó Chaltam, con el miedo anudado a su cuello.

—Debe esperar hasta el amanecer. Ahí, en su misma casa, sin moverse. ¿Me oye? Dentro de algunas horas lo tendremos todo

preparado para que usted desaparezca de la ciudad.

Pero Albert comprendió en el acto la clase de desaparición a que se refería el aviso. Dominado por el furor, ciego de ira y de pánico, gritó con todas sus fuerzas:

—¡Sé lo que quieren de mí! ¡Sé lo que se preponen! Pero conmigo no valen esos trucos. ¡Ahora mismo voy a...!

—¡Cállese! ¡Usted no va a ninguna parte! —La voz sonaba ahora con una dureza agresivamente feroz—. Usted va a quedarse donde está, en espera de que le llamemos de nuevo. ¿Entendido?

—¡No me quedaré! ¡Antes de una hora habré cogido el avión...!

Las palabras que interrumpieron las desesperadas afirmaciones de Chaltam se clavaron en el cerebro de este igual que agujas candentes.

—Sepa que si usted se atreve a hacer eso, Nora Miller habrá muerto antes de que llegue el día.

Y la comunicación quedó cortada en aquel mismo punto.

—¡Canallas! —rugió Chaltam, enfebrecido por el odio.

Y todavía con el auricular entre los dedos, lo miraba como si no pudiera dar crédito a lo que acababa de oír. Ahora ya no quedaba nada, ni el recurso de la fuga. Porque Albert Chaltam, a pesar de todos sus errores, era incapaz de permitir que la muerte de una muchacha cayese sobre su conciencia.

Ni él mismo podía explicarse cómo había entrado en relación con «Los Buitres Rojos». Primero y poco después de haber liquidado el último resto de su fortuna, llegó una invitación anónima de la banda de chantajistas. No tenía otra cosa que hacer que deslizar una nota en el despacho del que iba a ser su suegro, Elmer Miller, y a cambio de ello le era brindada una cantidad que entonces le pareció fabulosa. Y Chaltam accedió. No pudo nunca prever que el asunto llegase a adquirir tan aterradores caracteres. Luego, y casi insensiblemente, su complicidad fue llevada a unos extremos cada vez más graves, irreparables ya. No le era posible resistirse a las órdenes que recibía ni tampoco volverse atrás. La muerte o la cárcel le acechaban. Hasta que, al fin, he aquí a qué monstruosa situación le había conducido su flaqueza.

Pero él no había de permitir que «Los Buitres Rojos» ni se aproximasen a la muchacha. Estaba dispuesto a jugarse la vida antes que tolerarlo.

Un minuto después de haber colgado el teléfono, se hallaba ya en la calle. Echó una mirada a su alrededor, se pegó a la pared de la casa y comenzó a correr desesperadamente.

Poco más tarde de que Nora Miller hubiese apagado la lámpara que tenía sobre su mesita de noche, unos extraños ruidos, procedentes de la ventana, le obligaron a saltar del lecho y a mirar hacia el jardín. Los golpes sonaron de nuevo. Daba la sensación de que alguien arrojaba piedrecillas contra los cristales. Apenas se hubo asomado, sus ojos descubrieron la imprecisa silueta de un hombre que estaba plantado bajo ella.

—¡Albert! —exclamó Nora, profundamente sorprendida.

Vio cómo hacía el un apremiante gesto con la mano, invitándola a bajar, y unas extrañas palabras, apenas susurradas, llegaron a sus oídos:

—No hables ahora. No preguntes nada. Vístete deprisa y reúnete conmigo. Es necesario que te diga algo.

Había tal angustia en la voz de aquel hombre que Nora Miller obedeció su ruego con toda la urgencia de que fue capaz. Tras de vestirse apresuradamente, se echó un ligero abrigo sobre los hombros, y un instante después, se encontraba ya junto a Albert.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó ella, al ver la palidez que cubría, la cara de Albert.

—Escucha, Nora —dijo él, con el miedo reflejado en la voz—. No es ocasión de que te lo explique todo. Sólo puede salvarnos el que tú me creas y confíes en mí. Nos acecha un peligro mortal, y la única posibilidad que nos queda es la de huir inmediatamente. Incluso es posible que estén vigilándonos ya desde la sombra.

—Pero ¿quién puede espiarnos y de quién tenemos que huir, Albert? ¡Por favor, habla!

—¡De «Los Buitres Rojos»! ¡Rápido, vayámonos de aquí!

Y Chaltam, aferrando a la empavorecida, muchacha por un brazo, la arrastró consigo hacia la carretera. La inicial resistencia que aquélla había ofrecido, fue anulada de un solo golpe por tales palabras. Transpusieron la cancela de la entrada como unos malhechores, y comenzaron a caminar rápidamente en la obscuridad.

—¿Por qué no llamamos a Campbell? —musitó Nora, comprendiendo de pronto que aquello sería lo más lógico—. Él

podría ayudarnos.

—Más tarde —prometió él, sintiendo que incluso ahora irritaba la ciega confianza con que ella acababa de apelar mentalmente al agente del

F. B. I.

No podía explicar a la mujer que llevaba junto a sí, que la policía formaba parte del peligro que él estaba corriendo. Su propósito era esconder en lugar seguro a la muchacha hasta el amanecer, y luego, ya solo, tomar un avión hacía cualquier lejano rincón de la tierra. Confiaba en que aquel gesto ayudaría a Nora a recordarlo sin demasiado rencor.

Pero las cosas se produjeron de muy distinta forma. Apenas se habían alejado doscientas yardas del chalet, cuando, súbitamente, los focos de un coche que deslizábase hacia ellos por la carretera, los deslumbraron con los haces de su cegadora luz. Chaltam, que iba delante, ofreció por un momento el aspecto de una pobre bestia acorralada. Comprendió en el acto que «Los Buitres Rojos» le habían dado alcance, y gritó:

—¡Atrás, Nora! ¡Huye!

Ahí estaban. Habían venido en busca de su vida y de la de Nora. Pero no les iba a dejar que se acercaran a ella impunemente. Sacó su revólver con desesperado gesto y apuntó por encima de los radiantes focos.

Un disparo atronó la noche. Y otro. Y un tercero.

Nora lanzó un grito. Chaltam, inmóvil durante un instante, continuó con su arma levantada pero incapaz de reunir las fuerzas necesarias para apretar el gatillo. Poco a poco, sus músculos cedieron. Cayó su brazo, inclinó la cabeza, y después, con ambas manos crispadas a la altura del vientre, se desplomó pesadamente. Todo aquello había ocurrido en menos de diez segundos. Inmediatamente, un hombre saltó del interior del coche y sus poderosas garras apresaron a la casi desvanecida Nora. Y casi al mismo tiempo, los furiosos pasos de alguien que corría hacia el coche, redoblaron sobre el empedrado de la carretera. Nora los oyó de igual manera que se perciben esas voces que en ocasiones se creen oír en los sueños.

—¡Campbell! —pudo gritar aún, al tiempo que era arrojada dentro del vehículo.

Pero ya era tarde. El coche aceleraba ya a toda marcha. Uno de los individuos que iban en su interior, asomó su brazo por una de las ventanillas, y el estampido de dos nuevos disparos rompió el silencio. El silbato de un policía rasgó con su agudo toque de alarma la noche. Las sirenas de una patrulla motorizada, muy distante aún, comenzaron a rugir, a la vez que los coches policiales acudían con toda urgencia al escenario del crimen. Y entretanto, Albert Chaltam, herido de muerte, agonizaba en brazos del hombre que había arriesgado su vida por tratar de rescatar a Nora.

—Soy Campbell —dijo éste, mientras se inclinaba sobre el moribundo—. ¿Me oye? ¿Quiénes son los que acaban de llevarse a esa mujer? ¡Contéstemel! ¡Haga un esfuerzo!

De los convulsos labios de Chaltam escapaba un hilo de sangre, y sus desesperados ojos, clavados en los del hombre que lo interrogaba, probaban que deseaba hablar.

—Eran los «Buitres Rojos», ¿no es eso? —siguió preguntando Jess, con la furia y la ansiedad reflejadas en su cara desencajada.

Albert Chaltam hizo un gesto afirmativo con la cabeza...

—Recuerde... —murmuró al fin, poco menos que inaudiblemente—. Número... cuatrocientos once... State Street...

—No lo olvidaré. ¡Pero no basta! —exigió, casi cruelmente, Campbell—. Necesito los nombres de esos criminales. ¡Pronto, dígamelos!

—No lo sé —gimió el herido—. Nadie los conoce...

En aquel momento, un coche de la policía se detuvo junto al lugar en que hallaban los dos hombres.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Quién es usted? —preguntó el sargento que acababa de descender del coche.

—¡Cállese! —bramó Jess, sin volver los ojos hacia el recién llegado.

Pero el herido, al borde ya de la muerte, ya no podía oír ni entender palabra alguna. Su último pensamiento fue para aquélla a la que amó y a la que tanto daño hizo con su inconsciencia criminal.

—Nora... —musitó apagadamente—. Nora... perdóname.

Y el cuerpo del desgraciado quedó yerto entre los brazos de Campbell.

Cuando éste se incorporó, sus ojos, nublados por la piedad,

quedáronse fijos por un instante en la lívida faz del cadáver. Albert. Chaltam había pagado generosamente su deuda. Pero su reacción fue tan inmediata como arrolladora.

—¡Pronto! ¡Al coche! —ordenó al sargento, con voz autoritaria—. ¡Comuniquen con otras patrullas y díganles que se dirijan a toda marcha al número cuatrocientos once de State Street! Nosotros les precederemos. ¡A toda marcha!

¡La caza de «Los Buitres Rojos» había comenzado!

Eran las cuatro de la mañana, cuando el coche en que iba Jess Campbell enfiló como una exhalación la entrada de State Street. La casa que correspondía a su número 411, un espacioso edificio de dos plantas, rodeado de un desértico jardín y protegido por una verja de mohosos barrotes, fue avistada por Jess y sus ocasionales compañeros, cinco minutos más tarde. A una orden del agente del F. B. I.,

situóse el coche frente al edificio, y el potente reflector que llevaba sobre su «capot», lanzó un chorro de luz hacia la fachada de la casa.

En aquel instante, otros dos coches de la policía y una docena de motoristas remontaban a toda velocidad State Street, y sus ocupantes se sumaban al grupo de Jess. Entre los recién llegados se encontraba el comisario Max Ruber. Venía con los ojos brillantes por el entusiasmo, y apenas se encontró junto a Campbell, su primera proposición fue la de asaltar inmediatamente la casa, empleando para ello a todos los hombres de que disponía.

—No, Ruber —opuso Jess—. Eso no puede hacerse. Recuerde que Nora Miller se haya en poder de esos «buitres», y podríamos herirla al disparar.

—Entonces, ¿qué es lo que usted propone? —preguntó el comisario.

Jess Campbell, con la mirada clavada en la impenetrable y muda fachada del edificio, repuso serenamente:

—Seré yo quien vaya allí.

Y antes de que Max Ruber pudiera detenerle, se separó de éste, entró en la zona iluminada por los reflectores y avanzó con lento y seguro paso hacia la verja que circundaba la casa. Los policías, parapetados tras de los coches, observaban con admirados ojos sus movimientos, y se preguntaban que en qué momento sería derribado por el fuego de los sitiados. Pero Campbell, que parecía

ajeno a todo temor, fue a detenerse a menos de cinco yardas de la entrada del edificio, y, alzando las manos, gritó:

—¡A todos los que se hallen en la casa, salgan y entréguense! ¡Lo ordeno en nombre de la ley!

Y antes de que el eco de su voz se hubiese extinguido, un imprevisible y escalofriante espectáculo se ofreció ante los ojos de todos los que vigilaban el lugar. Chirriaron agriamente los goznes de la puerta y la luz de los reflectores, al penetrar en el vestíbulo, dio de lleno en la figura de Nora Miller, que, amarrada a una silla y con la boca amordazada por un pañuelo, fijaba sus ojos desorbitados por el terror en los del agente del

F. B. I.

Aquella estremecedora visión duró menos de un minuto. Pasado éste, la puerta, con la misma deliberada y cínica lentitud que se había abierto, volvió a encajarse en su marco. Por fortuna, en cuanto dicha puerta se cerró de nuevo, Max Ruber se dio cuenta instantáneamente de la desesperada situación en que el nuevo giro de los acontecimientos había colocado a Campbell. Ya no era posible protegerlo con el luego de las ametralladoras, y su cuerpo ofrecía un blanco seguro en medio del jardín.

—¡Apagad los reflectores! —rugió, en el momento preciso.

Una décima de segundo que el comisario hubiera tardado en ordenar esto, y el agente del

F. B. I.,

hubiera sido acribillado por las balas que a continuación partieron silbantemente de las ventanas del edificio. Pero la obscuridad se hizo con una oportunidad casi milagrosa. Cegáronse los reflectores, y Jess Campbell, al amparo de las sombras, saltó como un gato montés huyendo del plomo sanguinario que buscaba su carne.

—Gracias, comisario. Estuvo usted muy acertado dando aquella orden —le dijo Jess a Max Ruber cuando pudo, unos minutos, después, reunirse con éste.

—Hice lo que debía. Sin embargo, llegué a temer que no saliera usted vivo de ese maldito agujero. Pero ¿tiene alguna idea respecto de lo que podemos hacer ahora?

—No perder ni un minuto. Voy a entrar en esa guarida de criminales —repuso Campbell, con la voz crispada por la rabia—. Y si a *Miss Miller* le sucediera algo, juro que ni uno solo de los

«buitres» va a quedar con vida.

Jess no podía borrar de su mente la imagen de aquellos infantiles y torturados ojos que durante un instante se habían clavado en los suyos. Encendió un fósforo, y a la luz de éste, miró la hora en su reloj.

—Son las cuatro y veinte. Esperaremos cinco minutos más. Transcurrido ese plazo, penetraré en la casa, y tan pronto como haya puesto a *Miss Miller* a cubierto de las balas, haré sonar uno de los silbatos que llevan sus hombres. Ésa será la señal para que usted ataque, Ruber. ¡Y hágalo con plomo y fuego!

—Espero que sea usted sensato, Campbell —exhortó el comisario, sin poder dominar su inquietud—. Tengo noticia de cómo suele actuar, y temo que la suerte no siempre le acompañe por eso camino.

—¿Qué camino, Ruber? Ante los hombres como usted o como yo, no se abre nada más que uno solo: el que nos marca nuestro deber. Y ese hemos de seguirlo hasta el final, cueste lo que cueste.

Aquellas concluyentes palabras, dichas con la firme y serena voz de Campbell, penetraron hasta lo más hondo del corazón de Max Ruber. Y su mano, en la obscuridad, buscó emocionadamente la del agente del

F. B. I.

—Escuche —dijo de pronto el comisario, aprovechando el silencio que vino a abrirse entre ambos—. ¿Cómo supo que Albert Chaltam pertenecía a la banda de «Los Buitres Rojos»? Porque cuando le mataron usted iba persiguiéndole, ¿no es cierto?

—Es cierto —contestó Jess, sin dejar de mirar hacia la casa—. Lo tenía sujeto a vigilancia desde varias horas antes, y sólo el miedo de herir a *Miss Miller* pudo impedirme dar caza a los asesinos. ¿Recuerda que en «Tiger House» le propuse dos preguntas en las que sostuve que se ocultaba el secreto de la desaparición de los doscientos cincuenta mil dólares? Bien. He aquí las respuestas. *Miss Miller* fue narcotizada con el exclusivo objeto de que no pudiera informarme de una manera inmediata respecto del lugar donde se había visto forzada a dejar el dinero. De allí que nos atrajesen a la casa, mediante el estallido de un cartucho de pólvora, apenas ella cayó al suelo. Era necesario que la recogiéramos y que, en consecuencia, «alguien» tuviera ocasión de penetrar en el interior

antes de que Nora pudiese hablar. Y ése fue el momento en qué Albert Chaltam, único cómplice posible de «Los Buitres Rojos», se deslizó hasta el agujero que se ocultaba tras del cuadro, para apoderarse de los billetes. Cuando Nora recuperó el conocimiento y pudimos saber lo que había hecho con el dinero, éste, naturalmente, había desaparecido ya.

El comisario escuchaba a Campbell con la boca abierta.

—Me avergüenza no haber sido capaz de adivinar la verdad —exclamó, al fin.

Pero Jess ya no le atendía.

—Recuerde lo convenido, Ruber —advirtió.

Y tras de obtener de uno de los policías que había junto a ellos su silbato, desapareció como una sombra más en la obscuridad. Campbell sabía bien que contaba con muy escasas probabilidades de éxito. No obstante, le era física y moralmente necesario intentarlo todo, aun cuando fuera a costa, de su propia vida.

CAPÍTULO VII

Por fortuna, la obscuridad protegía sus movimientos. Casi pegado al suelo, rápida y silenciosamente, cubrió las treinta yardas de «tierra de nadie» que le separaban del jardín, y luego, arrastrándose sobre el pecho y los codos, la rodeó hasta hallarse en la parte trasera del edificio.

Una vez allí, tumbado en el suelo, observó la fachada. Ni un solo rumor, ni el más leve destello de luz podía percibirse procedente de ella. Era evidente que los sitiados dedicaban toda su atención a la parte anterior de la casa. Apretó entonces sus mandíbulas, tensáronse sus músculos igual que la cuerda de un arco, y de pronto, sin el menor ruido, una callada explosión de energía pareció arrancarle del suelo. Una décima de segundo después, sus manos se aferraban a los puntiagudos extremos de los barrotes de la verja. Flexionó enérgicamente los brazos antes de que la fuerza ascensional hubiera dejado de impulsarle, y en el acto caía sobre el piso del jardín sin otro daño que unos rasguños en los dedos.

Durante cinco minutos, silencioso e inmóvil, se mantuvo pegado a la tierra. Luego, sin transición, como una piedra lanzada por una honda, se incorporó, lanzándose hacia adelante, y un instante después quedaba a cubierto por la misma fachada. Dos ventanas, casi a ras del suelo, mostraban sus postigos herméticamente cerrados. Más arriba, a la altura del segundo piso, sobresalía la balaustrada de un amplio balcón. La única entrada practicable, por lo tanto, si es que había alguna, iba a ser necesario buscarla en éste.

Sin dudarle ni un momento, alzó sus manos, cuyos dedos engarfiáronse igual que garras sobre el pequeño saliente que ofrecía la cornisa, y de esta forma inició su temeraria ascensión. Prácticamente, y en otras condiciones, para un hombre como Jess la prueba no hubiera resultado demasiado difícil. Ahora, sin embargo, existía el riesgo mortal de que alguno de los sitiados lo descubriese

trepando por la fachada, y disparase sobre él a placer.

Pronto las manos de Campbell empezaron a sangrar peligrosamente. Ascendía con increíble rapidez, acuciado por la certeza de que cada minuto que pasaba aumentaba el riesgo de ser sorprendido, y cada uno de sus músculos, sus manos y pies, e incluso los codos, contribuían a aproximarle a su meta. El balcón estaba ya a su alcance, muy poco por encima de su cabeza. Un nuevo esfuerzo, y la partida quedaría ganada. Avanzó una mano, la asentó firmemente en un borde de piedra, y luego, con la rapidez de un zarpazo, llevó la otra a igual altura. Buscó entonces un saliente que tomar como base, y en aquella postura descansó durante un breve minuto.

El jardín quedaba a más de veinte pies bajo él. El sudor, caliente y pegajoso, le resbalaba por la cara formando unas gotas que amenazaban cegarle. Pero el balcón aparecía ya a menos de una yarda, a su izquierda. Repentinamente, dejó que todo su peso gravitara sobre sus propias piernas, y luego, desprendiéndose de su asidero y girando con una rápida torsión de cintura sobre sí mismo, disparó sus brazos hacia la balaustrada. En el mismo instante en que se aferraba a ella, sus pies, incapaces ya de sostenerle, resbalaron de su precario escalón. Pero el éxito había coronado ya su temerario y prodigioso esfuerzo.

Ya dentro del balcón, nada pudo impedir que se tendiera sobre el piso, inmóvil, cuan largo era y respirando ávidamente con la boca abierta de par en par, a fin de que el aire que penetraba por su garganta no produjese el menor ruido. Pero el término de su ascensión se había producido con el tiempo justo para que Jess se salvase de una muerte segura. Súbitamente, un pálido reflejo de luz brilló en los cristales. Los ojos de Campbell lo percibieron en el mismo instante en que se extinguía. Y casi a continuación, cuando Campbell se preguntaba todavía si no habría sido víctima de un espejismo, el pestillo que mantenía unidas ambas contraventanas, comenzó a alzarse por la parte interior. Chirrió casi imperceptiblemente, y la madera emitió un crujido.

Los nervios de Jess amenazaban saltar de un momento a otro. Su situación era peligrosísima. No iba a serle posible emplear su revólver, y si eran dos o más hombres los que ahora buscaban una vía de escape, por el balcón hasta el que él había trepado, las

posibilidades de salvarse quedaban reducidas al mínimo. Las contraventanas se separaban entre sí pulgada a pulgada. Al cabo de unos segundos unos dedos que se destacaban en la obscuridad igual que diminutas sierpes blanquecinas, las atrajeron hacia sí, abriéndolas del todo, y una mano se cernió en el aire, buscando a tientas la balaustrada.

Campbell actuó con la destructora rapidez de una fiera que cazase en la sombra. Apresó la muñeca del hombre entre sus acerados dedos. Tiró hacia adelante y hacia abajo con salvaje fuerza, y el bandido, sin tiempo ni para abrir la boca, cruzó sobre Jess y fue a estrellarse contra la pétrea balaustrada. Su frente, al chocar, produjo el mismo ruido que las frutas demasiado maduras al caer del árbol.

Pero era necesario asegurarse de que ningún otro le acompañaba. Antes de que el cuerpo de aquél hubiera caído al suelo, Campbell, con un salto felino, se deslizó dentro de la habitación, desapareciendo en la sombra. El silencio más absoluto se cerró en torno suyo. Sin detenerse, sin perder ni un segundo que podría serle mortal, buscó con sus manos, tanteando en la pared la puerta de aquel cuarto y un minuto después se arrastraba por el sombrío corredor que se hallaba al otro lado. Un murmullo que iba creciendo y haciéndose cada vez más inteligible, le llevó hacia uno de sus extremos. Allí, una escalera descendía hasta el vestíbulo de la casa. Y apenas asomado a ella, pegado al suelo, ante sus ojos se mostró un amplio vestíbulo, en cuyo fondo, junto a un par de ventanales, se destacaban las siluetas de tres hombres. La luz de los reflectores de la policía, enfocados de nuevo hacia el edificio, permitía verlos con toda claridad. Los bandidos estaban inmóviles, mirando atentamente a través de las ventanas, y parapetados, tras de sus quicios.

—¿Se puede saber dónde diablos se ha metido Murphy? —preguntó de pronto uno de ellos, echando una mirada en torno suyo.

—Ha ido arriba —repuso otro de los que estaban a su lado—. Quería ver cómo marchaban las cosas por la parte trasera.

Pero aquella aclaración no pareció satisfacer al que había hablado primero. Su voz, al hacerlo de nuevo, probaba el nerviosismo que le dominaba.

—Lo único que se propone ese cobarde, es escurrir el bulto. ¡Tú, Doc, ve a buscarlo!

Aquellas inesperadas palabras sonaron en los oídos de Campbell como un latigazo. Apenas comprendió el alcance que para él tenía aquella orden, el hombre que la había recibido cruzaba ya el vestíbulo, y se dirigía hacia la escalera en que se encontraba Jess. Éste, rápido y silencioso como un tigre, retrocedió de nuevo por el corredor y fue a agazaparse en el mismo cuarto por el que había entrado. Pegado a la pared, esperó la llegada del individuo cuyo andar resonaba ya en el pasillo.

—¡Murphy!

Sus pasos se aproximaban cautamente, desconfiadamente. Por último, su silueta se destacó en el umbral.

—Murphy, ¿estás ahí?

Campbell comprendió que era necesario hacer algo. No podía disparar sobre aquel hombre sin delatarse, ni tampoco permitir que bajara de nuevo con la noticia de que Murphy había desaparecido. Por suerte, los ojos de éste, habituados aun al resplandor de los reflectores, eran incapaces de distinguir nada.

Jess, jugándose todo a una carta, silabeó casi inaudiblemente:

—¿Eres tú, Doc? Ven aquí, acércate.

Confiaba en que su voz, mantenida en aquel tono, no lo delatase. Y, en efecto, el bandido cayó en la trampa.

Sus hombros y su cabeza al aproximarse al balcón, se recortaron nítidamente sobre el grisáceo cielo del amanecer. Campbell, a sus espaldas, dio un par de pasos. Alzó su brazo derecho, y el puño, como un ariete, martilleó la nuca del bandido. Los efectos resultaron tan fulminantes como un rayo. Ni un quejido, ni un rumor. No se oyó otra cosa que el crujido de los huesos al chocar entre sí.

Sin esperar a más, Campbell salió de nuevo al pasillo, y se dirigió hacia la escalera que conducía al vestíbulo. En su mente acababa de formarse un plan tan arriesgado como fantástico, pero el tiempo urgía, y no contaba con una salida distinta. Los dos hombres, abajo, continuaban acechando junto a las ventanas. Sin embargo, el punto hacia el cual se orientó la mirada de Jess, estaba en una puerta interior que aparecía cerrada, al lado, izquierdo de la sala. Todo le inclinaba a suponer que Nora seguía en la planta baja,

y si era así, no cabía duda de que era tras de aquella puerta donde Campbell había de encontrarla.

Lo que éste hizo entonces fue algo verdaderamente pasmoso. Se acercó a la boca de la escalera, y pisando tan ruidosa como despreocupadamente, comenzó a descender por ella. Su plan estribaba en hacerse pasar por uno de los hombres que él había dejado tendidos arriba. La penumbra en que se hallaba sumido el vestíbulo y la incapacidad psicológica en que los otros dos se hallaban de concebir la menor sospecha, constituían los más firmes puntales del programa de Campbell. Cuando empezó a atravesar la sala, sus pasos sonaban con un ritmo tan franco como decidido. Pudo disparar por la espalda sobre los dos criminales, pero aparte de que uno de ellos, situado en el extremo, opuesto, ofrecía un blanco difícil, la sana y valerosa doctrina que su clase le había inculcado, le prohibía actuar así. Mas la distancia que aún le separaba de la ansiada puerta, en el instante en que bordeó la gran mesa que ocupaba el centro del vestíbulo, le pareció infinita.

Los hombres que acechaban junto a los ventanales ni habían vuelto la cabeza. El momento más difícil se le plantearía al atravesar por delante de la blanca franja de luz que los reflectores de la policía arrojaban a través de uno de aquéllos. Partía diagonalmente su camino, y evitarlo le hubiera supuesto un rodeo que por la fuerza resultaría sospechoso. Pero los pasos de Campbell se sucedían con toda tranquilidad, firmes, siempre iguales. Ya no le separaban de la puerta nada más que ocho yardas, siete, seis, cinco...

—¿Adónde vas, Doc?

El que había hablado se encontraba a menos de diez pasos del lugar en que se encontraba Jess. Había vuelto los ojos, y ahora miraba la silueta de Campbell coa rara curiosidad. Un poco más, y la luz hubiera dado en el rostro del agente del

F. B. I.

Sin embargo, era ya inútil tratar de mantener el juego. Alzo Jess su pistola y luego, con voz serena, dijo la verdad:

—Voy en busca de ella.

Un fogonazo, seguido de un horrísono estruendo, pasó desde el otro lado de la habitación. Jess pareció disolverse en el aire. Cayó la mesa, tumbada sobre el suelo, y el arma de Campbell comenzó a

escupir plomo y fuego desde un ángulo distinto cada vez. El hombre que estaba más inmediato a él lanzó un grito, y cayendo hacia atrás, rompió con su cabeza los cristales de la ventana que tenía a sus espaldas. El segundo de los «buitres» respondía frenéticamente a los disparos de Jess, saltando como un diablo entre las sombras. Y repentinamente, antes de que Campbell pudiera cubrirse, una nueva andanada de tiros le fue enviada desde lo alto de la escalera. ¡Doc había recuperado el conocimiento, y atacaba por la espalda! Se le distinguía perfectamente, rígido, inmóvil, erguido en el primer rellano. Disparó sin interrupción hacia donde se encontraba Campbell, y a cada uno de los fogonazos podía vérselo el rostro, diabólicamente contorsionado por la furia y el odio. Por suerte para Jess, ninguno de los sentidos del «buitre» estaba aún lo bastante despabilado como para apuntar con demasiada eficacia.

El arma del hombre acorralado se volvió hacia él. Quedaba en ella una sola bala. Estalló un disparo, y el asesino, como partido en dos por una gigantesca guadaña, cayó rondando escaleras abajo. Campbell saltó hacia atrás, al tiempo que dejaba caer su inútil revólver. Un nuevo balazo, salido de la pistola del tercero de sus enemigos, pasó silbando junto a sus hombros. Tomó el pomo de la puerta entre sus dedos, lo hizo girar y penetró como un bólido dentro de la habitación. ¡Sus cálculos no habían fallado: allí estaba Nora Miller! Atada a la silla, amordazada, y con los ojos desorbitados por el terror. Unos ojos que se clavaron en lo más hondo del corazón del agente del

F. B. I.

El resto de los hechos se produjo en una misma fracción de segundo. Nora, como arrastrada por una fuerza incontenible, sintió que los brazos del recién llegado la proyectaban hacia el fondo del cuarto en el instante en que una bala, tras de perforar la puerta, parecía buscar los cuerpos de los dos en la penumbra, zumbando como una abeja candente y sanguinaria. Y de pronto, como una angustiada llamada de auxilio el silbato de Jess resonó perforando la noche.

El efecto que ello produjo fue tan instantáneo como feroz. Cincuenta aceradas bocas, impacientemente apuntadas contra la entrada principal del edificio desde mucho antes, lanzaron contra ella una rugidora andanada de fuego. Y el último de los asesinos

ocultos en el interior alcanzado de lleno por más de una decena de justicieras balas, cayó muerto cuando avanzaba ya hacia el cuarto en que se escondían Jess y Nora.

El comisario Max Ruber, con una pistola todavía humeante en la mano y los bigotes erizados por el ardor que le dominaba, fue de los primeros en saltar a través de la puerta que sus hombres hendieron en pocos segundos.

—¡Campbell! ¡Miss Miller!

Era un bramido la potente voz del comisario. Temblaba en ella una inquietud mortal, y apenas descubrió al agente del

F. B. I.,

que ya estaba librando de sus ligaduras a la muchacha, corrió hacia ellos dominando muy difícilmente el deseo de estrecharlos entre sus brazos. Pero las balbucientes palabras que en aquel momento decía Nora Miller, disiparon de un golpe todo su sentimentalismo.

—¡El jefe se ha escapado, Jess! ¡Se ha fugado antes de que cercarais la casa! —gritaba enfebrecidamente la valerosa muchacha, mientras sus manos apretaban las de Campbell—. ¡Lo he visto! ¡Estaba aquí cuando me sacaron del coche!

—Por favor, Nora, procura tranquilizarte —opuso Jess, en tanto que su mirada parecía acariciar el rostro de ella—. ¿Puedes describirlo?

—No, no puedo. Por lo menos, su cara. Llevaba un negro capuchón que le cubría la cabeza, y todo lo que pude ver de él fueron sus ojos. Unos ojos oscuros, brillantes, implacables. ¡Oh, Jess! ¡Eran horribles!

Y Nora, sin poderse contener, se apretó contra el pecho de Campbell.

—Ya pasó todo, Nora. Domínate. Ten la seguridad de que ese monstruo no volverá a tenerte —afirmó Jess, pasando su mano por la dorada, cabellera de la muchacha—. Pero es necesario que nos lo cuentes todo. Enseguida. ¿No hizo o dijo nada más? Esfuérzate en recordarlo, por favor.

—No sé, Jess. Apenas puedo recordar nada. Creo que luego me desvanecí —confesó ella, mientras se secaba los párpados—. Sólo estoy segura de que sus últimas palabras, antes de desaparecer, fueron éstas: «Esperad aquí hasta que yo os llame». Y esto lo dijo dirigiéndose a sus hombres. Todos parecían mirarle con terror.

Después, afirmó: «Todavía tengo que decidir lo que hemos de hacer con esta mujer. Ahora voy a los estudios. Lo que me aguarda allí, me ocupará un par de horas».

Jess Campbell y Max Ruber escuchaban a Nora como fascinados.

—¿Estás segura de que se refirió a unos estudios? —inquirió el agente del

F. B. I.,

con avidez.

Y apenas la muchacha lo hubo corroborado, él, dando media vuelta, salió disparado de la habitación al tiempo que gritaba a Ruber:

—¡Ocupese de Nora, comisario! ¡Yo tengo algo que hacer en otra parte!

Sin embargo, y por muy súbitamente que tomara aquella decisión, cuando llegó junto a su coche, Max Ruber y la muchacha ya estaban junto a él.

—¿A dónde va, Campbell? —preguntó el comisario, con el asombro reflejado en su cara—. Si ha pensado en algunos Estudios cinematográficos, sepa que en esta ciudad hay más de dos docenas de ellos. Es casi imposible...

—Lo sé, Ruber —fue la decidida respuesta del otro—. Pero en esta historia y después del incendio de los de la «World of Stanford», no quedan nada más que unos: los de «Miller y Olson». ¡Y a ellos voy!

—¡Adelante, pues, Jess!

Aquellas palabras sobresaltaron a este tanto como si hubieran brotado de uno de sus propios bolsillos. Volvió la cabeza, y allí, en el asiento contiguo al que él ocupaba, halló a Nora Miller que le miraba con una pálida sonrisa entre sus labios.

—Pero... —comenzó a oponer Campbell.

—He dicho que adelante —cortó la muchacha—. Los Estudios son míos, y nadie tiene tanto derecho como yo a saber lo que ocurre en ellos.

Tanto su interlocutor como Max Ruber comprendieron en el acto que era inútil toda discusión. Por otra parte, Nora Miller era digna compañera para una aventura como aquélla. Unos minutos más tarde, ambos, en el interior del coche, atravesaban a toda marcha las silenciosas avenidas del centro de la ciudad. El alba empezaba

ya a clarear lívidamente en el cielo. Eran las cinco de una brumosa mañana, cuando avistaron el recio paredón que circundaba los Estudios. Ni una palabra, ni un solo gesto, habíase cruzado entre los silenciosos, expectantes y emocionados ocupantes del coche.

Jess detuvo su marcha, a poco más de un par de centenares de yardas de la entrada. La quietud más absoluta parecía reinar en el interior de los Estudios. Trató entonces de convencer a la muchacha para que se quedara allí, y luego, al entender que todo argumento se estrellaba contra la natural obstinación de ella empezó a caminar, llevando a Nora cogida de su mano. Ambos llevaban los nervios crispados por la ansiedad. Presentían que el final de la lucha estaba próximo, y, al mismo tiempo, se sentían invadidos por el miedo a haber errado en sus cálculos.

Pero sus dudas no tardaron en verse trágicamente disipadas. Apenas habían llegado ante el portalón que daba acceso a los espaciosos locales, y cuya enorme hoja cedió sin resistencia alguna, casi al lado mismo de ella, tendido en el suelo, hallaron el cuerpo de uno de los vigilantes nocturnos. Estaba caído de espaldas, y en su pecho asomaba el mango del puñal con que le habían dado muerte. El espectáculo, a la mortecina luz del amanecer, resultaba escalofriante. ¡Ya no cabía duda! ¡El jefe de «Los Buitres Rojos» había pasado por allí!

Pero Jess no tuvo tiempo de comprobar si, efectivamente, aquel desgraciado había agonizado ya. Una ligera presión de los dedos de Nora, hizo que se fijara en uno de los grandes carromatos en que los actores y actrices suelen disponer de sus camerinos móviles, y cuya mole se alzaba a poca distancia del lugar donde se encontraban ellos. Una parpadeante lucecilla destacaba sus reflejos intermitentes a través de una de las ventanas del convoy.

—¡Ahí está! —susurró Nora.

El negro acero de una pistola brilló como por arte de magia en la mano de Campbell. Precisamente aquélla con que el tercero de los «buitres» aplastados en el 411 de State Street, había estado a punto de acabar con él. Pero antes de que Jess hubiese dado media docena de pasos en dirección del carromato, situado próximo a un «plato» en el que se trabajaba durante el día al aire libre, la portezuela de éste se abrió repentinamente, y un hombre surgió de su interior, comenzando a caminar exactamente hacia Campbell. Sin

embargo, y apenas el misterioso desconocido descubrió la silueta de Jess, su reacción fue automática: la reacción de un individuo de bien templados nervios y firmes músculos. Desvió su marcha, sin detenerse ni una décima de segundo, y sus piernas lo proyectaron con rapidez asombrosa hacia las edificaciones que se erguían al fondo.

—¡Alto! —gritó Jess, con toda la fuerza de sus pulmones.

Pero el desconocido ganaba ya una de las entradas de la gran nave que se alzaba ante él. Y alzando su mano, en el mismo instante en que penetraba por aquélla, hizo luego con su arma apuntada hacia su perseguidor. El fogonazo brilló en la penumbra como una roja lengua infernal. Campbell disparó, a su vez, incluso antes de que se hubiera acallado el eco estruendoso de la primera detonación. E inmediatamente después, con la furia reflejada en su cara, lanzóse con toda la fuerza de sus elásticas piernas hacia adelante. Cuando un par de segundos más tarde irrumpió en la nave, los pasos del hombre que huía, resonaban en la obscuridad haciendo el mismo ruido que hubiera podido producir una despavorida legión de ratas. Pero las sombras, por un momento, desconcertaron completamente al agente del

F. B. I.

De no contar con la providencial circunstancia de que Nora Miller estaba ya a su lado, lo más probable hubiera sido que el criminal terminara escapándosele de las manos y acaso para siempre. Pero la muchacha, que había adivinado en el acto la situación que iba a plantearsele a su compañero, corrió tras él, indiferente a todo riesgo, y sus dedos accionaron el conmutador general que había junto a la entrada del departamento en cuyo interior había desaparecido el criminal. Instantáneamente, una cegadora oleada de luz colmó la nave.

Máquinas, grúas, focos, tomavistas de toda especie imaginable, gigantescos y policromos decorados, muebles y trajes de las épocas más distintas, confundido todo ello en un inmenso caos, ofreciéronse a los deslumbrados ojos de Jess.

—¡Allí está! —gritó, un segundo más tarde, la muchacha.

Su mirada, más habituada que la de Campbell a aquel abigarrado espectáculo, acababa de descubrir la silueta del criminal. Al hombre que, en aquel instante, y a más de ochenta

yardas del lugar en que se hallaba Jess, forcejeaba con la cerradura de la puerta que comunicaba a esta primera sala con otras posteriores. En medio de las inmóviles, frías y heterogéneas cosas que le rodeaban, su aspecto era el de una enorme y frenética araña que luchase por sorprender un resquicio a través del cual huir. El negro capuchón de que había hablado Nora, cubríale la cabeza de nuevo, haciendo imposible su reconocimiento.

Al sonar el grito de la muchacha, pareció replegarse sobre sí mismo. Comprendió que era demasiado peligroso continuar ante la puerta, y, dando un fantástico salto, comenzó a trepar por una escalera de armazón metálica, que ascendía hasta las galerías que circundaban por dentro la nave. Las armas del «buitre» y de Campbell dispararon de forma casi simultánea.

—¡Tírese al suelo, Nora! ¡Rápido! —ordenó Jess. Y con el aire de un corajudo lebrele desatado tras de su presa, cruzó la sala. Sorteó limpiamente los muchos obstáculos que la llenaban, y en menos de un cuarto de minuto llegó al pie de la escalera por la que acababa de ascender el encapuchado. Salvar los treinta peldaños que le separaban de la galería, fue cosa de un instante, pero apenas asomó su cabeza a la altura del último de éstos, una bala, rasante, silbó de manera arroz junto a su oreja. Dos, tres nuevas detonaciones rebotaron contra las paredes.

Y de pronto en medio del silencio que se abrió tras del último de los disparos hechos por el agazapado criminal, un típico e inconfundible chasquido llegó a los oídos de Jess. ¡El «buitre» estaba cambiando el cargador de su pistola! Campbell no dudó ni un quinto de segundo. Cualquier retraso podía suponer que un trozo de plomo lo detuviese en mitad del camino. Saltó a la galería, corrió con toda la celeridad de que sus piernas eran capaces, y, en el instante en que su perseguido cerraba la culata de su arma, el agente del

F. B. I.,

proyectado hacia adelante como una flecha que saliera del arco, describía una parábola en el aire y estrellaba contra el encapuchado la compacta masa de sus ciento sesenta libras de músculos.

Ambos hombres, estrechados en un mortal abrazo, rodaron por el suelo, sin que ninguno de los dos pudiera golpear al otro. Pero el asesino conocía bien los más sucios trucos de la lucha. Consiguió

doblar una pierna bajo el vientre de Jess y antes de que el agente pudiera clavar sus dedos en la garganta del encapuchado, éste, extendiendo con bárbara furia su rodilla, proyectaba a su contrincante a más de cuatro pasos de distancia. Y cuando Jess, rebotando contra el piso como una esfera de goma, cayó de nuevo sobre el «buitre», la mano de éste empuñaba ya la culata de su pistola. Ahora estaban exactamente en el borde de la galería, que se alzaba a más de treinta pies sobre el suelo de la nave. Campbell cabalgaba en una posición de equilibrio inestable sobre las espaldas del otro, y sus manos se esforzaban en inmovilizar la que el criminal tenía armada. El jadeo de los combatientes dejábase oír horriblemente en el silencio de la sala.

Y de pronto, con un incoercible estremecimiento de horror, Campbell advirtió el feroz propósito del hombre que se debatía bajo él. Nora Miller, con la cara desencajada por el espanto, contemplaba la inenarrable escena desde la planta baja. Se hallaba pegada a la pared, al lado mismo de la puerta y su imagen resultaba perfectamente visible desde el lugar donde se encontraban los dos luchadores. ¡Y la pistola del «buitre», fuera del alcance de Jess, apuntaba hacia la muchacha!

Campbell vio cómo el dedo de éste se arqueaba sobre el galillo. Ya no era posible prevenir a la muchacha con un grito. Y entonces, como si algo estallase dentro de él, el agente del

F. B. I.,

lanzando un rugido casi inhumano, contorsionó el brazo homicida hasta quebrarlo bajo sus hercúleos puños. El hueso se astilló produciendo el mismo ruido que una caña truncada por el viento. Y el cuerpo del criminal, desplazado hacia adelante, quedó durante un brevísimo espacio de tiempo colgado sobre el vacío, para luego precipitarse e ir a chocar con macabro estruendo contra el cemento.

—¡Jess! —gritó Nora.

E impulsada por una extraña fuerza de la que participaban el espanto y la dicha, corrió hacia el pie de la escalera por la que ya descendía Jess. Y apenas lo tuvo junto a sí, se arrojó a los brazos del hombre que la había salvado una vez más, mientras el llanto se desbordaba de sus maravillosos ojos. Pero fue entonces, todavía abrazada a Jess, cuando su espantada mirada se posó por primera vez en el cadáver del jefe de «Los Buitres Rojos». Había, destrozado

su capuchón en el curso de la lucha, y su cara, lívida y sangrante, parecía esbozar aún una cínica sonrisa de desafío.

—¡Wade Astheler! —gritó Nora, con la incredulidad y el pánico reflejados en su voz—. ¡Es Wade Astheler!

Pero Campbell, deseoso de alejar a la muchacha de aquel tétrico espectáculo, limitóse a registrar con prácticos ademanes los bolsillos del muerto, y tras apoderarse de un enorme paquete de billetes de mil dólares y una libreta, de rojas cubiertas que encontró en ellos, obligó a Nora a seguirlo al exterior.

—Déjemoslo. El jefe de «Los Buitres Rojos» ha muerto. Y en cuanto a la nefasta estela de crímenes que deja tras de sí, esperemos que el tiempo se encargará de borrarla.

Pero Nora Miller parecía debatirse aún en medio de las sombras que aquella espantosa historia había echado sobre su existencia.

—¿Y los demás, Jess? Astheler era el jefe. ¿Quién será capaz de terminar con el resto de la banda?

Campbell, al oír esto, se permitió sonreír por primera vez en toda la noche. Agitó la pequeña libreta de tapas encarnadas que había encontrado en uno de los bolsillos del cadáver, y, mostrándosela a la muchacha, afirmó:

—Dentro de un par de horas remitiré estas hojas a mi Departamento. Contienen datos más que sobrados para desenmascarar hasta el último de los «buitres». Y yo te aseguro que, antes de que termine el día, ni uno solo de ellos estará en libertad. En cuanto a tu dinero, creo que aquí hay mucho más del que te fue robado en «Tiger House».

—Eso último no me preocupa, Jess —repuso Nora Miller—. Después de haber perdido a mi padre, lo único que me importa es hallar una persona con quien compartir mi soledad.

Y al decir esto, sus dulces ojos miraban sonrientes hacia los del hombre, que ya comenzaba a estrecharla entre sus brazos.

FIN



¡La muerte le ha estado aguardando durante mucho tiempo! ¡Y ahora quiere abrazarle como a un viejo amigo!

Y la bala silbó trágicamente hacia su destino...

MUERTE EN EL BRONX

la última obra del genial escritor RED HARLAND...

...narra la «historia negra» del famoso barrio neoyorquino.

MUERTE EN EL BRONX

cuyas escenas, de un realismo sobrecogedor, someterán a dura prueba el equilibrio de sus nervios, aparecerá en el próximo número de la gran Colección

SERVICIO SECRETO

y está destinada a ser uno de los mayores éxitos del año.

¡Pida hoy mismo a su proveedor que le reserve un ejemplar!

Últimas novedades de
EDITORIAL BRUGUERA



**COLECCION
PIMPINELA**

- Núm. 333 - Adela Galá
■ **SU INVISIBLE PRESENCIA**
- Núm. 334 - Trini de Figueroa
■ **ESTRELLAS DE PLATA**
- Núm. 335 - Sergio Duval
○ **DEUDA DE HONOR**

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



**COLECCION
ROSAURA**

- Núm. 173 - Isabel Salvella
■ **LA GRAN PRUEBA**
- Núm. 174 - M.ª Adela Durango
■ **EN EL MUNDO DEL CINE**
- Núm. 175 - C. de Monterrey
○ **LA DICHITA PROHIBIDA**

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



**COLECCION
BISONTE**

- Núm. 274 - Tex Taylor
■ **EL OTRO LARRY**
- Núm. 275 - M. L. Estefanía
■ **COLORADO**
- Núm. 276 Raf Segram
○ **ODIO A MUERTE**

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



**COLECCION
SERVICIO SECRETO**

- Núm. 138 - Andrew Castle
■ **ESPIAS EN ACCIÓN**
- Núm. 139 - Red Lowell
■ **BUITRES SOBRE HOLLYWOOD**
- Núm. 140 - Red Hartland
○ **MUERTE EN EL BRONX**

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



**COLECCION
MADREPERLA**

- Núm. 229 - Corin Tellado
■ **BONITA... BONITAI**
- Núm. 230 - María Teresa Alló
■ **ENCUENTRO INESPERADO**
- Núm. 231 - E. Aguilar de Rócker
○ **CON LOS OJOS CERRADOS**

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



**COLECCION
AMAPOLA**

- Núm. 59 - Laura Tor
■ **LA VENUS MODERNA**
- Núm. 60 - Agueda de Vianney
■ **MARIDO COMPRADO**
- Núm. 61 - L. Masota
○ **LA ESCLAVA DE JAMAICA**

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



**COLECCION
DETECTIVE**

- Núm. 17 - Arnold Briggs
■ **BRIGADA FLUVIAL**
- Núm. 18 - Vic Peterson
○ **LOS GANGSTERS INVESTIGAN**
- Núm. 19 - Arnold Briggs
○ **LA GUILLOTINA PORTATIL**

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



**COLECCION
ALONDRA**

- Núm. 12 - Sergio Duval
■ **JUEGO DE AUDACES**
- Núm. 13 - Nylhoma
■ **EL ÚLTIMO BESO**
- Núm. 14 - Laura Tor
○ **LOCURAS DE JUVENTUD**

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

Volúmenes recientemente aparecidos.

Volúmenes de próxima aparición



Precio: 5 ptas.

